

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid.- 3 - 9 marzo 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 431

UN ENEMIGO PÚBLICO: EL GAMBERRISMO

LA OCTAVA
PLAGA EN LA
VIDA NORMAL
DE TODOS
LOS PAISES

RIGUROSA APLICACION
DE LA LEY DE VAGOS
A LOS ANTISOCIALES
(propone el Fiscal
Jefe del Supremo)



Siglo y medio en la Administración Pública española (Pág. 9). ● Entrevista con Juan Ignacio Luca de T. (Pág. 14). ● Una estación de radar en la Mancha. (Pág. 17). ● Entrevista con Camilo José Cela (Pág. 17). ● Se venden islas en Canarias? (Pág. 27). ● A los setenta y cinco años del primer Colegio salesiano (Pág. 27). ● El libro que es menester leer: "Experiencia en Oriente Medio", por Sir Alee Seath Kirkbride (Pág. 44). ● U charla de García Sanchiz en El Taboso, con alcaldes, campesinos y turistas (Pág. 49). ● Productos químicos y farmacéuticos nacionales, al Oriente Medio (Pág. 55)

"HISTORIA DE UN FUTBOLISTA", novela, por Juan Otero (Pág. 38)



EUBRONQUIOL

LUBRICA BRONQUIOS Y PULMONES,
CORRIGE LA TOS Y FACILITA
LA EXPULSION DE LOS
EXUDADOS



GRIPLE

En el período inicial, cefalálgias, tos, fatiga, angustia, dolores articulares, antes que la fiebre acuse la posible gravedad, puede detenerse la invasión microbiana con **EUBRONQUIOL**

CATARROS

Desde el nasofaríngeo al pulmonar, se alivian, y aun se cortan, desinfectando la extensa mucosa respiratoria y fluidificando los exudados patológicos con el balsámico **EUBRONQUIOL**

BRONQUITIS

Cualquiera que sea su forma, seudomembranosa, capilar, fétida, crónica o aguda, encuentra rápido paliativo con un antiséptico broncopulmonar de la eficacia de **EUBRONQUIOL**

EL MAS EFICAZ COADYUVANTE DE LOS ANTIBIOTICOS

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. - INFANTAS, 31 - MADRID



El cuerpo de «Cuc» famoso proxeneta parisiense es extraído del «Charivari». Sus actividades caían dentro de los preceptos de nuestra ley de Vagos

UN ENEMIGO PUBLICO: EL GAMBERRISMO

LA OCTAVA PLAGA EN LA VIDA
NORMAL DE TODOS LOS PAISES

RIGUROSA APLICACION DE LA LEY DE
VAGOS A LOS ANTISOCIALES (propone
el Fiscal Jefe del Supremo)

«GAMBERRO». «Pachucho». «Teddy-Boy». «Selvaggio». «Stilyagi». «Zazou». «Tiyo zoku». «Hosen»... El nombre es lo de menos. La nacionalidad, también importa poco. Puede ser español, norteamericano, inglés, italiano, ruso, francés, japonés, alemán... La plaga es general. Primero, y tal vez como grado más suave, un olvido del civismo. Luego, la faltas y los delitos. Insulto, provocaciones, palizas más o menos violentas, abolladuras en los automóviles, pequeños robos, inconsciencias infantiles, y, al final el delito.

Genéricamente, en España el fenómeno se designa como «gamberrismo», palabra bastante difusa y ambigua, pero que ya ha quedado encuadrada definitivamente.

Hace pocos días, el 21 de febrero, el Fiscal Jefe del Tribunal Supremo por medio de una circular, ha llamado la atención del Mi-

nisterio Público español, con vistas a un mayor rigor en la aplicación de las disposiciones que tratan de poner coto a ciertos actos contra la normal convivencia social.

«GAMBERRO»

Madrid, 2 de diciembre de 1956. Un coche desemboca lentamente en la calle de Gabriel Lobo. Se detiene un momento y continúa la marcha hacia la de Joaquín Costa. Invadiendo la calzada aparece un grupo de ocho muchachos.

De pronto, sobre la carrocería del automóvil comienzan a caer manotazos y golpes. El dueño del automóvil, un súbdito extranjero, en unión de dos de sus acompañantes, descienden del vehículo y son recibidos por dieciséis puños agresores. Al fin, la «cuadrilla» abandona el terreno.

El propietario del vehículo, don Carlos Hertfelder, recibió varios puñetazos que, afortunadamente, no trajeron mayores consecuencias. Su yerno, fractura de una mano. Su hijo, magullamiento general. Su hija y dos nietos necesitaron ser asistidos a consecuencia de un fuerte ataque de nervios provocado por la agresión. Desperfectos en las ropas y un faro del automóvil inutilizado.

Este es uno de los muchos

ejemplos patentes de la actuación del «gamberro».

Otro día, la mutilación de una estatua o el abrir la puerta a una jaula de fieras. Siempre una actitud que deja franco el camino a hechos capaces de provocar desgracias incontables.

«PACHUCHO»

En el otoño de 1954 causó sensación en Estados Unidos la noticia del arresto, en una base californiana, de treinta jóvenes aviadores. En un principio hubo sus más y sus menos. Todo se aclaró al saberse que la causa de la medida era su inscripción en una sociedad terrorista y secreta, los «Pachuchos».

La citada banda está extendida por casi todo el territorio norteamericano. Es una sociedad de jovencuelos, con símbolos y tatuajes especiales para reconocerse. Una vez aisladamente, y las más en cuadrilla, cometen desórdenes y violencias. La gama de sus actuaciones va del claro delito a la carnavalada disturbadora.

Pero no es la única sociedad de este tipo existente en la Unión. Por tal causa son frecuentes verdaderas batallas entre los «gangs» rivales o, a veces, entre fracciones de un mismo clan.

Una de las últimas películas interpretadas por Marlon Brando narra los efectos de una incursión de estos «gamberros»—en el caso que comentamos iban motorizados—en una tranquila ciudad medio perdida. Los ciudadanos, atemorizados, hubieron de someterse a una verdadera «ocupación». Johnny, el personaje interpretado por Marlon Brando, es un perfecto estudio del estado de ánimo que late en el fondo de esta epidemia mundial: un complejo anárquico y antisocial alimentado por la ignorancia y la ausencia de que conduce, por reacción, a un iracundo sentido de independencia, rebelión a las leyes y chulería. «A mí no me dice nadie lo que debo hacer», afirma Johnny, el «gamberro» en moto. Y aquel grupo de muchachos nuye a todo gas por las carreteras norteamericanas, de violencia en violencia.

Estos actos no sólo existen en el cine. En marzo del pasado año, la película tuvo su versión real—ya la había inspirado un hecho análogo—en la ciudad de Daytona, Florida, que por todo un día estuvo sometida a las barbaridades de un grupo de muchachos que rompieron escaparates, pincharon neumáticos, aporrearon carrocerías y derribaron las señales de circulación. Para restablecer el orden fué necesario llamar a la Guardia Nacional.

En otra ocasión es un grupo de estudiantes de la Universidad de Lynn, en Massachusetts. Por hacer una «gracia» libertaron de las jaulas del laboratorio diez grandes ratas blancas, que condujeron a una clase donde se encontraban más de ochocientos alumnos escuchando una conferencia. Los animales, enloquecidos por el miedo, comenzaron a morder piernas y brazos. El barullo fué mayúsculo. Total: catorce estudiantes hubieron de ser asistidos a consecuencia de las mordeduras y sometidos a tratamiento antirrábico.

El problema es grave en Norteamérica y está íntimamente ligado a la delincuencia juvenil. Uno y otro tratan de ser atajados con toda eficacia y sin la menor contemplación ni complacencia.

«TEDDY-BOY»

La última modalidad del «gamberrismo» en la Gran Bretaña está representada por los «teddy-boys». La moda comenzó en 1952, cuando todo consistía en llevar trajes «eduardianos»—o sea, de la época de Eduardo VII—, bailar «crep» y armar barullo. Aquellos jovencitos de largas chaquetas con solapas de terciopelo y pantalones tubo derivaron rápidamente hacia el vandalismo y la delincuencia descarada.

El primer caso fuerte que trajo sobre ellos las miradas de la Policía fué la muerte de un viejo, asesinado por un grupo de «teddy-boys» por haber tratado de librar a una joven de sus insolencias. Desde aquella fecha la Policía vigila estrechamente los numerosos «gangs» que se han formado en torno a los jóvenes delincuentes, de largas chaquetas y largas patillas.

Su actuación es muy variada. Desde pasarse horas y horas en cafeterías oyendo discos, mientras se mueven rítmicamente, y las más de las veces sin probar gota de alcohol, hasta la algarada y el ataque con cachiporras a los transeúntes.

Recientemente un periodista analizaba el fenómeno en Inglaterra con palabras bastante justas: «Una tremenda carencia de propósitos en la vida, una falta de objetivos y de metas, de ideas e ideales. En una palabra la ausencia de una razón que explique y justifique el porqué de la propia vida.» Y continúa: «Probablemente se deban a ello esas olas de histeria colectiva que parecen apoderarse de los chicos y chicas entre diez y veinte años de edad cada vez que se presenta ante ellos un ídolo popular. Bien sea Liberace, o Johnny Ray o, sobre todo, James Dean (póntumamente), las explosiones de amor que provocan son fenómenos indescriptibles. Las escenas son a menudo bochornosas.»

Todo esto puede dar la explicación de esos sesenta mil muchachos y jovencitas que durante el año 1956 desfilaron ante los Tribunales británicos, acusados de diversidad de delitos.

«SEL-VAGGIO»

—«¡Voglio la mia mamma!»
—quero a mi madre—. «¡Voglio la mia mamma!»

En Milán, marzo de 1956. Al cabo de tres días de interrogatorio en el despacho del comisario jefe de la Escuadra Móvil, Paolo Zamperelli, Francisco Barillozzi, un joven de veinticuatro años, acusado de una larga serie de hurtos y rapiñas, llamaba acongojado a su madre. No se atrevía a confesar.

—«Puedo decir todo—consultaba Francisco a su madre—, también los nombres de mis compañeros?»

De aquella confesión salió to-



Una de las características de los «pachuchos» americanos es la de someterse a los más extravagantes tatuajes



En Polonia, los nuevos ritmos musicales conducen a las expresiones de idiotez que enseña la fotografía

do el ovillo: 60 automóviles robados y diversidad de hurtos y robos. Luego, los nombres de los «camaradas»: Ernesto Pugliese diecisiete años; Raimondo Benno, dieciocho; Gianfranco Terreni y Virgilio Sapreti, ambos con veinte años.

Hacia un año que habían acordado constituir la banda. Primero fué una especie de juego. Se apoderaron de los coches para presumir ante las muchachas que conocían en las numerosas salas de baile de Milán; en muchas ocasiones cambiaban de automóvil cuatro veces al día, ya por falta de gasolina, ya por no agradecerles del todo la marca.

Pero su espíritu no se calmaba con cosas «tan fáciles y poco emocionantes». Una noche de luna, con el solo objeto de ver cómo se puede «ahogar» un coche, lo lanzaron al agua. Fué un momento de emoción. Contaban: «Primero, el agua se abrió como dos grandes bigotes, luego barboteó un poco, y, finalmente, todo quedó limpio.» Terminada la hazaña, los cinco «gamberros» improvisaron sobre el dique del canal una danza desentrenada, lanzando gritos de «cow-boys».

Y la cosa continuó un día y otro. Robos y más robos. Para ellos era un juego amansar los perros de presa, cortar verjas, desencajar las puertas. Vivían en plena euforia y se sentían unos verdaderos «duros» de la pantalla cuando agredían a las mujeres que paseaban de noche por las afueras.

Todo terminó con la detención, dejando en el papel un minucioso plan para raptar turistas.

El caso de esta banda juvenil fué ampliamente comentado por la Prensa italiana. Refleja «una cierta mentalidad juvenil que no



Vestimentas estrafalarias y fuera de lugar son el natural resultado de la excitante música del «Rock». He aquí un grupo de jovencitos ingleses en plena división



También ha llegado a España la invasión del «gamberrismo». Un grupo de jóvenes escandalizan en la vía pública

se puede decir tenga origen en la guerra, en la miseria, ni en el mal ejemplo. Todos estos muchachos pertenecen a familias que, aunque modestas, tienen sólidos principios de laboriosidad y honestidad. Sus padres trabajan y viven en un medio claramente burgués. La culpabilidad venía a recaer

en la debilidad de los padres, que, pese a su no exuberante situación financiera, compran todos los caprichos que se les antojan a los hijos siendo todavía niños. Luego, cuando llegan a la juventud, se las ingenian para contentarlos regalándoles una «scooter», a costa de toda clase de sacrificios. Y en plena evolución, los jovencuelos, que quieren divertirse a toda costa y cada vez más en grande, y desean procurarse el dinero con poco trabajo, se reúnen en una banda y...».

Cuando no es Milán, es Roma el lugar de acción para los «selvaggi», como los del «gang» de Lorenzo Sinibaldi, el «biondino»—el «rubio»—, que se dedicaban a desvalijar coches de turistas en Ostia y en la vía Appia Antica.

Recientemente, el Senado italiano se ocupó de modificar el artículo 26 de la ley de 1934 sobre menores, tendiendo a organizar nuevos Institutos de Reeducación y Observación Psicológica. Los especialistas en Psicología apoyaron la creación de una ley que permitiese aceptar una efectiva responsabilidad del padre, madre o tutor, haciéndolos responsables de las faltas de los hijos cuando, por su incuria, debilidad o instigación, cometiesen alguna acción criminal.

«STILYAGI»

William C. Just en «The Observer» habla del camelo que sig-

nifica referirse a la juventud comunista de Rusia como un modelo de trabajo.

«En la segunda noche de mi estancia en Leningrado—afirma Just—me di cuenta del estado de la juventud, al ver en la perspectiva Nevsky un grueso grupo de jóvenes con la misma facha y gestos de nuestros «teddy-boys» londinenses». La moda peculiar del clan de los «gamberros»: pelo largo, pantalones estrechos y camisas y zapatos característicos. Pero aquí se llaman «stilyagi».

El mismo ambiente de la Nevsky de Leningrado se respira entre los jovencitos de la avenida de Gorki, en Moscú, lugar de reunión y paseo para la doblemente desorientada juventud soviética.

La juventud rusa cae igualmente en el torbellino del momento, aún de manera más acusada y definitiva que en el mundo occidental, precisamente por el enraizado materialismo en que ha sido educada.

Just cuenta multitud de casos delictivos cometidos por jóvenes soviéticos en los lugares más céntricos de Moscú, y las frecuentes disputas entre los «gangs» rivales, en las que a menudo se entromete la política de las jóvenes milicias del partido, a la que pertenecen los miembros de las bandas de los «teddy-boys» moscovitas.

«ZAZOU»

Paris es París. Y allá la vida tiene multitud de variedades y facetas. Allí estaban los apaches. El «existencialismo». Las cuevas de Saint-Germain. Vincennes. Saint-Cloud. Y las luchas entre «gangsters» sádicos, necrófilos, asesinos.

La gama de personas y hechos es múltiple. Un hombre típico del medio era Pierre Cucuru, que fué muerto la noche del día 29 de julio, en el bar Charivari.

Le llamaban «Cuc». Poseía un bar en Montmartre y era un vulgar proxeneta, uno de esos individuos que en España entran dentro de la Ley de Vagos y Maleantes tan actualizada últimamente.

«Cuc» era un cabecilla de la mala vida. Desde lo alto de la colina de Montmartre hasta la rue Godot de Mauroty, toda la mercancía humana que circulaba por las aceras era propiedad de «Cuc». En su oficina poseía un gran plano de París, donde iba señalando con banderitas las calles de su «jurisdicción».

—En 1945—decía a sus amigos mientras saboreaban abundante whisky—no tenía nada. Solo rue des Martyres y rue Frochot. Después, poco a poco, me he ido extendiendo. El próximo año pienso llegar a las orillas del Sena.

Los abundantes colaboradores que le seguían no consintieron en ningún momento la intrusión de nadie en el sector de «Cuc». Todos los medios eran licitos.

Pero la noche del 29 de julio concluyó todo en el café de Magda, en el Charivari. El negocio que proponía «Cuc» era excesivamente impositivo. Cuatro tiros en el vientre desmontaron el fenomenal negocio y la vida de Pierre Cucuru.

Los funerales de «Cuc» fueron la más fina gamberrada que se



Así, desde la mañana hasta la hora de operar, se van perdiendo los minutos del día entre los secuaces de la delincuencia juvenil

puede imaginar. Los automóviles formaban una larga fila en el camino que conduce a la Morgue. Flores en los muros, en los troncos de los árboles, en las escaleras. De un gran «Packard» blindado descendieron nueve jóvenes de cabellos ondulados, hechos una pasta a base de brillantina. Vestían el mismo traje azul oscuro, la misma camisa, la misma corbata. Pusieron en orden rosas y gladiolos y depositaron una espectacular corona: «Al querido Pierre, los amigos del «Rancho», se leía en letras de oro.

Grises y negros «Citroen», verdes, marrones y azules «Vedettes» alternaban con los ampulosos «Cadillac» y «Buick». De un «Oldsmobile» esmeralda descendió un elegante acompañado de una rubia que se pasó un pañuelo muy fino por los ojos.

—Es una gran pérdida—dijo entre pomposos sollozos.

Aquella vez fué «Cuc». Más recientemente, los «13», los «amarillos diabólicos» o esos «incantes» Jean-Claude Vivier y Jacques Sermens, dos jovencitos.

Jean y Claude cometieron un asesinato doble la noche del 21 de diciembre en el parque de Saint-Cloud. Su rostro es infantil, un poco marcado por el característico sello de los frequentadores de bares y juergas nocturnas. Son dos muchachos que visten correctamente, uno «héroe» de balles nocturnos.

Ellos mismos no comprenden su crimen. Han matado para apoderarse de un coche que abandonaron muy pronto. Pero tal vez el motivo íntimo haya sido convencerse por sus propios ojos de que eran unos «duros». Así se veían ellos cuando en las barracas de tiro al blanco se pasaban horas y horas imitando los gestos de sus admirados gangsters de las películas.

Todo termina igual. Primero divertirse, vagar, vestir bien, y luego se aboca de forma inconsciente a la muerte. Hay que sostener el tren de vida de esa gente que siempre vemos sacar las manos del bolsillo con un puñado de dólares, francos, pesetas, marcos o libras.

«ENGEN HOSEN», «TAIYO ZOKU»

En Alemania se distinguen también por sus pantalones estrechos, sus zapatos de gruesa suela. Su no hacer.

El especial clima de la posguerra ha sido excelente siembra para estos «Teddy» o «gamberros» que se muestran con frecuencia en Hamburgo y Berlín.

No hace muchos meses se desarrolló una gran batalla entre dos «gangs» adversarios en un popular barrio de Berlín. La lucha adquirió una espectacular violencia con todo lujo de navajazos y algún que otro disparo. En tanto no intervino la Policía, el barrio fué dominado por los «engenhosen», que descuidaron por un momento su afectada vestimenta.

Los dudosos «Teddy» japoneses son los «taiyo zoku» o «adoradores del sol». Recorren los bares, conocen a las chicas «independientes», y a veces, en el torbe-



En Lower East Side viven más de 4.000 muchachos que se pasan el día vagando por las calles en frecuentes contiendas entre sí

lino encadenado de los hechos. la muchacha muere.

—¿Por qué llorar a esta idiota?—dice el personaje de una novela de Shintaro Hishiwara, fiel reflejo del ambiente en que vive un núcleo de la juventud japonesa.

Y los bares del Jajón reflejan una característica influencia. Las pequeñas cafeterías se llaman «Cesibon», «Romance», «Toi et moi», pues todo lo francés hace furor.

Todos estos casos que hemos contado han sido elegidos al azar. Iguales hay centenares, y peores y más oscuros, a millares en todo el mundo. El panorama es desolador y ataca verticalmente a toda la sociedad.

El «rock and roll» ha llegado a los palacios y a los hoteles de lujo. En el pasado mes de octubre la fiebre del nuevo ritmo de Elvis Presley saltó una noche del «Vieux Colombier» parisiense a la calle. Era la una y cuarto de la madrugada y el frenesí no cabía en el local cerrado. El barullo despertó a los pacíficos vecinos, que hubieron de recurrir a la Policía y a los jarros de agua para continuar su sueño. En aquel grupo «gamberreante» había muchos nombres conocidos: Juliette Grecco, Eddie Constantine... los de siempre.

Luego ha sido el reverendo inglés Lewis Roberts, de cincuenta y ocho años, que en su anglicana vicaría se declaró convertido al «rock and roll» poco después de haber visto la película «Rock Around the Clock».

Pero es que en Gran Bretaña la invasión llegó al aristocrático Claridge's y a otros lugares y personas de más importancia.

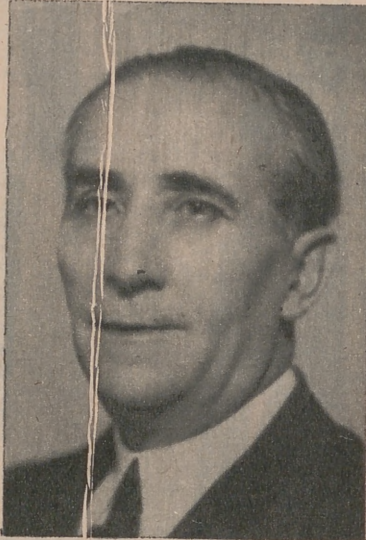
UNA MEDIDA ACERTADA

En España, aun siendo la plaga más comedia, ya ha asomado a los Tribunales. Precisamente el hecho que narrábamos al comienzo del reportaje dió lugar a un juicio de faltas por el Juzgado número 5 de Madrid.

La sentencia declaró probada la agresión, calculando los daños en ropas y coche en cien y 250 pesetas. Los denunciados fueron acusados de dos faltas: una contra las personas y otra contra el orden público. La pena fué de

treinta días de arresto menor y las indemnizaciones pertinentes, aparte de la correspondiente multa por escándalo, costas y represión privada.

Fué publicada la sentencia a principios del mes de febrero y se basaba en «los epidémicos casos de gamberrismo, modalidad grosera y típicamente espectacular, que no alcanza una grave trascendencia de agudo relieve penal en la transgresión, pero si



Don Ildefonso Alamillo, fiscal jefe del Tribunal Supremo, de donde ha emanado la circular sobre medidas contra el «gamberrismo»

produce una relevante alteración ciudadana».

En otro considerando ha apreciado el juez que el hecho corresponde a la «violencia delictiva de la «pandilla» vociferante que altera por completo el sosiego público, no sólo con actos de perturbación ciudadana, sino con ataques directos a la seguridad física de las personas».

Y el especial clima ha tenido un fiel reflejo en la circular del fiscal jefe del Tribunal Supremo, don Ildefonso Alamillo. El principal fin de la circular es hacer presente la necesidad de una rigurosa aplicación de todo lo le-

gislado u ordenado con respecto a esa clase amorfa de personas que actúan al margen de la ciudadanía.

El señor Alamillo explica el alcance de la circular:

—Con ella recordamos las medidas de seguridad previstas en la ley de Vagos y Maleantes. Ya sabe usted que un vago es aquel que no tiene medios de vivir conocidos, pero actualmente se tiende a ampliar el concepto a todas aquellas personas que, aun poseyéndolos, no hacen nada

—¿Quiénes están comprendidos específicamente en la ley?

—Tal vez sea poco precisa pero cita a los vagos habituales, los proxenetas—como el caso de ese «Cuc» de París de que hemos hablado—, los que justifican la procedencia de su dinero o efectos cuando para ello son requeridos, los mendigos profesionales o explotadores de la mendicidad ajena, los ebrios y toxicómanos habituales, los suministradores de bebidas alcohólicas a menores, etcétera. Pero hay que tener en cuenta que la Ley de Vagos no busca la sanción, sino la corrección de los que caen en lo que ella prevé.

—¿Cuál cree usted que sería el medio más eficaz contra este habitual gamberrismo?

—Indudablemente la rigurosa aplicación de la Ley de Vagos, aunque para su eficacia más directa sería necesaria la creación de más Institutos para la reforma y readaptación de estos delincuentes.

Don Alfonso Alamillo conoce ampliamente todas las facetas que reviste era plaga de gamberrismo.

—A mi parecer el fenómeno suele producirse después de todas las guerras, pero en las actuales circunstancias, a ello se han agregado otros factores de interés, como la desconcertante emancipación de la mujer.

La medida del Tribunal Supremo pronto dejará ver sus frutos, y la doctrina en ella sentada, acertadísima, aun no siendo obligatoria para los Tribunales, habrá de ser tenida altamente en cuenta, a la hora de jugar este impacto tan extendido, contra la ciudadanía y la dignidad.

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER POESIA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID



Su Excelencia el Jefe del Estado con los miembros del Gobierno español, después de la jura de los nuevos Ministros

SIGLO Y MEDIO DE LA ADMINISTRACION PUBLICA ESPAÑOLA

MINISTRO: UN NOMBRE Y UN CARGO QUE DATA DE 1812

Dos fines de un Decreto-Ley: Coordinación y dinamismo

VEINTISEIS de febrero de 1957: once menos cuarto de al mañana. Mañana de anticipada primavera madrileña. Dieciocho automóviles por la carretera directa de Madrid a El Pardo. Una breve parada de los vehículos ante el puesto de guardia y los dieciocho coches, en distintos intervalos de tiempo, se han ido estacionando en el lugar señalado.

Son los dieciocho Ministros que componen el Gobierno de la Nación.

Van subiendo por la escalera privada. El primero en llegar ha sido el general don Jorge Vigón Suero-Díaz, nuevo Ministro de Obras Públicas. Luego, el ahora Ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella; después, don José Rodríguez y Díaz de Lecea, teniente general, Ministro del Aire; más tarde, el teniente general don Antonio Barroso Sánchez-Guerra, nuevo Ministro del Ejército.

Los Ministros que pertenecen a fuerzas armadas van con uniforme de diario, con condecoraciones, sin galas; los restantes visten chaqué; uniforme de Ministro de la Nación o uniforme de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

Miembros de la Casa Civil del Jefe del Estado acompañan a los recién llegados hasta la saleta de espera y antes de llegar a ella, los Ministros dejan sus prendas de abrigo.

En la saleta de espera, decorada con tapices de Goya, esperan en pie la llegada del resto de los componentes del Gobierno. Es un breve cambio de impresiones y de saludos porque, a poco, se va completando el número de los que hasta entonces no habían todavía llegado.

Don Felipe José Abárzuza y Oliva, Ministro de Marina; don Mariano Navarro Rubio, Ministro de Hacienda; don José Solís

Ruiz, Ministro Secretario General de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., don José Luis de Arrese, Ministro de la Vivienda; don Luis Carrero Blanco, Ministro Subsecretario de la Presidencia del Gobierno; don Antonio Iturmendi Bafiales, Ministro de Justicia; don Camilo Alonso Vega, Ministro de la Gobernación; don Jesús Rubio García-Mina, Ministro de Educación Nacional; don Fermín Sanz Orrio, Ministro de Trabajo; don Joaquín Planell Riera, Ministro de Industria; don Cirilo Cánovas García, Ministro de Agricultura; don Gabriel Arias Salgado y Cubas, Ministro de Información y Turismo; don Pedro Gual Villalbi, Ministro sin cartera y Presidente del Consejo de Economía Nacional, y el último que entra en la saleta de espera es don Alberto Ullastres Calvo, Ministro de Comercio.

Son las once menos tres minu-

tos de la mañana. De la saleta de espera pasan a la antecámara del despacho oficial de Su Excelencia el Jefe del Estado.

A las once en punto se abren las puertas del despacho oficial. Ante su mesa de trabajo el Caudillo recibe a los dieciocho Ministros de la Nación. Acompañan al Generalísimo el Jefe de la Casa Civil, contralmirante segundo jefe de la Militar, segundo Jefe e Intendente de la Civil y Ayudantes de Campo.

El Jefe del Estado estrecha la mano de cada uno de los miembros del nuevo Gobierno. En semicírculo se van colocando a la derecha del Caudillo.

La solemne ceremonia de la jurada de sus cargos va a dar comienzo.

LA MANO SOBRE EL EVANGELIO

Es una mañana luminosa de primavera anticipada. Por las dos ventanas de la estancia, amplias y bien orientadas, entra la luz a borbotones. Además, las lámparas están completamente encendidas.

Entre los ventanales y la mesa de trabajo del Jefe del Estado se ha dispuesto una mesita cubierta con un tapiz donde se dibuja el escudo de España. A sus pies, un almohadón de raso; sobre ella, un crucifijo y los Santos Evangelios. El solemne acto va a comenzar.

El Ministro de Justicia, en funciones de Notario Mayor del Reino, se aproxima colocándose detrás de la pequeña mesa. El es el que recibe el juramento.

Hay un silencio denso y hondo en el despacho. Un alto miembro de la Casa Civil de Su Excelencia, con voz firme y plena, lee:

—Excelentísimo señor don Fernando María Castiella y Maíz, Ministro de Asuntos Exteriores.

El titular de la Cartera se adelanta, saluda al Caudillo al pasar ante él y se postra de rodillas sobre el almohadón de raso a los pies del crucifijo. Deposita su mano derecha sobre el libro sagrado.

El Notario Mayor del Reino pronuncia la fórmula establecida para pedir juramento de fide-

dad y lealtad en el desempeño de su alta misión.

Los trece nuevos Ministros, uno por uno, siguiendo el ceremonial, han jurado.

Después, un breve diálogo con el Jefe del Estado.

Por la carretera soleada, en dirección a Madrid, se trasladan a sus Ministerios respectivos para tomar los unos posesión de sus cargos, para proseguir en sus tareas los otros.

La ceremonia ha durado exactamente quince minutos.

TOMA DE POSESION

Hora y cuarto más tarde, en el salón de Honor del Ministerio del Aire, tiene lugar el sencillo acto de la toma de posesión del titular del Departamento. En esta estancia, espaciosa y sobria, con mármoles negros y reposteros en las paredes con los escudos de las distintas regiones españolas, están reunidos los altos mandos del Ejército del Aire. En el centro, una sencilla mesa de madera tallada, sobre la que se halla colocada una estatua que representa la Victoria, completa el mobiliario.

A las doce y treinta minutos, el Ministro saliente, teniente general González Gallarza, dando su derecha al nuevo Ministro, teniente general Rodríguez y Díaz de Lecea, entran en el salón y se colocan ante la mesa que se halla en su centro. Los asistentes forman un círculo en torno a las dos personalidades. Son palabras breves; son frases de soldado, escuetas y directas. Un sincero abrazo cierra el acto. Ha durado diez minutos. Después le van presentando al nuevo titular de la cartera sus más inmediatos colaboradores.

La ceremonia se irá repitiendo en el Ministerio de Marina, Comercio, Ejército y Gobernación, y por la tarde, Secretaría General, Hacienda y Asuntos Exteriores.

Al día siguiente tendrá lugar la toma de posesión de los restantes nuevos miembros del Gobierno.

... CUANDO LAS CORTES DE CÁDIZ

Este nuevo Gobierno de la Na-

ción, cuyos miembros han sido designados por Decreto de 25 de febrero de este año, de la misma fecha que el Decreto-Ley sobre reorganización de la Administración Central del Estado, marca sin duda alguna el hito más importante y el llamado a tener una mayor repercusión en la vida político-social de España. En virtud de esas disposiciones se ponen en práctica unas soluciones inéditas en España desde los primeros tiempos de la gran historia de la Administración del Estado.

Lo que se podría llamar precedentes de los actuales cargos de Ministro está en el Consejo de Castilla, de los tiempos de Juan I, con su directa intervención en los problemas administrativos. Pero en realidad el verdadero antecedente de los Ministerios hay que buscarlo en la división hecha por Felipe V, allá por el año de 1705, que transformó la llamada Secretaría del Despacho Universal en dos, dedicadas a Guerra y Hacienda. Años más tarde, en 1714, se crean ya las Secretarías de Estado, Justicia y Asuntos Eclesiásticos, Guerra, Marina e Indias y la Intendencia de Hacienda.

Meses más tarde se vuelven a reducir a tres, hasta que Fernando VI eleva el número de Secretarías a cinco. Con modificaciones semejantes se llega a la Constitución de 1812, que delimita el cargo de Ministro con las atribuciones y competencias que, con más o menos variantes, subsisten en las Administraciones centrales de los Estados modernos. Por el citado texto constitucional se crean en España siete Secretarías de Despacho: Estado, Gobernación del Reino, Ultramar, Gracia y Justicia, Hacienda, Guerra y Marina y se autorizan a las Cortes para las variaciones que impongan las circunstancias.

Este flamante Gobierno sirve pronto de manzana de discordia, pues las Cortes se creen llamadas a intervenir en el ejercicio del Poder Ejecutivo, es decir, coartar las atribuciones de los Ministros. Se producen así aquellos históricos incidentes de las Cortes de Cádiz, que celebraron sus primeras sesiones en el teatro de San Fernando. Son los tiempos borrascosos de Toreno, Argüelles, Quintana, Juan Nicasio Gallego, Gallardo, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano y Saavedra, que luego sería duque de Rivas. Deliberan entre el fragor del bombardeo y el estampido de los cañonazos, que no cesan de disparar los franceses. Se habla de liberales y serviles, los unos imbuidos de las ideas de la Revolución francesa y los otros apegados a la Tradición.

Aquel primer Gobierno constitucional tuvo un poder solamente simbólico, pues los franceses, por un lado, limitaban territorialmente el ejercicio de la soberanía en todo el territorio nacional, y las discusiones parlamentarias, por otro, hacían imposible toda tarea de gobierno.

La expulsión de los invasores iba a facilitar un cambio estructural en la Administración Central española.

CONSPIRACIONES Y ANARQUIA

Vuelve Fernando VII y en 1814 suprime los Ministerios, de Gober-



Este cuadro de Casado del Alisal representa el juramento de diputados de las Cortes de Cádiz en la iglesia de San Felipe, de Cádiz

nación y sustituye el de Ultramar por la Secretaría del Despacho de Indias. El ambiente liberal gana terreno entonces, auxiliado por la francmasonería, con sus logias francesas y afrancesadas. Los oficiales que regresan de Francia son en su mayoría masones, como Rafael Riego y Evaristo San Miguel. Comienzan las conspiraciones y reuniones militares. El 1 de enero de 1820, Riego proclama la Constitución de Cádiz y se la impone al Monarca, quien se ve obligado a aceptar un Ministerio liberal presidido por Evaristo Pérez de Castro e integrado por García Herreros, Canga-Argüelles, Agustín Argüelles, el marqués de las Amarillas, Jabat y Porcel.

Este Gobierno estaba desamparado frente a las Cortes. Los moderados como Argüelles y Martínez de la Rosa trataban de convencer con bellos discursos a los exaltados de las filas extremistas. Se suceden sin tregua conspiraciones y conatos, y la Nación atraviesa una situación realmente anárquica. Los Ministros son meras figuras decorativas.

Al censurar Fernando VII, en un discurso ante las Cortes, la conducta de su Gobierno, éste presentó la dimisión para dejar paso a otro igualmente inoperante.

Se liquida este período con la llegada de los pintorescos franceses del duque de Angulema, que devuelven al Monarca Fernando VII sus plenas prerrogativas. Coincide esto con una nueva estructura de la Administración Central por la que se crea el Ministerio de Fomento General del Reino. Al Ministerio de Casa y Fujo sucede el del conde de Oñate, en el que figura por vez primera Francisco Tadeo Calomarde. Cuando cae este Ministerio es reemplazado por Francisco Cea Bermúdez, hombre templado de ideas que representó lo que se llama

mo entonces despotismo ilustrado.

Entre los Ministros de esta época destaca Ballesteros, por sus medidas de correcta política financiera, que consiguen reorganizar la Hacienda española.

En septiembre de 1833 muere Fernando VII de un ataque de apoplejía. Se abre entonces un nuevo período en la estructura formal de la Administración Central del Estado.

EN EL PRIMER AÑO DEL SIGLO

Con la Regencia de María Cristina se replantea en España el problema de la sucesión al Trono. Las guerras civiles ensangrientan el suelo de la Patria. Los Gobiernos de Madrid se constituyen fieles al molde liberal. Cea Bermúdez quiere seguir dirigiendo al país con su sistema de despotismo ilustrado, pero, impacientes los liberales, inician la serie de sublevaciones por considerar que aquel Ministro era remiso en implantar reformas. Cea Bermúdez tiene que abandonar el Poder y le reemplaza Martínez de la Rosa. Es el año 1834, en que el Ministerio de Fomento General del Reino pasa a denominarse del Interior, y un año más tarde toma el nombre de Gobernación. Martínez de la Rosa pide a la Gran Bretaña su intervención para someter a los carlistas, y al negarle esta nación su ayuda presenta su dimisión. Entra el conde de Toreno y le sucede Álvarez Mendizábal, que ha pasado a la Historia por sus leyes para la incautación por el Estado de los bienes de las Comunidades religiosas. Nace entonces la obligación del Estado de sostener al clero y nace también la Beneficiencia. Era este Mendizábal el jefe de los que entonces empezaban a llamarse «progresistas». El 15 de mayo de 1836 Mendizábal es



El general Narváez, que creó los Ministerios de Comercio, Instrucción y Obras Públicas

derribado por la minoría acaudillada por Istúriz y Alcalá Galiano. Los acontecimientos se precipitan, y Málaga, Granada y Zaragoza forzaron la Constitución de 1812. En Madrid tienen lugar diversas algaradas, y por último estalla el motín de La Granja. Sargentos y cabos entran en el Palacio Real y obligan a la Regente a reconocer la Constitución de Cádiz. Istúriz se ve obligado a dimitir y es nombrado Calatrava, quien convoca nuevas Cortes Constituyentes y elabora la Constitución de 1837.



El general Primo de Rivera sale de Palacio con los ministros de su Gobierno

menos poder político llega a 1847, en que Narváez constituye un Gobierno que durará hasta últimos de 1849. Por esta época, la Administración Central del Estado sufre un nuevo cambio con la creación de los Ministerios de Comercio, Instrucción y Obras Públicas, agrupados bajo el denominador común de Ministerio de Fomento. En 1863 aparece el de Ultramar. El año en que el nuevo siglo comienza, se caracteriza por una nueva organización ministerial: el Ministerio de Fomento se ha dividido en Instrucción Pública y Bellas Artes, Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas.

En el siglo XX la Administración Central adquiere una característica fundamental que la define: el contacto directo de la economía y del sentido económico con el Estado. Por otra parte, los Ministerios de nueva creación tienden a denominarse por materias y no por funciones. Así, en 1918 se crea el Ministerio de Abastecimientos, con un programa más concreto, más limitado y específico que todos los Ministerios anteriores. Dos años, el 8 de mayo de 1920, es creado por Real Decreto el Ministerio de Trabajo, que más tarde recibirá el nombre de Ministerio de Trabajo y Previsión Social.

En 1923 vuelve a cambiar la vieja fisonomía de la Administración: se suprimen los cargos de Presidente del Consejo, de Ministros de la Corona y Subsecretarios, creándose el Directorio Militar, que lo venía a componer el Presidente, un vocal por cada una de las Regiones Militares de la Península y un contraalmirante. El Presidente del Directorio tenía la condición de Ministro único al frente de cada Departamento se instaló un Subsecretario con firma propia sólo en los asuntos de trámite.

Dos años más tarde se restablece los cargos suprimidos, se crea el de Vicepresidente para casos de ausencia o enfermedad y se reorganizan los Departamentos Ministeriales, suprimiendo el

Economía Nacional y una Secretaría General de Asuntos Exteriores.

El 12 de abril de 1931 se verifican unas elecciones municipales que derriban a la Monarquía. Llegaba así la República a regir los destinos de España de una manera ilegal, aunque blasonase de procedimientos legítimos los interesados en implantarla. Las elecciones del 12 de abril no dieron mayoría a los republicanos, pero lo espectacular de su triunfo en las capitales de importancia ofreció apariencias iguales a los partidarios de un cambio de régimen. Los verdaderos triunfadores eran los socialistas, que habían dado el elemento de mayor pujanza a la Conjunción con las fuerzas republicanas. Y muy pronto llegaría el día en que se cobraría esta letra a su favor.

La Constitución de 1931 modificaría la de 1876 sólo en la materia. Correspondía al Rey nombrar y separar libremente a los Ministros; ahora corresponde al Presidente nombrar y separar libremente sólo al Presidente del Gobierno. Se establece diferenciación de funciones en el Gobierno entre el Presidente del Consejo y los Ministros, destacándose concretamente el cargo de Presidente al que la Constitución del 76 no hacía alusión alguna. Es al Presidente del Consejo de Ministros a quien corresponde la dirección y la representación de la política general del Gobierno; a los Ministros, únicamente la alta dirección y gestión de servicios públicos de su Departamento.

Bajo el signo, siempre creciente, de la revolución y de la anarquía, se convocan las elecciones de noviembre de 1933, que dan el triunfo a las derechas y a los partidos de centro. La Nación manifestaba así su repulsa por las extralimitaciones y abusos de los Gobiernos precedentes.

La descomposición de los resortes gubernamentales y la angustia del país iba creciendo. A primeros de octubre de 1934 estalla un movimiento revolucionario que fué sofocado en Madrid con

la toma de la Compañía de Reconquista en Asturias. Los partidos revolucionarios, mientras tanto, se prestan para una segunda revolución y se celebran las elecciones de febrero de 1936, que dan el Poder al Frente Popular. Las sesiones de Cortes se convirtieron en una vergüenza nacional, con insultos y agresiones personales. Transcurría mayo y junio bajo la pesadilla de un inmediato estallido revolucionario de signo comunista. Culmina esta situación caótica con el asesinato alevoso perpetrado contra el jefe de la oposición y realizado por la Fuerza Pública. Los acontecimientos adelantan así su fecha. No era posible esperar un minuto más la Liberación.

La guerra ha comenzado

EL CODIGO Y LA TRINCHERA

Elevado Francisco Franco a la Jefatura del Estado, van a recaer sobre él las tareas apremiantes de llevar a sus soldados a la victoria y de estructurar un nuevo Estado.

Durante el primer año y medio de guerra había venido funcionando en Burgos la llamada Junta Técnica del Estado, esbozo de un conjunto ministerial atento a las necesidades imprescindibles de aquella hora difícil. En Salamanca, sede del Cuartel General del Generalísimo, actuaba también la denominada Secretaría General del Estado, con diversas misiones a su cargo, entre otras, la de una incipiente, pero eficaz diplomacia. Meses atrás había tenido lugar la Unificación, y, como natural consecuencia de los triunfos militares del Ejército de Franco, surgía imperiosa la necesidad de estructurar de un modo más eficaz la Administración. Esta finalidad es la que vino a cumplir la Ley de 30 de enero de 1938, relativa a la organización de la Administración Central. Desaparecen los dos primitivos organismos, se crea una Vicepresidencia del Gobierno y, por vez primera en la España Nacional, aparecen ya delimitados, con sus nombres propios, diez Ministerios.

Aun durante la guerra de Liberación, la Administración Central sufre un nuevo cambio, al suprimirse el Ministerio de Orden Público y transferirse sus servicios al del Interior, que cambia su nombre por el de Gobernación, y se organiza en las Subsecretarías del Interior, Orden Público y Prensa y Propaganda.

Había nacido para España la victoria y la paz. Se hacía precisa, pues, la adaptación de los órganos de Gobierno a las nuevas misiones que incumben al Estado. Con la nueva Ley promulgada el 8 de agosto de 1939, se desdoblaron algunos Ministerios y queda reforzada la intervención del Jefe del Estado en las tareas del Gobierno. Terminado el régimen de excepción impuesto por la guerra, y restaurada definitivamente la normalidad administrativa, consideró el Gobierno conveniente, junto a la creación de diversos organismos, la vuelta al funcionamiento de otras instituciones de vieja tradición y solera española: renace el Consejo de Estado, que vió la luz en los años primeros de nuestro siglo.

Los Decretos-Leyes de 27 de julio de 1945 y 19 de julio de 1951 crean los Departamentos Minis-



El edificio del Ministerio de Fomento, en Madrid, que ha albergado, a lo largo de su historia, a varios Departamentos ministeriales



El primer Consejo de Ministros, celebrado en Burgos el día 2 de febrero de 1938, bajo la presidencia de Su Excelencia el Generalísimo Franco

teriales que el desenvolvimiento de la acción del Gobierno hacía necesario. Cada una de estas disposiciones significa un nuevo paso en el proceso evolutivo de la Administración Central, para que su estructura responda más cumplidamente a las características de un Estado moderno.

SIMPLIFICACION, COHERENCIA Y DINAMISMO

Fiel a este principio se promulgó el Decreto-Ley de 25 de febrero de 1957, sobre reorganización de la Administración Central del Estado. Permite este nuevo paso una nueva organización técnica, que, por la madurez y ponderación de sus principios va a permitir ensayar unas soluciones sin precedentes en nuestra Patria.

De estas soluciones estructurales se derivará una actividad funcional que se puede preconizar matizada con dos importantes características: simplificación y coherencia.

Uno de los aspectos más notables de la nueva reforma es que se abren unas posibilidades de actuación más dinámica a base de imprimir a los órganos ya existentes con anterioridad una mayor facilidad de movimientos y una moldeable adaptabilidad. Surgen como organismos de nueva creación el Ministerio de la Vivienda, impuesto por uno de los más humanos problemas que el país tiene que resolver, la Dirección General de Energía Nuclear, la Secretaría Técnica del Ministerio de Hacienda y la Oficina de Coordinación y Propaganda Económica.

En este aspecto general la reforma descansa en dos principios elaborados por la más moderna ciencia administrativa: descentralización y coordinación. La primera tiende a evitar la heterogenea acumulación de materias en un mismo organismo, mediante la creación de otros que pueden entender los asuntos concretos se-

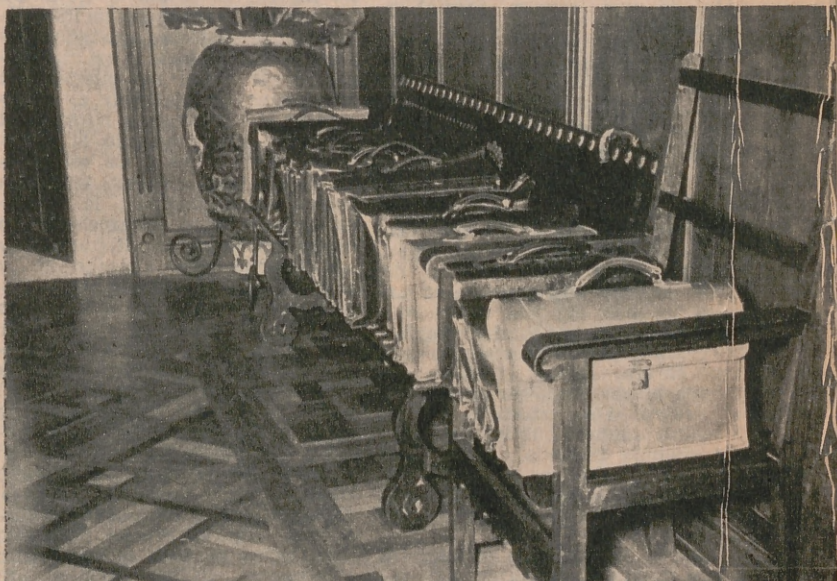
gún su especialización. Se materializa este principio en las Comisiones delegadas del Gobierno, que reunirán, fuera del pleno del Gobierno, a los Ministros directamente interesados en las materias propias de cada Comisión.

La nueva estructuración conserva la Junta de Defensa Nacional, integrada por los Ministros de los Departamentos militares, y crea las Comisiones de Asuntos Económicos, Transportes y Comunicaciones, Acción Cultural y la de Sanidad y Asuntos Sociales. Al mismo tiempo se prevé la posibilidad de crear otros organismos de este rango y de Comisiones de Subsecretarios para facilitar el estudio de los problemas a resolver.

La coordinación viene por su lado a coronar la actividad descentralizada, asegurando una unidad

de actuación, supervisando en conjunto las funciones específicas, señalando límites que eviten interferencias y procurando una distribución proporcional de los esfuerzos. La coordinación viene dada por la Presidencia del Gobierno en el Pleno y en las Comisiones delegadas. Una importantísima muestra de esta labor coordinadora la constituye también la recién creada Oficina de Coordinación y Programación Económica, en contacto con el Consejo de Economía Nacional y subordinada a la Comisión delegada de Ministros a los que afecten los planes económicos.

Tiene así, pues, España una renovada arquitectura moderna sencilla y bien concebida, de la Administración Central de su Estado.



Las carteras de los Ministros, momentos antes de comenzar el Consejo

EL AUTOR Y SUS PERSONAJES

JUAN IGNACIO, HOMBRE DE TEATRO

"PASAMOS POR UNA EPOCA DE TRANSICION TEATRAL"

QUISIERA esta vez, porque se trata de uno de los autores teatrales de nuestro tiempo más digno de consideración, alcanzar al hombre a través de la obra y descubrir ese punto de coincidencia que posiblemente hay en la línea de una vida con la curva de un oficio.

Porque en Juan Ignacio Luca de Tena, periodista y autor teatral, existe en grado superlativo la afición extraliteraria de actor, que en este caso es la más importante curva de su gran vocación.

Juan Ignacio es un hombre de vida diríamos que socialmente atareada y complicada. Un hombre que escamotea sus posibles contrariedades detrás del suave filo de una sonrisa cordial y alentadora.

A LOS DIECINUEVE AÑOS

Juan Ignacio Luca de Tena nació en Madrid. Se educó en el colegio de los Hermanos Maristas y en la Universidad de El Escorial, donde cursó la carrera de Derecho, que terminó en la Universidad Central de Madrid. Su vocación literaria comienza en su niñez ya que a los diez años de edad escribió una comedia en un acto titulada «El más feliz», que fué estrenada por una compañía de actores juveniles y en un teatro casero. Desde entonces ya nunca le abandonó su afición por el teatro. Aún estudiaba en El Escorial cuando publicó un tomo de cuentos titulado «Alborada».

A los diecinueve años escribió «Lo que ha de ser», estrenada por Catalina Bárcena en el teatro Eslava.

Siguen los estrenos de «Por el amor de Dios», «Eduardo y su vecina», la zarzuela «El emigrante», con música de José María Franco; «El dilema», «El dinero del dique», «Las canas de don Juan»



Uno de los últimos retratos del académico y autor teatral Juan Ignacio Luca de Tena

y «La condesa María», «El hueso del sevillano», en colaboración con Enrique Reoyo; «El divino tesoro», «Las hogueras de San Juan», «María del Mar», «La eterna invitada» y «¿Quién soy yo?», obra premiada por la Academia Española en 1935.

EN «A B C»

Al terminar la carrera de Derecho, Juan Ignacio Luca de Tena ingresó en el diario «A B C». Empezó su trabajo en la imprenta como linotipista, ajustador, corrector de pruebas, y así fué pasando por todos los puestos del periodismo hasta llegar a la Dirección de «Blanco y Negro». Al morir su padre asumió la dirección del diario «A B C», que ejerció hasta fines del año 1933, con breves interrupciones; la primera a causa de su encarcelamiento al proclamarse la República y nuevamente fué encarcelado y suspendida por segunda vez la publicación de «A B C» con motivo del movimiento de agosto de 1932.

Después de la guerra de Liberación estrenó, con gran éxito, la fábula escénica «Espuma del mar», a la que siguieron, entre otras, «Dos cigarrillos en la noche», «El pulso era normal», «El vampiro de la calle de Claudio Coello», «Un crimen vulgar», «Dos mujeres a las nueve», galardonada con el Premio Nacional del Teatro de 1949, el apropiado «Malvaloca y Consolación», «El fiscal y la acusada», «El condor sin alas», Premio Fuenteovejuna en el concurso instituido por don Agustín Fajó, «Don José, Pepe y

Pepito», comedia que alcanzó más de 200 representaciones en el teatro Lara de Madrid y que recibió el Premio Nacional de Teatro correspondiente al año 1953.

Juan Ignacio Luca de Tena ingresó en la Real Academia Española el 21 de enero de 1946 y el discurso de ingreso fué acerca del tema «Sevilla y el teatro de los Quinteros».

Finalmente, diremos que en la actualidad preside el Consejo de Administración de Prensa Española y es consejero de la Sociedad General de Autores de España.

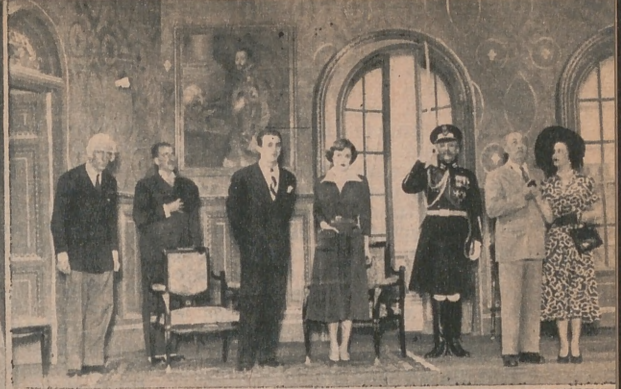
SU AFICION EXTRA-LITERARIA

Ningún frontispicio escénico mejor, ningún marco más noble para Juan Ignacio Luca de Tena, para su vocación de actor, como este teatro Paloma, que es uno de los mejores particulares de España.

—En su arte de interpretar, don Juan Ignacio, prefiere usted el artificio o vive sus personajes?

—Conocido es que el arte de interpretar consiste, en opinión del autor de «La paradoja del comediante», «en un puro artificio cuyo valor o mérito estriba en que el actor ha de permanecer interiormente al margen de los sentimientos que representa, fingirlos, sin dejarse llevar por la emoción de su papel».

Por el contrario, Eleonora Duse no estaba conforme con esa teoría, ya que esta actriz «vivía en el escenario la vida de los per-



Una escena de su última obra, «¿Dónde vas, Alfonso XII?». A la derecha, de arriba abajo: una representación por aficionados de «¿Quién soy yo?», y Juan Ignacio encarnando a Don Juan Tenorio durante una función de homenaje a Amparito Rivelles

sonajes que interpretaba y esto con toda la fuerza emotiva que cada papel tenía».

—¿En su arte de interpretar, don Juan Ignacio, prefiere usted el artificio o vive sus personajes?

—Creo que el actor ha de tener en cuenta el tema literario de la obra.

LOS PERSONAJES DE SUS OBRAS

Los personajes de las obras de Juan Ignacio Luca de Tena quizá sean un tanto cerebrales, pero esto no excluye un realismo adecuado, una contagiosa y alegre emotividad en los muñecos de sus más interesantes comedias.

Estos muñecos logran una vida escénica teatral tan digna de consideración que cada personaje nos hace ver y sentir su propia alma, como sucede en esta obra verdaderamente extraordinaria titulada «De lo pintado a lo vivo».

Juan Ignacio dirige personalmente los ensayos, la puesta en escena de sus comedias. Es un autor que vive con su tiempo y está atento al momento porque ya sabe que este arte de la representación cambia con los tiempos, con las modas, con las escuelas literarias y es distinto según las obras.

Juan Ignacio no deja al azar nunca el sitio que debe ocupar cada uno de sus personajes, así que cuando dirige la representación, mejor dicho, los ensayos de sus comedias, autor y director en

este caso, van de acuerdo en la técnica a seguir.

SU FORMACION TEATRAL

—¿Qué autor ha influido más en su formación?

No podríamos concretar, mejor dicho, no podríamos decir que éste o el otro autor, que ésta o la otra escuela literaria hayan contribuido o marcado exclusivamente su formación teatral, porque Luca de Tena, y esto lo sabe todo el que le conoce, es un hombre refractario a las influencias que determinan y deciden.

—¿Qué autor ha influido más en su formación, don Juan Ignacio?

—Pirandello, cuyas obras he leído y releído constantemente. Me interesa de manera extraordinaria lo que pudiéramos llamar el problema de la personalidad.

Después de esta confesión no resulta aventurado el decir que muchos de los personajes de las comedias de Luca de Tena, por

ejemplo, en «¿Quién soy yo» y en «La escala rota», entre otras de sus obras, y aun otros personajes de juego un tanto fantástico, como el de «Espuma» de su fábula escénica «Espuma de mar» se mueven y exteriorizan sus sentimientos con sus gestos, que son gestos reales y normales, tanto, que hasta resultan lógicos sus más enrevesados malabarismos y cabriolas.

No. No es aventurado el decir que a los muñecos de las comedias de Luca de Tena es aplicable la teoría pirandelliana del humor, que es más o menos el sentido del contraste en la forma y en la vida de los personajes que tan perfectamente trazó el maestro italiano, cuyas cenizas, contenidas en una bella ánfora griega, reposan hoy en su Agrigento natal.

CALIDOSCOPIO

Los principales personajes de las comedias de Juan Ignacio Lu-

Suscríbese usted a

“LA ESTAFETA LITERARIA”

aparece todos los sábados

Montesquiza, 2

MADRID

ca de Tena son personajes masculinos.

Su comedia más graciosa es «El crimen de la calle de Claudio Coello» y su obra más dramática, «El cóndor sin alas».

Juan Ignacio Luca de Tena prefiere ser actor a ser empresario y a ser autor. No le gusta ser empresario porque odia los negocios y los números, pero la profesión de actor, que es la que prefiere, tiene, a su juicio, el gravísimo inconveniente de la sujeción, que rebasa, con mucho, la de otras actividades, ya que el actor tiene que dedicar la vida entera a su profesión, sin tener libre ni un solo momento. Entre los géneros literarios, es ocioso repetir que prefiere el teatro por la fortísima razón de que le sujeta su afición. Es el mismo motivo que movería a un novelista a preferir la novela a otro género literario. Piensa también Juan Ignacio que el autor debe intervenir siempre en la dirección y montaje de sus obras y cree asimismo que el mayor defecto del teatro español quizá radique en la rutina.

—¿A qué hora escribe usted, señor Luca de Tena?

—Cuando estoy escribiendo una comedia, escribo a todas horas durante quince o veinte días, un tanto obsesionado por mi trabajo, viviendo sin más compañía que la de mis personajes. Otra cosa es el proceso de elaboración de mi trabajo. Hubo veces que pasaron tres años mientras pensaba, meditaba el tema de mi comedia y estudiaba las reacciones de todos y cada uno de sus personajes.

—A su juicio, ¿cuál es la mejor de sus comedias?

—Mi mejor comedia creo que es siempre la última que estreno y logro el buen éxito.

—Y como actor, ¿cuáles han sido sus mejores interpretaciones?

—Entre las innumerables obras que he representado en el teatro Paloma, de mi casa, y en otras funciones representadas con fines benéficos en otros teatros anote usted estos cuatro títulos: «Don Juan Tenorio», «¿Quién soy yo?», «La muralla» y «Tovarich».

TEATRO NEGRO

Crean muchos críticos que el teatro negro es el teatro, digamos, de los espectadores fáciles, que no es una forma noble de arte y pensamiento. Que el buen teatro es el que ha de buscar el camino del corazón y del alma de los espectadores.

—¿Quiere decirme, don Juan Ignacio, su opinión acerca del teatro negro?

Para don Juan Ignacio, todos los géneros teatrales son buenos si se realizan bien. El sainete, el melodrama... Todo depende, me dice, de la calidad de la obra.

—Pero insisto, en alguna obra o en algún nombre.

—Bien. Vuelvo a repetirle lo que le dije antes acerca del problema de la personalidad. Me interesa Anouilh, como autor, por ejemplo, de «Le voyageur sans bagage».

DECADENCIA DEL TEATRO

—¿Cree usted que el teatro en España está en decadencia?

—Me parece que sería más exacto señalar que pasamos por

un tiempo de transición, pero me corre prisa el aclarar que esta transición no se debe a los nuevos valores actuales, sino porque se fueron ya un grupo brillantísimo de autores que triunfaron en las postrimerías del pasado siglo y en lo que va de éste.

—Sabido es, don Juan Ignacio, su admiración por Benavente. ¿Quiere decirme su concepto acerca del teatro de don Jacinto?

—Es indudable que Benavente ha ocupado en su época la primera categoría en el teatro de habla española. Su obra, como toda obra humana, forzosamente que había de tener sus altibajos, esto es, que unas veces se acierta y otras se equivoca. Esto es irreme-



La fotografía tiene el característico sabor de la época, y Juan Ignacio, a los siete años, posa en el estudio de un fotógrafo

table. Pero es evidente que don Jacinto fué el renovador del teatro a fines del pasado siglo, quiero decir que acabó con la ascendencia de los que estaban entonces en boga.

—¿Quiere decirme, concretamente, nombres?

—Anoté usted a Echegaray, que dicho sea de paso, no me gustan personalmente sus obras, pero puede que entonces tal vez sí me hubiera gustado su teatro. Me parece que todo depende de la época y del momento en que se produce la obra. De Benavente puede decirse que ha vivido el teatro español más de cincuenta años.

—¿Y cuál de las obras de don

Jacinto enjuicia usted como mejor?

—«Señora Ama» es, a mi juicio, la mejor de sus comedias, y hoy mismo vale tanto como cuando se estrenó.

ANECDOTA DE «LA CONDESA MARIA»

Fué cuando el estreno de «La condesa María». Estaba don Juan Ignacio Luca de Tena en San Sebastián y aún le faltaban por escribir algunas escenas de esta comedia, cuando Muñoz Seca le anunció que pensaba visitar en Santander a doña María Guerrero y a don Fernando Díaz de Mendoza para leerles una comedia. El inolvidable autor cómico le animó a acompañarle, y esta invitación, por lo sincera y cariñosa, le decidió. La insigne pareja acogió la comedia a Juan Ignacio cordialmente y le emplazaron para que les leyera la comedia «La condesa María» pocos días después de su llegada a Santander.

De aquella lectura guarda Juan Ignacio Luca de Tena uno de los recuerdos más gratos de su vida de autor. Fué grande la emoción del entonces autor novel, que acababa de cumplir los veintisiete años y que leía, nada menos, que a doña María Guerrero. Antes de empezar la lectura, don Fernando Díaz de Mendoza le advirtió que, aunque la comedia les gustara mucho, no la podrían estrenar en la temporada que iba a comenzar en Madrid, porque tenían muchos compromisos contraídos con anterioridad con don Jacinto, Marquina, Linares Rivas y otros.

Oyeron la lectura del primer acto sin hacer el menor comentario, y cuando terminó, la única palabra que llegó a oídos de don Juan Ignacio fué pronunciada por don Fernando Díaz de Mendoza, que le dijo: «Sigue».

En las últimas escenas del acto segundo observó que doña María estaba muy emocionada y, cuando terminó la lectura, le preguntó a su esposo: «¿Qué te parecería, Fernando, si debutáramos en Madrid con esta comedia?»

Y así fué. Dos meses después, la compañía Guerrero-Mendoza debutaba en el teatro de la Princesa con el estreno de «La condesa María».

EL MAS RECIENTE DE SUS EXITOS

Tarde y noche suenan los aplausos en la representación del más reciente estreno de don Juan Ignacio Luca de Tena, titulado «¿Dónde vas, Alfonso XII?». No es una comedia proselitista. Ya Juan Ignacio indicó en su autocrítica ser un autor que ha procurado apartarse siempre de este género teatral. Al escribir esta comedia, ha procurado ser fiel a los hechos. Las escenas que él ha considerado, y así han sido, las más divertidas, las más interesantes, son precisamente aquellas en que el autor se ha ceñido más estrictamente a la Historia y se ha esforzado, y después del estreno hemos visto que este esfuerzo ha sido logrado, en ser igualmente objetivo con la humanidad de los personajes. El estreno de esta obra ha sido uno de los éxitos más rotundos de este autor.

José Antonio BAYONA



Las pantallas de radar permiten a los encargados de las torres vigilar toda la zona de su jurisdicción haga buen tiempo o malo

EN UN LUGAR DE LA MANCHA

SE INSTALA EN VILLATOBAS UNA ESTACIÓN DE RADAR

LA TÉCNICA MAS MODERNA EN UN PUEBLO QUE VIVE COMO SIEMPRE

Entre Ocaña y Villarrubia de Santiago, por la carretera general de Madrid a Alicante y Cartagena, se encuentra, en el kilómetro 79, y como en un recodo del camino, el pueblo de Villatobas.

El terreno es más bien llano, pero los amplios sembrados se ondulan suavemente como un mar de tierra que se extiende hasta más allá de donde alcanza la vista.

Como todos los pueblos de carretera, el de Villatobas es alargado, como si las casas se disputaran la doble fila de la expecta-

ción al tránsito, que constituye, para todo el año, el más animado motivo al que mirar en todo el pueblo.

Si no fuera por el continuo trasiego de camiones y automóviles de turismo por la carretera general, el pueblo de Villatobas parecería dormido. Es precisamente esta circulación mecánica lo que le da más vida.

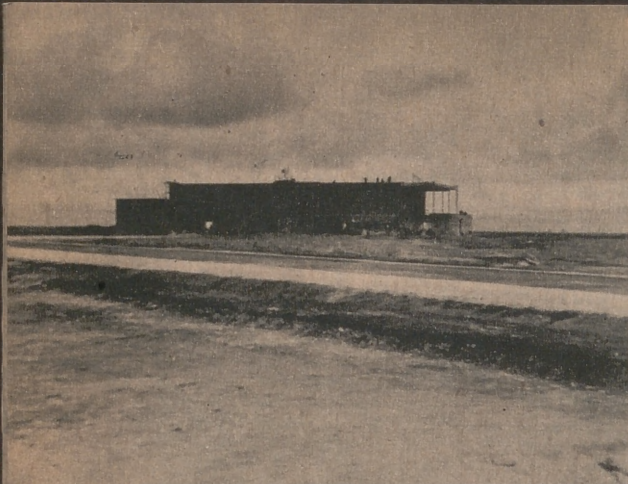
Pero esta vez el ruido de motores no procede de tierra, sino del aire. Se produce, de pronto, como un impacto en el corro de comadres. Esto, ¿qué es?, se preguntan

Nunca habían volado helicópteros sobre aquel lugar de La Mancha, que ni siquiera está en la ruta del Quijote.

Ha sido un rápido despertar que ha provocado correrías en la chiquillería.

El pueblo parecía dormido cuando las paletas de los rotores han venido a agitar el aire; a batir la iglesia parroquial, los corrales, el lavadero público y las fuentes.

Del aire ha venido el despertar de un sueño que parecía de siglos. Desde aquellos aparatos se ex-



He aquí cuatro fases de las obras de la estación de radar que se construye en Villatobas: Carretera de acceso, edificio de la estación receptora y una de las terrazas del pabellón

plora el terreno a la busca de un punto adecuado para una obra militar que cambiaría el ritmo de trabajo y hasta un poco el de la vida en Villatobas.

Pronto se corre la voz. Los americanos van a construir un campo de aviación, se decía en un principio, a mediados de 1955, y esa idea del campo de aviación ha quedado tan arraigada en la terminología popular de la villa que aún ahora las gentes sencillas siguen denominando así, como campo de aviación, a lo que no es más ni menos que una estación de radar.

El punto elegido es un altozano desde el que se divisan amplios horizontes por todos los lados. Está situado a unos tres kilómetros del pueblo y muy cerca de la carretera general de Madrid.

LA MAREA DE LA CIRCULACION

Si no pasan muchas cosas en Villatobas, por lo menos pasan muchos camiones por la carretera general que forman como un flujo y reflujo de la circulación; por la noche corren, en su inmensa mayoría hacia Madrid, y de madrugada vuelven hacia la periferia costera de Levante. La mayoría de esos camiones, de gran recorrido, no paran en Villatobas por tener otros lugares acostumbrados y también porque setenta y nueve kilómetros de Madrid son poca distancia para

la procesión de camiones que vuelven a la costa.

Hay poco que discutir. Una vez, por esa carretera general pasaron muchos automóviles hacia Cartagena y luego vino la República. Otra vez, por esa carretera general pasaron las tropas en marcha rapidísima. A la liberación de muchos lugares de La Mancha camino del Levante y el mar. Y en seguida se terminó la guerra.

Por esa carretera—que es la espina dorsal del lugar—han pasado muchos acontecimientos más, muy especialmente en los tiempos de la Reconquista (y los tiempos de la Reconquista son ochocientos años) en que los caballeros de Santiago no solamente anduvieron por ahí sino que se afincaron en Villatobas.

También por el lugar que ocupa esa calzada de hoy llegaron un día a Villatobas los Reyes Católicos—exactamente el 13 de agosto de 1488—en marcha hacia las operaciones preliminares de la conquista de Granada.

Dicen los cronicones que conserva el Ayuntamiento que, en aquellos años, había solamente esparcidos, a un lado y otro de la calzada, algunos caserones. Al correr del tiempo aquellos corrales, posadas y pequeñas casas de labor tomaron figura de pueblo, que merecía un título más alto, y como todo llega en este mundo, Carlos III le otorgó a Villatobas el título de villa en 1537,

separándose entonces su término municipal del de Ocaña.

Y así, en el término medio entre pueblo y ciudad, en villa, este lugar ha vivido hasta nuestros días ni envidioso ni envidiado.

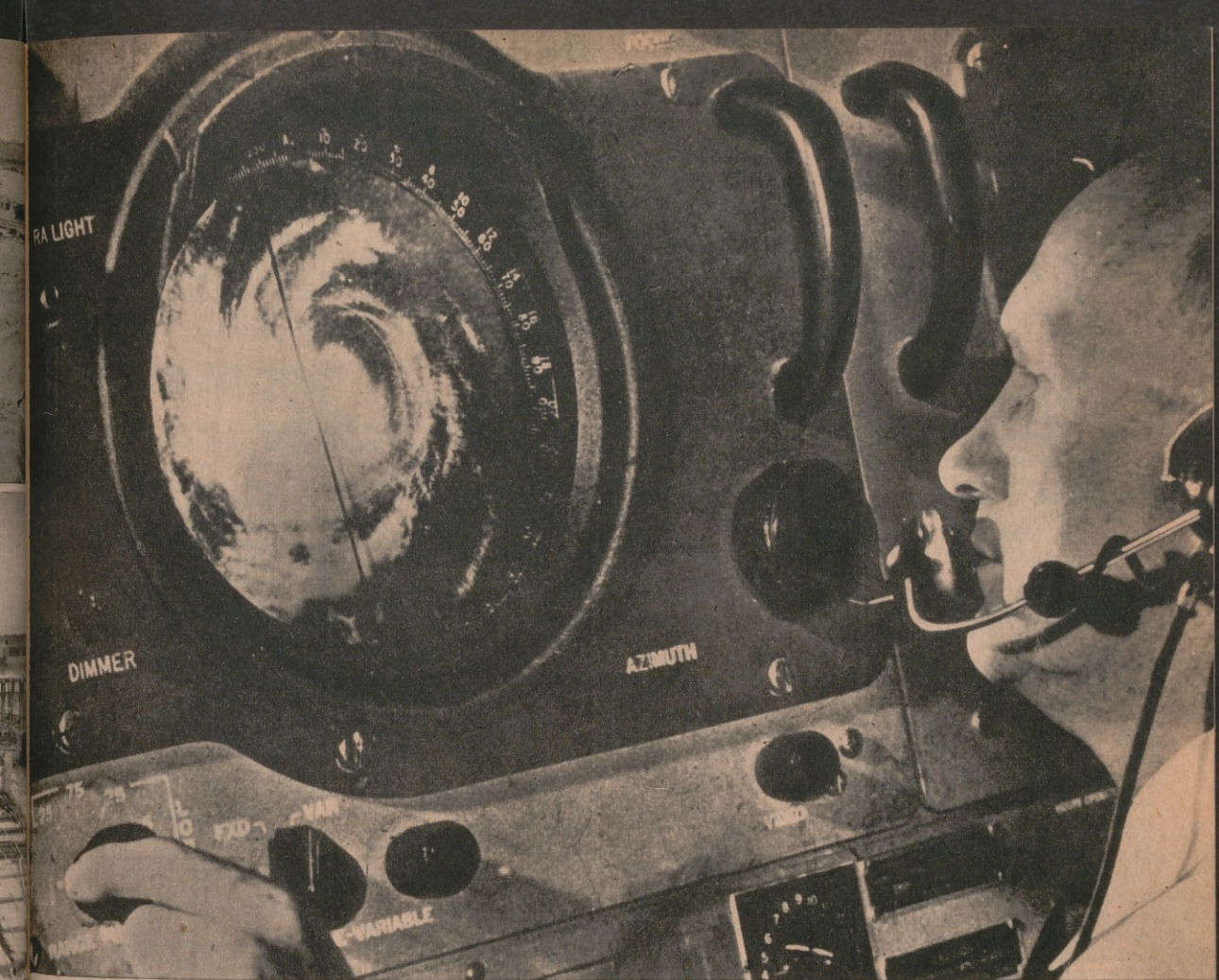
DE COSECHA PROPIA

La población actual de Villatobas es de mil cuatrocientos cuarenta y ocho habitantes, que hace unos años eran unos pocos más. La proximidad, el señuelo y la atracción de Madrid influyen en una lenta despoblación de la villa. Muchos jóvenes se iban a la aventura de la gran capital o no querían regresar una vez licenciados del servicio militar.

La carretera pasa junto a la plazuela de la iglesia parroquial y junto a la plaza mayor, en la que está el Ayuntamiento y el casino de Labradores, o sea los más importantes locales de la vida de representación en Villatobas.

El término municipal produce cereales, principalmente trigo, pero hay también una importante riqueza en viñedos y olivares. En muchas casas se ven los montones de aceitunas negras de la cosecha propia, ya que los campos de Villatobas están bastante repartidos, como lo prueba el hecho de que en el término existen mil cuatrocientos cincuenta propietarios.

Esta producción agrícola, aparte de la que destina al consumo



El técnico, ante el control de radar. La estación que se levanta en tierras manchegas estará dotada de materiales modernos. Villatobas será un enclave importante en el progreso técnico de España

familiar o al consumo local, sale por carretera casi toda, pues la estación férrea de Villatobas se encuentra situada a once kilómetros de distancia y hay que llegar a ella por caminos casi intransitables; en cambio, la estación de Villarrubia de Santiago está a ocho kilómetros y con camino de mucho mejor andar.

Cada año los mozos se van de quintas, la torre de la iglesia tiene un año más y se recogen las cosechas casi de la misma manera, aunque, últimamente la mecanización agrícola ha tomado ahí mucho impulso y los tractores pronto estarán a la par de las caballerías. Esos tractores, a los que hemos visto arrastrar las grandes carretas de la paja y cuyo número sería aún mayor si la propiedad territorial no estuviera en Villatobas tan repartida.

La Hermandad de Labradores y Ganaderos tiene el casino principal, que es como la casa de la palabra, así como del mus, el tute, el subastado, la brisca y el julepe. En ese casino hay unos letreros que aconsejan no murmurar, porque eso es cosa de cenizos, amargados y resentidos. Y estamos de acuerdo en que la murmuración, que puede parecer una manera natural de expansionarse en un alto casino de gran ciudad, desdice del ambiente sencillo de esos casinos de pueblo, armados por el café, tanto como por la tradición y la costumbre.

YA SE VAN LOS QUINTOS

La principal industria de Villatobas es la de Sánchez Montalbo, S. A., que se dedica a la obtención de alcohol etílico, pero hay también cuatro almazaras y varias bodegas amplísimas para los caldos manchegos que se obtienen en el término municipal.

Cuando visitamos este pueblo se despiden a los quintos y el vino manchego corre generosamente, y hay algazara en las bodegas y hasta en las almazaras.

Hasta las tres de la madrugada ha habido baile de despedida a las novias; un sarao que estuvo animadísimo y a cubierto de una lluvia suave, que aunque se decía buena para el campo no lo era para el baile agarrado.

En estos festejos los convencionalismos sociales tienen una mutación curiosa. En un baile de alta sociedad todo es más suave, pero también más falso. En este baile rural el sí y el no son más rotundos e incontrovertibles, pero también existe ahí más autenticidad en un ambiente ligado y como de cosa hecha: difícil de remover.

No hemos visto en ese baile al bastonero, pero no faltaba por allí algún que otro garrote entre los alegres y cordiales asistentes, y puede que fuese también para un caso necesario en que conviniera demostrar el que la tranquilidad puede venir de tranca. Un baile sin incidentes

hasta su terminación a las tres de la mañana; sin incidentes, pero con las apreturas propias del caso.

CON LA BOTA POR ALTO

Luego los músicos han ido a descansar un poco para tomar la mañana a las diez de la mañana, en que la banda, seguida de los mozos, ha rondado las calles fangosas. Suena la charanga y cantan saltando los muchachos que se van, acompañados de muchos que se quedan. Llevan gorros de papel sobre la cabeza y la bota de vino pasa, por el aire, alegremente de mano en mano.

La despedida de los quintos es una de las grandes fiestas anuales de Villatobas y en ellas tienen lugar los ramos, que son una galantería a la novia, y que consiste en echar un bote de pintura en la fachada de la casa en que vive la amada. El arte está en que esa pintura forme como un ramo o una palma; un recuerdo imborrable.

Los mozos que entran en quintas el año próximo no están parados en la desbordante y extraña alegría de esta despedida, sino que forman también un grupo y sacan por las calles a «la cuba», que es una carreta aparejada como para el transporte de uvas y en la que llevan cordeles, vino, naranjas y ramos de laurel para celebrar por las ca-

lles y con un año de antelación el próximo ingreso en filas.

En Villatobas el servicio militar es casi un cambio de estado y un solemnísimo acontecimiento entre las familias, que lejos de producir preocupación tris-teza o por lo menos nostalgia da una alegría desbordante y estentórea.

Este fenómeno prueba, como tantos otros, que en el campo y en los pueblecitos humildes, como ese de Villatobas, está la gran reserva moral y patriótica de España.

Se discute en las tabernas y en las barberías, en la rebotica, en las fuentes de la plaza y hasta en el salón de reuniones del Ayuntamiento — donde está el aparato de la tala— el destino que le tocó a cada mozo.

A CORRER LOS CABALLITOS

Y entre las cosas acostumbradas en Villatobas está la fiesta mayor, que dura toda una semana, del 13 al 17 de septiembre, con la cosecha en el granero y la almazara.

La fiesta mayor está dedicada a Jesús Nazareno, Patrono de la villa. Entonces sí que todos los vecinos se visten con los mejores trajes de cristiano y llegan a Villatobas oradores sagrados de primera fila, y hasta va allí la capilla de la catedral primada de Toledo.

Durante las fiestas de la semana mayor se corren los caballitos, que son unos potrancos de madera y mimbre que, enjaezados y con adornos de tela de colores, sirven para que los mozos se embutaran en ellos para unas alegres carreras de caballos de ficción. No se sueñan vaquillas, no se juega con la sangre ni ocurren desgracias, sino que se corren los caballitos nada más, sin que se sepa el origen remoto de esta costumbre.

Una vez se hicieron en la villa unas rogativas para que lloviese, y la oración colectiva «ad petendam pluviam» fué oída y llovió. Era un 17 de marzo y desde entonces ese día ha quedado señalado como el de la fiesta pequeña de Villatobas, y aquel acontecimiento remoto se celebra todos los años.

En cuanto a las mejoras de urbanización realizadas últimamente en la villa hay que señalar los ochenta y dos focos de luz fluorescente que han sido colocados a lo largo de la carretera general. Esta es una mejora ultimísima de la que todos los habitantes están orgullosos, pero antes se reconstruyó la ermita patronal de Jesús Nazareno, que había sufrido graves daños de revolución y guerra, así como se habían revocado fachadas de muchas casas además de esa predisposición a la limpieza y a la cal que hace parecer a muchos pueblos de La Mancha como un avance de Andalucía.

Una aspiración, muy sentida, es la de nuevas escuelas públicas que sustituyan a los diversos locales diseminados en que hoy se lleva a efecto la función docente. Pero esta necesidad va a ser también resuelta. Se quiere adecentar el pueblo también en esto para ponerle a la altura de su nueva circunstancia.

Uno de los temas de los corri-

llos de comadres frente a la puerta de una casa es precisamente este de cómo va a ser en la villa la escuela de nueva planta y, naturalmente, también puede ser este un tema de conversación en las tabernas y barberías, donde los más viejos del lugar recuerdan todavía los tiempos de Weiler, bastante conocido y recordado en esa villa porque se le vió muchas veces ir a una finca próxima donde descansaba rodeado de una frugalidad castrense.

A finales de octubre de 1955 ya comenzó a variar la vida laboral de Villatobas. Se pedían brazos para la explanación del sitio elegido para la estación de radar. Los trámites expropiatorios (la extensión del terreno necesario no era muy grande, unas veinticinco hectáreas de terreno) se cumplieron rápidamente y a satisfacción de todos, entre otras cosas, porque aquel terreno era de los menos feraces de todo el término municipal.

La situación de trabajo comenzaba a variar y el fenómeno pequeño del paro estacional agrícola desaparecía como por encanto. Ya no era preciso marcharse a la aventura de Madrid; la gran ciudad cuyas luces se ven en la noche clara del lugar elegido para la estación de radar. Había trabajo abundante en los alrededores mismos de Villatobas. Era preciso explicar aquel terreno, construir una carretera doble de acceso que partiese de la general y otras carreteras asfaltadas que unieran lo que iban a ser diversos pabellones de la estación.

EN LA RUEDA DE RADAR

Hoy, además de terminadas las carreteras de acceso y las interiores, se alzan los airosos pabellones, y hay un ir y venir de camiones y volquetes y un tráfigo de obreros por todas partes.

El pabellón provisional de oficinas tiene en lo exterior el aire común que esa clase de instalaciones provisionales adoptan en toda obra, pero por dentro, además de planos y mesas de delineante, se ven objetos más complicados y eficientes que los usuales aquí, por ejemplo, en vez del botijo y el «viva mi dueño!», hay un aparato con una bombona de agua acondicionada que se bebe en vasos de papel.

La estación está afecta a la base de Torrejón de Ardoz, y en ella trabajan en la actualidad doscientos veintisiete obreros procedentes de las provincias de Toledo, Madrid, Córdoba y Albacete.

En el recorrido a las obras nos acompaña el ingeniero español don J. Avila, de la empresa constructora Brown-Raymond-Walsh, y el técnico de la empresa subcontratista don José Frutos.

La rueda de radar se compone de un pabellón receptor de señales, un pabellón de operaciones y un pabellón transmisor, separados entre sí. También se construye un amplio edificio de acuartelamiento con una capacidad holgada de trescientos hombres, una casa de bombas de agua para el suministro de la estación, pozos, un taller de reparaciones, un pabellón para personal de acompañamiento, un taller de reparaciones, alojamiento para oficiales y una casa para el encargado civil.

En el pabellón de operaciones el sitio está preparado para los pesados generadores de electricidad que habrá que montar con la ayuda de una grúa rodante, y en el piso se han construido unos canales en los que van a ir los cables al descubierto para facilitar la reparación rápida de posibles averías.

Tanto el pabellón de operaciones como los de recepción y transmisión van aislados de toda descarga eléctrica exterior.

EL OJO QUE MIRA EN LA NOCHE

Fese a lo desapacible del día en que visitamos la estación, se trabaja con celeridad hasta en el hormigonado, que resulta difícil en los días lluviosos. Los doscientos veintisiete trabajadores empleados en los trabajos actuales de la estación están afectos a la empresa subconcesionaria Ulloa; Obras y Construcciones los que se dedican a la edificación, y a la empresa M. Corcho los que colocan las tuberías, calefacciones y demás instalación mecánica de acondicionamiento.

Sobre el amplio edificio central de acuartelamiento se construye actualmente una terraza que va a ser apropiada para el aterrizaje de helicópteros. Este edificio va a tener dos «snack-bar» o cafeterías americanas, una sala de lectura, un salón de actos, una sala de estar y de juegos, además de los dormitorios para trescientos hombres, la cocina, el comedor, la enfermería y las dependencias para el dentista y el médico y sanitarios.

Todos los pabellones van a tener calefacción y aire acondicionado, y en cuanto al agua potable la casa de bombas la recoge de dos pozos para transmitirla a la red completa de la estación.

Las cocinas van a ser montadas con dos cámaras frigoríficas, una capaz de la temperatura de menos diecisiete grados centígrados (17 grados bajo cero) y la otra para ser mantenida a la temperatura exacta de cero grados centígrados.

El radio de acción de este establecimiento, que va a tener una sola y potentísima antena de radar sobre la terraza del pabellón de operaciones, será de 250 kilómetros ampliables y va a enlazar con otras estaciones que serán montadas sucesivamente con el objeto de cubrir con una red de seguridad el territorio nacional.

La primera en concluirse de toda la red será esa estación que se instala en las inmediaciones de la villa manchega de Villatobas, y que se piensa quede terminada en el próximo mes de julio.

En cuarenta millones de pesetas se calcula el coste aproximado de las obras de instalación, en cuya cantidad no van incluidos los aparatos modernísimos de que este establecimiento militar va a ser dotado, y que serán la última creación de los adelantos técnicos en materia de radar.

Villatobas, ese lugar de La Mancha de cuyo nombre casi nadie se acordaba, que pronto va a estar, por su estación de radar, al ojeo y a la escucha.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial).

TRAFICO DE NIÑOS

Por Baldomero ARGENTE

EN la Argentina se han descubierto varios casos de «compra-venta» de niños. La opinión se ha alarmado y ha pedido duras sanciones para los culpables vendedores, compradores e intermediarios. «Las autoridades—dice un corresponsal—han tomado serias medidas para cortar enérgicamente estas prácticas y castigar a los delincuentes.» El lector corriente suele mostrarse conforme y pasar a otra cosa. Pero ni en esto ni en nada hay que juzgar ligeramente. El caso merece ser examinado más de cerca.

El tráfico de niños y de hombres era hasta hace poco, aun dentro del siglo XIX, muy corriente. Aunque a veces fluía bajo simulaciones más verbalistas que reales, floreció en el siglo XVII. A la criminal asociación internacional compuesta por bandas de compra-chicos dedica Víctor Hugo un interesante capítulo en «L'homme qui rit». Se componían de facinerosos de todas las razas europeas, raramente delincuentes de las podredumbres sociales que en aquel siglo de descomposición abundaban. También se llamaban «Cheycas», palabra indú que significa «secuestradores de niños».

Pero estas bandas—que a veces prestaban servicios políticos y recibían protecciones de altas jerarquías sociales—no robaban los niños; eso era exclusiva de los gitanos. Los compraban y vendían, haciendo un comercio normal, cuya materia eran seres humanos. Comprar y vender hombres era entonces operación lícita, que gozaba de las más altas aprobaciones. Hasta tal punto degrada a los hombres la existencia de instituciones anti-naturales como la esclavitud. En pleno siglo XIX se han batido millares de hombres por conservar ese derecho. En el siglo XVII ni siquiera se sospechaba la inmoralidad de tal acción. En Inglaterra, bajo Jeffreys, después de la trágica aventura de Monmouth—cuenta Víctor Hugo—hubo muchos señores y gentiles hombres decapitados. Dejaron muchas viudas y huérfanas, que Jacobo II dió a la Reina, su mujer; y ésta las vendió a Guillermo Penn (fundador de Pennsylvania), que pagó a buen precio a las jóvenes porque las necesitaba para poblar su colonia excedente en varones. Jacobo II favoreció a los compra-chicos, útiles para hacer desaparecer herederos encorcorantes. Guillermo de Orange los exterminó.

Las bandas compraban los chicos para hacer de ellos monstruos. Se impedía su crecimiento para fabricar enanos. Se desviaba su espina dorsal para producir jorobados. Se desfiguraba su rostro con tal arte que resultaban desconocidos «hasta para sus propios padres», dicen algunos autores del tiempo. La producción artificial de ejemplares; teratológicos tenían sus reglas; era toda una ciencia. Esta vivisección no se limitaba a confeccionar fenómenos para la plaza pública, bufones para los palacios—nuestra gran pintura reproduce ejemplares—y eunucos para los sultanes y ciertas bandas cantoras. Abundaba en variantes. Uno de sus triunfos fué fabricar un gallo para el Rey de Inglaterra, un hombre que, deformada la laringe, anunciaba con voz de gallo las horas en Palacio durante la noche. El doctor Conquest, miembro del Colegio de Ament Street y visitador jurado de los talleres de químicos de Londres, escribió en latín un libro sobre esta cirugía estética al revés.

El caso de la Argentina es el opuesto. Matrimonios sin hijos, pero holgados económicamente, desean tener junto a sí un ser en quien depositar ese tesoro de ternura latente en los no estragados por la perversidad o el vicio. Y para ello prohijan un niño recién nacido, que al crecer les corresponda, anudando lazos de afecto que surgen y se fortalecen más por el trato que por la sangre. Y para ello se ponían en comunicación con familias menesterosas, dispuestas a cederles algún nuevo vástago de su prole. Como era de presumir a la cesión acompañaba alguna compensación económica

para alivio de la angustiada situación de la familia necesitada.

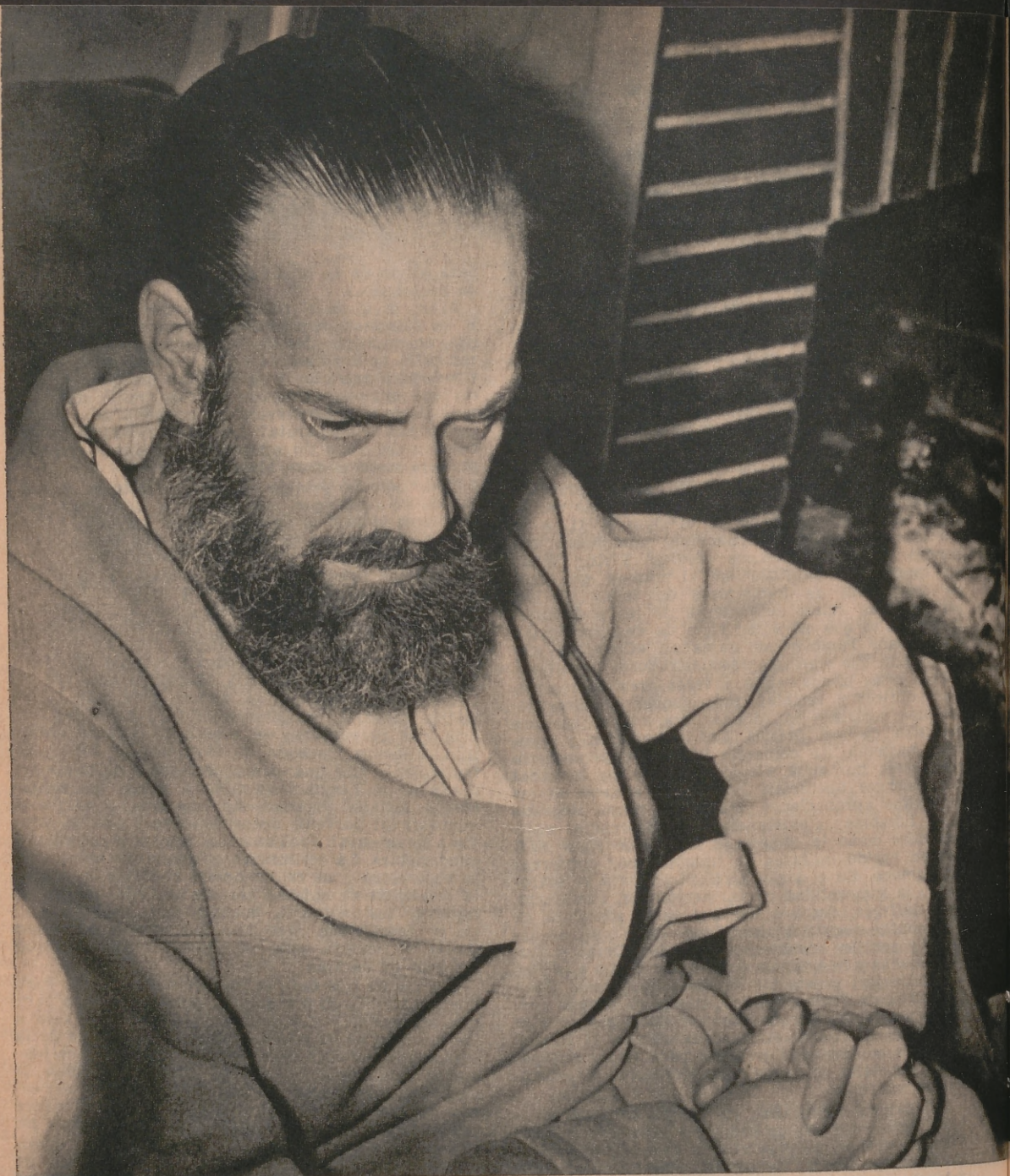
A eso se le da el nombre de «tráfico de niños». Y se fulminan condenaciones contra los que en ellos intervienen. ¿No las inspirarán prejuicios provenientes de los tiempos aun próximos de la esclavitud, pero extraños a la realidad actual? ¿No sería conveniente examinar el caso más exacto y realísticamente para ver si al condenado y perseguirlo no se disparata? La inmoralidad y delincuencia del caso no aparecen tan claras como a primera vista pudiera creerse.

Todo derecho protege un interés; éste es la sustancia de aquél, que, por sí solo, es una mera forma. Aquí el interés protegido es el del niño, único que lo necesita por ser el único que no puede obrar con libre voluntad. Si el niño fuera cedido para los mismos fines para que los adquirían los «compra-chicos», el carácter inmoral y delictivo del caso sería evidente. El derecho tenía que apresurarse a proteger el interés de la criatura, cosa que, desgraciadamente, no ha hecho siempre. Pero no se trata de eso. Se trata de proporcionar al niño una protección, un bienestar y una educación que, por su nacimiento, no había de gozar. ¿Con qué razón podría justificarse su interposición el derecho? Habría que preguntarse en este caso quiénes obran inmoralmente tratando de favorecer al niño. ¿El matrimonio rico que ofrece protección de todos órdenes a un desgraciado niño a quien las condiciones sociales vigentes—no hay que olvidarlas—auguran un porvenir de privaciones y dolores anejos a la miseria? No. Las obras del amor nunca son condenables. La ternura es el grano de mirra que la naturaleza pone en las brasas sociales. La amante condición de quienes carecen de hijos es un fehaciente testimonio de bondad. Su acción no sólo no es reprehensible, sino laudable. Acaso un deber moral, y pudiera serlo social. En último análisis un acto de caridad.

¿La madre que cede el hijo de sus entrañas para que sea prohijado por quienes pueden darle lo para ella inaccesible? ¿La madre que sustrae su hijo a las miserias de su estado y lo pone en manos de la inesperada suerte? Se necesita discurrir torcidamente para reprobar un acto realizado en bien de una criaturita recién llegada a este mundo tan escaso de piedad. Dos hipótesis caben: que la madre carezca de los impulsos que la naturaleza pone en el corazón materno hacia sus retoños o que, dominando esos impulsos, sabedora por experiencia de lo que aguarda a su hijo nacido en la miseria, o acaso sin poder mantenerlo, lo entregue con dolor de su alma a quienes pueden darle una vida más floreciente, educarlo y prepararle un puesto en la sociedad. Ambos casos son corrientes. Uno de los males de la miseria es que embota la sensibilidad moral. Y una exacerbación de ésta puede conducir una madre al sacrificio en bien de su propio hijo. En ambos casos, los actos realizados por unos y otros son plausibles.

¿Es acaso la mediación del dinero lo culpable? Esto significaría que si el matrimonio rico no socorriera a la familia indigente, si no tuviera el desprendimiento suficiente para aliviar la necesidad de ésta, si no realizara el acto de caridad, lo inmoral se convertiría en moral y la compra-venta en un sencillito y corriente acto de adopción. Tal conclusión carecería de sentido común.

Los casos de la Argentina—en muchos países se dan—han sido juzgados con el vulgar criterio de comadres de casa de vecinos. Habría que condenar igualmente la mayoría de los casos de adopción. ¿No están plenamente justificados por la conducta moral y la conveniencia social casos como los que han escandalizado en la Argentina? De su examen razonado sólo se deduce una conclusión que constituye un deber para el Estado: llevar un registro de adopciones que le permita velar por el interés del niño adoptado. Lo demás nos parece hipocresía.



CAMILO JOSÉ CELA, ACADEMICO A LOS CUARENTA Y UN AÑOS

TRABAJO, ORGANIZACION, VAGABUNDAJE,
CURIOSIDAD, ALEGRIA Y AFICION EN LAS
MALETAS DEL ESCRITOR

«La vida es siempre más literaria
que la obra artística»

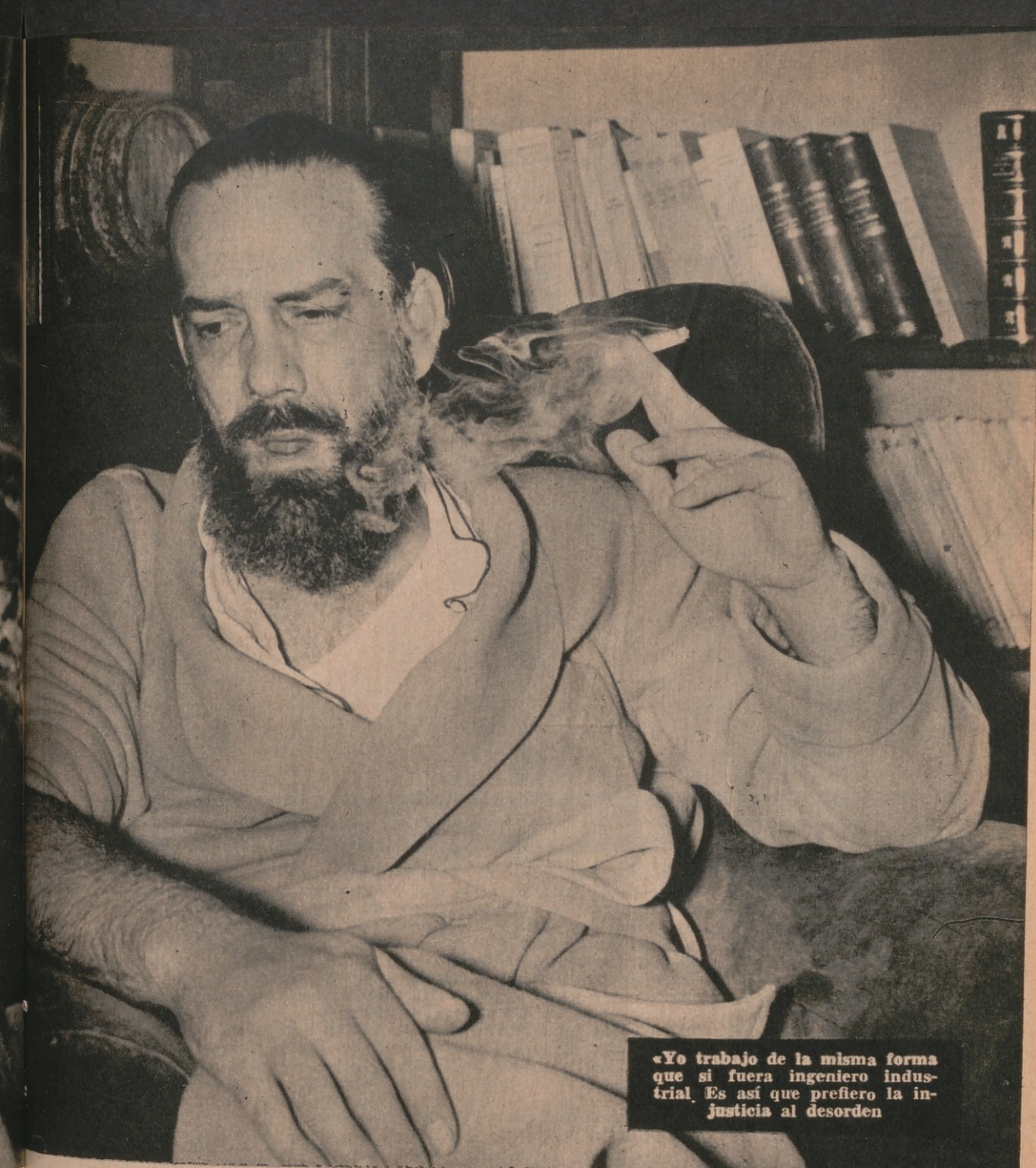
NUESTRA conversación se real-
liza con el aire furtivo de los
cazadores: a salto de mata. La
culpa es del teléfono. La culpa es
de la gente que llega y le abra-
za. De las enhorabuenas y de las
felicitaciones. Camilo José Cela
está en bata, todavía con sueño.
La barba grisácea cruzada por la
vena blanca, río pequeño, pero
río, de las primeras canas.

Otra vez el teléfono. Se levan-
ta despacio. Contesta suave y
alegremente. Oigo sus agrídulces
respuestas.

—No, no. Desde luego, no voy.
—...

—¡Qué! Me pegaron una pali-
za de pequeño en la escuela y no
me gustaría nada que se les ocu-
rriera repetírmela. Ya estoy muy
viejo para eso.

—...
—Sí, sí: el buenazo de aquel
profesor se habrá muerto, pero
queda todavía el lugar donde me
dieron la azotaina.



«Yo trabajo de la misma forma que si fuera ingeniero industrial. Es así que prefiero la injusticia al desorden»

Cuando se sienta de nuevo me explica:

—*Es un amigo de la infancia que me felicita. Hace muchísimos años que no nos vemos.*

La broma le ha llenado de festivo entusiasmo. Parece ir recordando, poco a poco, el tardo y lento entusiasmo de las mañanas. Se enciende el fuego de la chimenea. Se calma el humo inicial de la madera verde y húmeda. Llega el portero con nuevos telegramas. Son cientos.

—¿Contesta a todo el mundo?

Me mira gravemente, apoyada la palma de la mano en la cara. ahora, con la larga y crecida barba, más tensa, cansada y misteriosamente más fuerte que nunca.

—*Tengo el deber de hacerlo. La gente que se ha molestado en poner un telegrama y felicitar me merece gratitud. A todos les pongo «algo» en la tarjeta. ¿Ves?, ya tengo hecho parte del trabajo.*

Allí, es cierto, sobre la mesa, es-

tan las tarjetas, los nombres, las palabras.

—*Ya me duele el dedo.*

EL NUEVO ACADEMICO COMENZO CON LOS VOTOS NEGATIVOS

Cuando don Ramón Menéndez Pidal, presidente de la Real Academia Española, ordenó que comenzara el escrutinio, el diablo de los votos dió una curiosa sorpresa.

—*El primero que salió estaba en blanco. El segundo, idem. Sólo el tercero rompió la racha, pero para seguir nuevamente con otros dos en blanco.*

—Los primeros serán los últimos.

—*Fiate de eso. Lo bueno fué que después todos los demás apoyaron mi candidatura. Me imagino la cara que pondrían, al principio, quienes tan amablemente me habían presentado.*

Camilo José Cela tiene, sobre cualquier otro secreto, el de saber situar las cosas en un terreno humano y neutro. Si a mano viene, sabe encender una leve burla sobre el fondo más serio. A veces este secreto es desconcertante, pero sin atenderle, sin querer penetrar su íntimo sentido resulta inútil intentar comprender a Cela.

La conversación discurre sola. Hundido en el butacón, se levanta únicamente a dos cosas: al teléfono y a la chimenea, donde sopla con el fuelle y ve crepitar, tranquilo, el rojo penacho del fuego.

«NO QUIERO SABER DE QUIENES SEAN LOS VOTOS EN BLANCO: PERTENECE AL SECRETO DE LA ACADEMIA Y MERECE RESPETO»

Ahora vamos por aquí: por los votos en blanco.



«No sé quién ha votado en blanco, pero ni intentaré averiguarlo ni permitiré tampoco que se haga mención de ello. Lo que interesa es el resultado». Camilo ya llegó a la Academia. Y eso es importante

—No sé quién ha votado en blanco, pero ni intentaré averiguarlo ni permitiré tampoco que se haga mención de ello. Lo que interesa es el resultado. Todo lo demás pertenece al secreto de la Academia y merece respeto. Por otra parte, no te creas, hasta que no lea el discurso de ingreso no me sentiré académico. Ahora soy un simple miembro electo. ¿No crees?

Mientras Mora retrata al escritor, alguien, en este grupo constantemente renovado que entra y sale hoy de su casa, habla del trabajo. De la dedicación.

Camilo José Cela coge al vuelo las palabras. Dispara sobre ellas el peso de su grave entusiasmo.

—Yo trabajo de la misma forma que si fuera ingeniero industrial. Me baso firmísimamente en el trabajo y en la organización y no creo nada, desde luego, en la improvisación. Hasta tal extremo es así, que prefiero, ciertamente, la injusticia al desorden.

LA VIDA ES SIEMPRE MAS LITERARIA QUE LA OBRA ARTISTICA

Camilo José Cela, con barbas o sin ellas, ha sido, manifiestamente, una «vida literaria». Se ha hablado mucho de él. ¿De qué forma es verdad la leyenda?

Levanta la mano como si se defendiera de un fantasma.

—No sólo la mía, sino todas las vidas de los hombres suelen ser más literarias que la obra que escriben. Es inevitable que la vida, aun sin querer, discurra por esos cauces.

—¿Cómo se plantea una novela entonces?

—Nunca puede ser un reflejo exacto de la vida, porque la vida, lo repito, está lastrada de literatura y hay que echarla agua para poder hacer con ella otras cosas: la novela, por ejemplo.

Camilo José Cela huye siempre, no sólo hoy, de las fórmulas. Huye también de los consejos: «Cada cual que se equivoque por sí mismo», dice. Pero, por encima de eso, cualquier problema despierta su entusiasmo. Todo le sugiere algo nuevo.

Estamos en el realismo. Por ahí van nuestras palabras.

LA OBRA LITERARIA DEL PINTOR SOLANA, TEMA DE SU DISCURSO EN LA ACADEMIA

—El realismo literario no puede ser más que el esqueleto o la radiografía del realismo humano. El reflejo exacto, meticoloso, palabra a palabra de la existencia, no tendría nada de «real». El espejo de Stendhal recogiendo la imagen de las cosas tendría que ser cóncavo. Es la única posibilidad de que la realidad se deforme y adquiera verosimilitud.

Este tema trae de la mano, como un niño, el gran tema de su probable discurso en la Academia. El discurso, como es sabido, tiene que ser aprobado, protocolariamente, por «la Casa». El de Cela, en el que trabaja y da ya los últimos toques, versará probablemente sobre la obra literaria del pintor Solana. Volvemos, pues al tema del realismo.

—¿Qué le indujo a pensar en Solana?

—Fue repentino. En realidad, como se me ocurren las cosas.

Luego, pensando en ello, llegué a la convicción de que se trataba de un tema original.

De Solana le apasionan dos cosas. Ambas idénticas y profundas. —La veracidad y la autenticidad. Es cierto que vivió, pintó y escribió sobre un mundo deforme, pero en el retrato de la deformidad no se permitió deformidad alguna. Ese es el signo de lo «solanesco». He creído, al margen de cualquier otra cuestión, que se trataba de un buen tema para mí. ¿No?

DE MALLORCA, A LA ACADEMIA; DEL MAR, A MADRID

Cela ha venido de Mallorca. En tren.

—Tenía ganas de entrar otra vez en un bicho de esos.

Palma de Mallorca se ha convertido en su centro habitual de trabajo. No por ello, naturalmente, ha dejado de ser vecino de Madrid. Aquí sigue teniendo su casa abierta.

—Aunque bastante empolvada, según dice mi mujer; pero yo no me doy cuenta.

En Palma de Mallorca trabaja incesantemente. Buena parte de sus últimos libros, empezando por «La Catira», se han escrito en la isla.

—Es un ambiente propicio, essegado y tranquilizador. Desde mi ventana veo el mar.

Allí ha intentado, además de los libros, la aventura de una revista: «Papeles de don Armadans».

—Quiero demostrar con ella una sola cosa: que una revista privada puede vivir por su cuenta.



«Cuando pasa una mujer hermosa vuelvo la cabeza. También cuando pasa un perro o una lagartija. Me interesa la vida completa. Hasta me duele que el Coruña esté tan mal en la Liga»

ta. Todavía no tengo déficit. Tiro 1.500 ejemplares y voy por un total de 700 suscripciones.

Palma de Mallorca para el escritor Camilo José Cela es un ambiente nuevo. Una paz distinta, cruzada por amigos excelentes, de ocupaciones ajenas a la literatura.

—Me gusta tomar el café con ellos. Es el magistrado, el médico. Una sociedad viva, a veces sorprendente.

Y desde Palma de Mallorca, Camilo José Cela inicia y comienza, año tras año, los periplos del «vagabundaje». La eterna canción, los libros de andar y ver, que decían los árabes.

—Este año me recorrí el Pirineo catalán en compañía de un escritor: José María Espinás. En esta ocasión nadie me metió en los sótanos de un Ayuntamiento por indocumentado, como me ocurrió en los días del recorrido de la Alcarria.

El viaje al Pirineo catalán duró dieciséis días, con muchas leguas de camino hasta el Alto de Ribagorza, ya cerca de Aragón.

—Hay que contar en leguas. Cuando salgo de viaje, por los caminos hablo en leguas, duros y reales.

Los Alcaldes le dejaron tranquillo.

—Estoy muy civilizado.

Llaman nuevamente al teléfono. Sonríe suavemente. Estos son los consejos que da a su posible interlocutora:

—Déjala que no sepa nada. En casa, desde que la niña llegó al «pato», no ha habido forma de que aprenda más.

—A mi también me dice lo mismo la niña: que la culpa es de la maestra. Yo la digo que no se preocupe, que la llevaré a un colegio donde pase del «pato».

—...
—¡Ahí ¡Nada! Ella se queda feliz.

—...
—El niño es otra cosa. Viene con matrícula de honor, pero es muy distinto de los primeros «de antes». Tira piedras y todo. Yo estoy asustado de cómo han cambiado los tiempos.

Vuelve feliz al butacón. Sopla en el fuego. Aparta nuevas latas que vienen con los troncos.

—¿Cómo habrá venido hasta la chimenea esta lata de sardinas?

Yo no sé nada.

VUELTA AL ESCRITOR Y A SU NACIMIENTO

Camilo José Cela tiene cuarenta y un años.

—Sangre gallega e inglesa. Soy un hombre pacífico, aunque haya peleado lo mío con todo el mundo.

Pero no se trata de su edad. Ni de su origen, sino de su nacimiento como escritor.

—«La Familia Pascual Duarte» es, desde luego, la eclosión. Pero es una novela escrita sin sentido alguno de la responsabilidad profesional.

Cela es así, despejado, de lengua ingenua y cabalística. A veces su respuesta es un dulce trallazo. A un entrevistador le estimula despiadadamente: «Tienes que comer chuletas. ¿A quién se le ocurre ser vegetariano en nuestro tiempo?»

Volvemos a «La Familia Pascual Duarte».

—Me aburría jerozmente en una oficina donde trabajaba. Pero, una vez publicada, aquella novela resultó ser el planteamiento definitivo de mi carrera literaria. Podríamos hablar de «nacimiento».

Era el año 1942. El día de los Inocentes recibía los primeros ejemplares de la obra. Desde entonces acá dos docenas de libros. Así, en una constante, tremenda, imperiosa voluntad de trabajo

LA SEGUNDA ETAPA: EL «VAGABUNDAJE»

Camilo José Cela sigue fiel a las cosas concretas.

—Yo tengo un total interés por todo. Sobre por el hombre con «h» minúscula, que hace lo que tiene que hacer sin mayores explicaciones trascendentales. Cuando pasa una mujer hermosa vuelvo la cabeza.

Una pausa.

—También cuando pasa un perro o una lagartija. Me interesa la vida completa. Hasta me duele que el Coruña esté tan mal en la Liga. ¿No te parece?

Este hombre alto, noblemente cansado, tenso, con los párpados rojizos, inflamados. Este hombre, con inequívoca fatiga, pero que ha estado alegre todo el día para los demás, para los que pasaron por esta habitación llena de libros, sigue teniendo la impaciencia y la alegría del vagabundo.

—De repente me entra la manía de andar. Es algo así como el «mal» de los afiladores de Noqueira de Ramos, provincia de Orense, que, «tras a rodar», tras la rueda, recorren el mundo. Una fi-

lososía elemental, acaso, pero es la única que justifica el vagabundear de los hombres.

Un escritor que anda y anda, aunque no sea «tras a roda», las sendas españolas, Y no es muy fuerte Cela. Es alto, de cuerpo recio, pero quizá sea más amplia la decisión que el impulso físico. De esos viajes salen algunos de sus libros más importantes: «Viaje a la Alcarria», «Judíos, Moros y Cristianos», acaso el «Lazarillo».

—Pero lo más importante ha sido el gran amor a la tierra. Amor que he ido acumulando en los viajes. Los libros se iban haciendo subconscientemente por dentro. En realidad, como me ocurre siempre. Sólo cuando me pongo a escribir veo lo lentamente que las imágenes se van produciendo. Vuelvo, pues, insisto en cada página.

EL AIRE PURO TAMBIEN
INTOXICA: POR ESO ESCRIBI
LA «VENENOSA»,
MRS. CALDWELL»

Ya en otras conversaciones, Cela se ha manifestado en favor de uno de sus libros. Nunca habíamos llevado la conversación hacia la razón que le hizo escribirle. Se trata de «Mrs. Caldwell habla con su hijo». Sin embargo, esta vez me da una curiosa y excelente razón. Esta hora de «vagabundaje» lo ha hecho posible.

—«Mrs. Caldwell» surgió precisamente después de una etapa de viaje. Estaba tan desintoxicado, o mejor dicho, tan intoxicado de aire puro de la mejor calidad que me puse a escribir mi «venenosa» «Mrs. Caldwell». ¿Te parece mala razón?

La apuntamos un diez.

LOS VIAJES INTERNACIONALES: CONALES: SEIS VECES SOBRE EL ATLANTICO

Hay una parte de la vida de Cela que ha tenido para él una poderosa influencia: los viajes al exterior. Antes había salido su firma. Sus libros, traducidos en diversos idiomas. Pero, de repente, surge la gran ocasión atlántica, y por tres ocasiones distintas, se «acerca» a América. Seis veces, pues, cruzando el charco colombiano del Atlántico. Después, las Universidades inglesas y holandesas le reclaman. ¿Qué piensa ahora?

—Mis viajes internacionales sirvieron, en principio, para depurar mi inmenso amor a España.

Hay «después».

—Después me sirvieron para hacerme comprender que si no dejamos de pensar en Lepanto no podremos hacer nunca una Patria.

Hay más.

—Aprendí también el sentido de la convivencia y el mutuo respeto. También, rodando por el mundo, comprendí que uno de los grandes productos de exportación que tenemos los españoles es, precisamente, el escritor. ¡Ahí están, en todas las lenguas, Cervantes y Lope! ¡Por ellos nos conocen!

Vuelve al fuego. Sirve a los amigos un whisky. Le sirven a él. Parece que poco.

—Echa un poco más, que es mío.

—¡Estos gallegos!—le responde otro gallego.

—No tengas cuidado. A mí no me pasará lo que a un invitado que tuve en una ocasión.

—¿Qué pasó?

—Era un mozo de Le servi whisky—dice Cela—, ni mucho ni poco, pero vi que no decía nada. Seguí echando. Ya iba por medio vaso y no decía nada. Paré, pues. ¿Sabéis lo que dijo? Pues se limitó a decir: «estos gallegos». Después, no obstante, le pregunté si quería agua. Me dijo que no. Aún añadió: ¿Dónde vio echar agua al whisky?

Todos nos reíamos. Cela continuó:

—En ese momento me marché al otro cuarto. Volví armado con una cimitarra. «Mira—le dije—si no te debes eso ahora mismo te corto el cuello». No se despertó hasta el día siguiente.

El fuego se apaga. El invierno se ha ido, sin embargo. En Madrid, en las ventanas de Cela, apunta la prematura primavera.

ELOGIO Y GLOSA DEL ULTIMO CARTUCHO DE LA CONVERSACION

—¿Qué propósito llevas a la Academia?

—El honestísimo deseo de no desentonar.

Algo más dice. Algo que no deja de ser importante:

—Quiero guardar silencio durante un año. Me parece muy ridículo querer cambiar los muebles cuando se llega, por primera vez, a una casa.

Cela, académico, novelista, notable ser humano, mira ahora las cuartillas blancas del trabajo. Lo que espera.

—El yunque, Enrique.

—El yunque, Camilo.

Enrique RUIZ GARCIA

(Fotos de MORA.)



Camilo ha vuelto a su piso de Ríos Rosas. El mismo escenario para los amigos de siempre. Buen vino y buen queso, salpicado de una charla viva, interesante, que obliga al interlocutor a aguzar el genio. Generoso don Camilo, desde su sillón

Vista de la isla de Lobos,
desde la isla de Corralejos



¿SE VENDEN ISLAS EN CANARIAS?

LA OTRA CARA DEL PARAISO

CADA ISLOTE, SILENCIO, SOLEDAD Y PAZ

TENIA dieciséis años cuando lo conocí. Decía haber nacido en el islote de Montaña Clara, donde también su madre había muerto. Tenía la piel tostada por el sol y unos ojos tan claros, que apenas tenían expresión. Su mayor ilusión era reunir pronto tres mil pesetas, para comprar la pequeña isla en que vino a la vida.

—Soy la única persona que ha nacido en ella—afirmaba el muchacho cuando alguien le preguntaba el motivo de aquel capricho—. Tengo más derecho que nadie.

Sí, por aquel tiempo—mediaba nuestra guerra—se habló también de vender islas. El muchacho y el padre trabajaban sin descanso. Casi no se les veía nunca en tierra. Volvían del mar agotados a mediodía, y a la noche la barca se alejaba de nuevo de tierra, cargando en su

seno la ilusión de un adolescente y la esperanza de un hombre casi viejo. Unas cuantas cañas débiles y pequeñas, casi primitivas, y apenas endurecidas al fuego. Dos tambores de pesca, una red circular y un puñado de anzuelos, constituían todos los aparejos. De la mar iban saliendo los peces, grandes o pequeños, uno a uno, como todavía hoy los conquistan todos los pescadores canarios.

Los majoreros los llamaba la gente del puerto, porque procedían de la otra isla—Fuerteventura—(ésta es la denominación vulgar de sus naturales). Un día supimos que el majorerito había cumplido diecisiete años. Aquel día, ni él ni su padre fueron a pescar, y la tarde se la pasaron charlando con los trabajadores del puerto. Aquella tarde supimos que las tropas del Ejército Nacional habían tomado una ciu-

dad importante. El majorerito subió al pueblo con unos amigos. Volvió, a la noche, muy cambiado a la caleta, y al día siguiente se apuntó como voluntario para ir a la guerra.

El padre permaneció en el puerto unos días más. Iba a pescar con regularidad, solo, y regresaba de la mar cansado y silencioso.

Una tarde, poco después de la marcha del hijo, le vimos soltar la vela a su pequeña barca y seguir la ruta de un velero que conducía pescado salado a la isla de la Gomera.

LA ISLA DE MONTAÑA CLARA

Montaña Clara mide poco más de un kilómetro cuadrado de superficie. Está situada al norte de Lanzarote, entre Alegranza y Graciosa (de las que dista ocho

y dos kilómetros, respectivamente). Toda ella no es más que el cono de un volcán que surge del mar y queda roto hacia el Norte. En torno a ella abundan los escollos, los rompientes y las rocas escarpadas. Montaña Clara es una más de las islas Canarias. Una más entre las seis, diminutas como conos, que surgen impensadamente del mar, en torno al norte lanzaroteño, y de Fuerteventura. Ni hay en ella vida permanente, ni vegetación que produzca sombra, ni playas por donde arribar, ni agua dulce, ni es tampoco—por faltarle el agua—lugar de esperanza. Montaña Clara es sed, soledad, silencio difícil en medio del mar, con perspectivas de montañas lejanas. Como los demás islotes (sólo Graciosa está permanentemente habitada y llega a poseer unos 27 kilómetros cuadrados de superficie), constituye la otra cara del Paraíso, para el que la Mitología fué pródiga en exceso.

Don Eufemiano Fuentes, deportista y hombre de negocios de Las Palmas de Gran Canaria, ha comprado ahora la tercera parte de la Montaña Clara, por un valor de 17.500 pesetas. (Hay quien asegura que sólo le costó 10.000.) Las otras dos terceras pertenecen ya a don Mariano López y a don José Domínguez (ambos vecinos de Lanzarote).

Don Eufemiano Fuentes no es un filósofo, ni un filántropo; es, sencillamente, un hombre de negocios a quien gusta el deporte. (Ha sido presidente del Unión Deportiva Las Palmas y de El Marino, equipos de Primera División.) Estaba un poco retirado de las cosas del fútbol, porque ahora le atrae la pesca. Con objeto de crear un refugio de pesca a la vez chalet de verano, don Eufemiano Fuentes ha comprado un tercio (no una isla) de Montaña Clara.

Los mares que rodean los seis islotes (en el norte de Lanzarote y Fuerteventura) son riquísimos en peces de las más variadas especies atlánticas, especialmente meros, sardinas, meros, salemas, meros, boga, «cabrillas», viejas, etcétera, etc. Peces azules y blancos. Finos y vulgares en la mesa. Abundancia de crustáceos, mariscos de rocas y de profundidades. La pesca submarina y de superficie tiene un gran porvenir en estas islas sedientas que unas veces permanentemente, y otras sólo en épocas de verano, sirven de residencia a familias de pescadores.

Así como en la superficie exterior la belleza—sólo la áspera y extraña del contraste—apenas existe, los fondos marinos ofrecen a los ojos de los deportistas submarinos incomparables encantos, no reconocidos hasta hoy en ningunas otras latitudes.

Pero es la pesca, hoy y ayer, quien ha unido al hombre canario, aventurero de mares y puertecillos insulares con la sedienta soledad de estas peñas marinas, en las que la vida es un sacrificio de sencillez y humildad incomparable.



UN MILLONARIO AMERICANO QUIERE COMPRAR UNA ISLA

La publicación de la noticia de que un hombre—don Eufemiano Fuentes—había comprado una isla recorrió bien pronto—apenas iniciado el hecho—la mitad de los caminos del mundo. Atráido por la noticia de «Se venden islas en Canarias», también un americano millonario escribe desde los Estados Unidos solicitando la compra «de una de esas islas que se venden por tan poco precio». (Claro que él estaba dispuesto a dar un poco más.)

Y después del millonario extranjero siguen llegando cartas al Ayuntamiento de Arrecife (en Lanzarote), solicitando nuevas islas. Algunas de esas cartas han trascendido a la Prensa nacional, y otras, enviadas a través de la agencia Cifra, han permanecido ignoradas. Un señor catalán acaba de hacer otra solicitud, en la que especifica que desea comprar una isla para vivir en ella con absoluta independencia, sin tener relación alguna con nadie más que con las autoridades de que ésta dependa. A Las Palmas de Gran Canaria han arribado también diversas solicitudes. El mundo entero quiere comprar islas canarias, y lo curioso del caso es que las islas, desde hace mucho tienen dueño. Don Eufemiano—hubiera sido todo más romántico, de ser verdad—no ha comprado más que el terreno—que ocupa la tercera parte de una isla—al dueño que la poseía anteriormente.

Cierto es que las Canarias orientales—Lanzarote y Fuerteventura, especialmente—pertenecen a muy pocos dueños, algunos de los cuales, por no haberlas visto jamás—caso de condes y marqueses que, como los de Santa Coloma, residían fuera de ellas—, se han despreocupado de ellas, dejándolas en manos de ad-

ministradores o «medianeros» que no sacan de las tierras todo el rendimiento que les es posible proporcionar.

Desde la época de la conquista total del archipiélago canario, las islas pequeñas, que tenían título de «señoriales», fueron concedidas a los señores de Lanzarote y Fuerteventura. A la muerte de cada señor, los herederos de éstos fueron los dueños de las islas de las que no se ocupaban para nada. Así, desde el siglo XV al XIX, en que las islas fueron posesión de diversas gentes de una misma rama y apellido. Parece ser que entre los años 1820 y 1830, las dos familias quedaron sin sucesores directos—o se arrojaron—, y los seis islotes, o parte de ellos, pasaron al Estado, que años más tarde volvió a venderlas, pero que antes se las alquilaba, por espacio de un año, a pescadores o señores, que las realquilaban a su vez.

En 1920, la pequeña isla de Lobos se alquilaba en quince duros anuales. El precio seguía invariable en 1940.

GRACIOSA: 27 KILOMETROS CUADRADOS

De los seis islotes, Graciosa es casi una isla. Graciosa como su nombre indica, habitada de siempre, y de siempre falta de agua pura.

Los que la han conocido en algo más que una mirada desde el horizonte de la costa vecina—un brazo de mar llamado el río, y que antaño se podía atravesar a pie en la marea baja, la separa de Lanzarote, en un espacio de casi diez kilómetros de ancho—dicen que vale la pena visitar Graciosa, que en 1920 contaba con doscientos habitantes y hoy pasan de setecientos. El camino de arribada a la isla es pedregoso, escarpado y estrecho, todo él abierto sobre la roca desnuda, y bastante peligroso, por los abis-



Islas Graciosa, Alegranza y Montaña Clara. Las dos últimas, de propiedad particular, sobre las que se reciben infinidad de cartas solicitando su compra

mos que lo rodean. Más que camino humano parece sendero de cabras, aunque en algunas partes ha sido ensanchado y planeado en forma de desmonte, de pequeña carretera.

Graciosa es una isla pintoresca e interesante. Antaño perteneció a la marquesa de Santa Coloma y ahora es propiedad de la villa de Tegüise, en Lanzarote.

Las familias que la pueblan—veintisiete kilómetros cuadrados—viven exclusivamente de la pesca y el pastoreo, en una comunidad pacífica que se hace encantadora a los ojos del visitante. Nada les falta en el destierro. Tan sólo el agua, que hay que transportarla periódicamente desde las costas de Lanzarote.

Sus costumbres son tan sencillas y primitivas aun hoy, que asombran al extraño. Para todas sus necesidades se bastan consigo mismos y un consejo del cura, que oficia en la única ermita, y del maestro o la maestra. No anhelan ni ambicionan nada, y la lucha humana casi es totalmente desconocida. Sus fiestas son sencillas y tradicionales (a los santos más destacados.) En la fiesta mayor es cuando únicamente la isla se ve invadida de caras extrañas, y algún conflicto empaña la paz permanente. No son hombres de fe arraigada y honda, pero sí de buena voluntad. No creen más que lo que comprenden, y esto no es mucho, ciertamente. Su religión, aunque católica es más bien una especie de franciscanismo, con un poco también de ingenuidad y superstición.

Hace algunos años, el acontecimiento más importante en Graciosa era la llegada de un extraño. La población en masa salía a recibirlo cariñosamente, y le presentaban—en señal de bienvenida—el pan y la sal que caracterizaba a los pueblos patriar-

cales de la antigüedad. En su honor, una res era sacrificada, y se le ofrecían una especie de ceremonia sin protocolo, cántaros de leche espumosa, recién ordeñada.

El único conflicto que el visitante traía consigo era una riña doméstica, porque todos los «graciosos» querían hospedar en su casa al forastero. Era costumbre que el más anciano del pueblo decidiera al fin y aconsejara al pueblo que el viajero debía elegir casa por su propia voluntad.

Las maestras de Graciosa cuentan cómo ellas no necesitan comprar en la isla absolutamente nada. Los padres de los alumnos, a pesar de ser pastores o pescadores, les colman de toda clase de regalos.

Graciosa es el más bonito de los seis islotes, dos de los cuales—Roque del Este y Roque del Oeste—no son siquiera habitados, ni habitables en verano, debido a su pequeña extensión y a la dureza de sus mares. Roques del Este es un picacho, resto de un viejo volcán destruido por el mar, Roque del Oeste o del Inferno, una pequeña alta—cuarenta y cuatro metros de altura—también es resto de un antiguo volcán de lavas negras.

A excepción de Graciosa, los pequeños islotes carecen de arbolado. Su leña es producto de la desecación del vegetal llamado «tabaiba», o de los «jallos»—como dicen los pescadores—que tira sobre la costa el mar. (Fragmentos de naufragios o materiales acarreados desde otras islas por los temporales.) Procedente de los «jallos», las hierbas secas o la «barrilla», otra especie vegetal que cubre gran parte del suelo insular, el pescador y su familia hacen la lumbre para cocer las patatas, que trajeron en la arribada, desde muy lejos.

El hombre de las islas esoteador incansable del mar. Está en acecho continuamente. Buscando

siempre en él toda la resolución de sus problemas. Los fragmentos que arroja la marea son de valor incalculable para él. Trozos de madera que arranca el mar y astilla con sus iras; algún mueble que arrastra en una costa vecina, todo tiene para él importancia de vida o muerte.

El mar es mar de todos. El único patrimonio. En él hay leyes y faltas de honor cuando éstas son infringidas. Así, un hombre que divisa un «jallo» desde la costa y va a buscarlo es su dueño, si alguien no le ha tomado la delantera en el descubrimiento. Después, el hallazgo puede dejarse tranquilamente en cualquier parte, sin temor a perderlo. Basta con sacarlo fuera del agua y marcarlo con unas piedras, que ya en su «costumbre» indican que ha puesto en él la mano un dueño. «El costumbre» muy raras veces es quebrantado, porque al infractor termina por hacersele la vida imposible—todos se declaran enemigos suyos—y tiene que abandonar la isla.

Pero tampoco los «jallos» son de sencilla manera conquistados. A veces cuesta un día o más—sobre todo, cuando son grandes y las olas son grandes—sacarlos del mar. Hay que aprovechar la subida de la marea y esperar la bonanza, empujarlos cuesta arriba por las montañas escarpadas y sin abrigos naturales que presentan las rocas.

Durante la última guerra mundial, los «jallos» valiosos fueron numerosísimos en estos islotes y contribuyeron un poco a variar las costumbres de algunos de ellos. Con frecuencia varaban balsas de caucho, algodón, barricas de vino, restos de lanchas rápidas bien conservadas, que presentaban en sus departamentos de reservas alimenticias viveres y ropas. Esto dió lugar a que el pescador de peces se convirtiera en más de una circunstancia, en

pescador de «jallos», y se dedica al comercio de lo que encontraba, con las islas mayores. Muchos, incluso, hicieron alguna fortuna.

LA ISLA DE LOBOS

Se llaman: Graciosa, Alegranza, Montaña Clara, Roque del Este, Roque del Oeste o del Infierno e isla de Lobos. Son seis. Graciosa es la mayor; después—a unos doce kilómetros de distancia—le sigue Alegranza. Trece kilómetros de superficie y varios conos volcánicos de los que se destaca la Cladera de Alegranza, de 267 metros de altura. Isla de Lobos es la tercera en extensión—más de seis kilómetros cuadrados—. La vida en ella también es permanente.

La configuración y el suelo de las pequeñas «cenicientas» es casi igual. Filones de grises y negras lavas que afloran en medio de montañas amarillentas o rojizas que recuerdan a los roques de Anaga, esas dos pirámides del mar de Tenerife, entre los cuales se abre un abismo insondable que hace difícil, a muchas millas de su costa, la navegación.

Ni árboles, ni agua, ni vida cómoda. Animales marinos y cabras salvajes, algún perro muy de tarde en tarde. Algunas aves de corral, domésticas, que recorren los roques de punta a punta.

En Alegranza e isla de Lobos (debe su nombre a unas supuestas focas marinas que, arrastradas desde las zonas más altas por la corriente fría de Canarias, llegaron a la isla y amedrentaron a los pescadores residentes, por haberlas confundido con lobos del mar) hay un faro, cuya potencia luminosa pasa de diez y trece millas sobre el mar; en ambas, permanentemente, reside un terrero.

Separada de Fuerteventura por el brazo de mar llamado Bocayna se alza, al Norte, la isla de Lobos. Pertenece a Fuerteventura y es propiedad de un húngaro nacionalizado en España desde hace algún tiempo. El dueño se llama Andrés Zala, y es comerciante. Es la isla más rica en pesca submarina, cuya captura, a diferencia de los demás peces canarios, no necesita «carnada» o «engodo» (cebo).

La arribada a la isla se hace por una entrada llamada «playa de arena», que no tiene de arena más que la ligera faja de tierra que bañan las olas. Bajo las olas, la rompiente muestra sus agudas puntas, entre una especie de limo verde, sucio, moteado por erizos que fingen, en el temblor constante de las aguas marinas, prendidos de flores, en medio de oscuras y diminutas cavernas de roca.

La continuación de la playa hacia el interior de la isla es una pasarela escarpada y estrecha, abierta entre dos abismos, tras la cual se abre una especie de vallecito encerrado entre montañas y todo él verde de «tababas» y «barrilla» (vegetales, pero no son cultivos). Las cabras salvajes imperan en él. Más allá, hacia el Océano, se alza el faro de la isla.

UN PUERTO DE JUGUETE

En isla de Lobos hay siempre pescadores. Se agrupan en un puertecillo—la caleta del Palo—, al que se llega del interior recorriendo escarpados barrancos. El paisaje es monótono y triste. El puertecito es pequeñísimo, como de juguete, en una isla que pertenece al Belén de una Navidad sin nieve.

En el puertecito viven familias de pescadores. La época de pesca es generalmente el verano. Las chozas—no hay casas en el exacto sentido de la palabra—son pobrísimas, tan miserables por el abandono en que están, como por su pobreza. Son unas veinte chozas a lo más. Pobres todas. Demasiado pobres, si se les compara con las demás pobres del mundo.

Los pescadores comen, en el suelo, el pescado seco al sol, y sin cocer. Amasan el gofio en zurrones enormes, y guisan «papas»—patatas—en calderos de fondos postizos. No siempre hay entre ellos pan oscuro que mojar—como «conduto»—con mojo picante. (Salsa de pimientos secos)

Los pescadores duermen vestidos sobre los aparejos, con las ropas empapadas del agua del mar, entre «engodos», los restos de los «jallos» y los juguetes pobres de los niños.

El panorama del puertecillo es bastante triste. Apenas es un pequeño seno abrigado en una playa minúscula y unas islas de nacimiento.

Todo el sur de isla de Lobos se desarrolla entre ondulaciones de conos de escorias y piedras reverdecidas por las «tababas» y «barrilla». La Montañeta—volcán de donde surge—está erguida frente al faro de Punta Martino gracias a cuyo aljibe—de «aguíta de lluvia»—la residencia de los pescadores se ha hecho estable. Pero no por eso los vecinos dejan de ir con sus barcos cargados de barrilitos a Corralejos, en Fuerteventura, para traer un poco de agua, que ni siquiera es dulce.

Desde hace muchos años había un pozo de agua semisalobre en la caleta del Palo. Pero el dueño no era el mismo que alquilaba la isla, y esto ocasionaba grandes problemas a los pescadores. Hoy el nuevo dueño, señor Zala—el pozo ya no produce aguas útiles—se propone la creación—además de los cuatro aljibes que ya ha construido (en la actualidad, debido a la falta de lluvias, están completamente secos)—de dos aljibes gigantes, capaces de acumular a todas las aguas—de los años en que llueva—, y que pueden durar las largas épocas de sequía.

En isla de Lobos hay un solo vehículo: un carro tirado por un par de borriquillos. De vez en cuando llega a ella algún camello, que se adapta a las condiciones insulares fácilmente, pero muere al cabo del tiempo, según dicen los insulares víctima del «maloficio» de alguna bruja que nunca faltan en la tierra. Hace algunos años, la Basilia era una de aquellas mujeres con cuyas «mañas» hizo en más de una ocasión, deshabitar el islote.

Los pescadores temen a estas brujas insulares tanto como las mismas mujeres. Aconsejan apartarse de ellas a los escasísimos forasteros que puedan llegar, y evitan el encuentro de éstas con los niños, a quienes «malojan»—enferman—con sólo una mirada de sus ojos. La bruja no sale de la isla apedreada cuando comete un terrible daño. Es ella la reina que impera, y los otros—la familia del dañado—los que se van.

Esta podía ser la descripción de esta vieja «ña Basilia», que hemos puesto de modelo, y que tuvo vida real allá por el año 31: Alta, flaca, seca, grefiuda, y toda cubierta de ropas para librarse del sol. Un sombrero de paja en la cabeza. Un pañuelo negro sobre la cara, que apenas le deja visible la parte de los ojos. Gruesas medias de trapos, y las manos forradas también con una especie de mitones sucios. Los pies, descalzados, oscuros y agrietados, apenas asomados por debajo de un viejo refajo—«zagalejo» para los habitantes de las Canarias orientales—de bayeta, cuando no de arpillera, acartonado por el salitre del mar.

«ña Basilia» tiene voz pálida, oscura. Cruza los barrancos y chozas de la caleta del Palo murmurando entre dientes. La gente dice que son sus oraciones de hechicería. Todos huyen a su paso, abriendo camino cuando están en grupo, como si el que pasase fuera la autoridad suprema de un país. Nadie le habla, nadie le saluda ni hace preguntas. Tan sólo se acude a ella cuando un hijo está enfermo o un amor ha fracasado de pronto. Sólo entonces «ña Basilia» es humana, es cariñosa, es casi dulce.

—No te preocupes. El volverá a ti. Quema este puñado de hierbas cuando él cruce ante tu puerta, y aventa luego las cenizas al aire.

Otras veces es una madre afligida quien recibe consuelo de la vieja despreciada:

—El chico sanará. Ve a la mara—orilla del mar—y lava allí su ropa. No podrán hacerte daño aunque quieran. Nació a mara llena y bajo una luna muy fuerte.

Sana por designio de Dios el muchachito, y la bruja encuentra un poco de amabilidad en el pueblo. Si llega a morir, los odios crecen contra ella:

—Ella ha acabado de matar'o—asegura el marido—. Te dije que debíamos llevarlo a Corralejos.

Y la pobre vieja inofensiva, y que se vale de un arte mentiroso para vivir y ser respetada, a su manera, carga con una culpa nueva, sin haber cometido otro delito que ser desgraciada, pobre e ignorante.

Por suerte, las brujas van disminuyendo en los islotes, aunque en ellos la superstición, nacida de su ser su soledad y su pobreza, se mantiene firme.

En isla de Lobos—que despende del partido judicial de la Ojiva—no hay tampoco cementerio. Si alguien muere, ya es una gran dificultad hacerle el ataúd, porque no hay maderas ni car-



Jóvenes de la isla Alegranza. La mujer de esta isla canaria es una de las más bellas del archipiélago atlántico

pinteros, y los mismos familiares han de construir la caja en que los muertos han de ser conducidos a Corralejo, donde reciben sepultura. Cuando la mar está brava también se hace arriesgada la travesía, y hay que esperar, a veces hasta un par de días, con el cuerpo presente.

El sencillo corazón de estos hombres, ¡cuánta Mitología ingenua encierra! A dos pasos de un mando distinto, de luz eléctrica y música de radio, ellos permanecen en su mundo particular. Un poco dentro del auténtico Paraíso y otro poco fuera de él, en el sendero de la tragedia, Fantasmas, trasgos, ánimas en pena, espíritus y leyendas le hacen compañía. Historias tergiversadas, a veces monstruosas, se transmiten de generación en generación, en breves sentencias, en tópicos locales, articulados como si formaran parte del «costumbre»: «El congrio «maloficia» al pescador en las noches de luna.» «Pescar en noche de San Juan trae desgracia.» «El quinchó—un ave marina—tiene señalado por Dios un «peje diario»—diario—, y el mar, un hombre. aparte de lo que él pueda buscar.»

Una corta visita a la isla no deja entrever nada de esto. Es preciso dejar que pase el tiempo en ella, y la gente, que al principio parece—sobre todo, los hombres—huraña y excesivamente reservada, tome confianza. Sólo entonces, como si se tratara de esos minúsculos animalitos marinos que cuando se creen solos comienzan a brotar en la arena, llegando en pocos segundos a cubrirla, como por arte de magia, con sus cochas polieromas, así también se sorprende, casi de golpe, el verdadero corazón de estos hombres, que, por su propia voluntad, teniendo un mundo donde elegir, han perdido—sin ser monjes ni soldados—

su libertad. Esta es su vida y sus preocupaciones. No desean más ni esperan más. El mar, con sus secretos, sus milagros y su amor intenso, es a todo cuando aspiran y poseen.

UNA ROCA RODEADA DE PECES POR TODAS PARTES

Isla de Lobos, rodeada de mares tibios, de aguas intensamente azules al Norte y Sur, y páldas en el estrecho de la Bocayna, dotada de un profundo y escarpado fondo marino, barroquizado por los antiguos filones de lavas, puede ser definida como una roca única, rodeada de peces por todas partes.

Junto a sus riberas hallan refugio colosales atunes y bonitos, cuya pesca se efectúa a liña, durante los cálidos meses de verano. Los congrios se confunden con otras especies, y las «morenas», los meros y los sargos son los más grandes de cuantos se capturan en el Atlántico. El «cherna» es de gran peso, y la «albacora» produce beneficios importantes.

El actual dueño de la isla tiene en proyecto la edificación de un hotel turístico con objeto de que puedan arribar allí deportistas aficionados a la pesca submarina o a los baños de mar, para lo que piensa aprovechar la rubia playa de arena, que, aunque pobre, es finísima.

No es malo el suelo vegetal insular, a pesar de la constante «maresía» que domina sobre él. Es la continua sed quien borra toda posibilidad de vegetación. Tan sólo el henequén, resistente a la sed, crece hoy sobre la tierra parda.

El principal fin de la pesca es la venta del pescado, que se hace en la madre—Fuerteventura—ya recién salido del mar, ya en forma de «jarea»—seco al sol—.

Muchos pescadores de otras localidades van al islote únicamente en las temporadas de verano y se convierten en «jareas» toda la pesca, que luego llevan de regreso a las diversas islas, para vender en ellas.

NO SE VENDEN ISLAS EN CANARIAS

Así son, casi idénticas, semejantes en su vida y sus costumbres, Montaña Clara—ese empinado cono, de acantiladas costas, de poco más de 1.800 metros de largo por unos 900 de ancho en la parte más ancha—, la isla que vista desde el horizonte aparece blanqueada por la calma solar y en la que las frecuentes tormentas marinas aísla más aún. Así es Graciosa, la única que presenta verdaderos poblados (Pedro Barba y Caleta del Sebo), que en otro tiempo, al igual que Alegranza, sirvió de refugio a barcos piratas. En las últimas guerras mundiales fué lugar de seguro de submarinos de las más diversas nacionalidades. Así es Alegranza, la más septentrional de las islas Canarias, con sus 267 metros de altura, su pequeña playa, junto a la cual se alza un faro; una especie de muelle natural que sirve de desembarcadero y esa cueva de más de 300 metros de profundidad, que ha dado ocasión a la fantasía de los pescadores considerarla morada del diablo, o ánimas en pena de piratas. Sólo los dos Roques, ni siquiera islotes, ni siquiera vida, son puntos colmados de leyendas y asperezas, velan el archipiélago desde Levante.

No se venden islas en Canarias. Todas tienen dueño hace mucho tiempo, siglos. Un dueño del que depende su vida y su muerte. Generoso y humilde unas veces, y otras soberbio e implacable. Un dueño que no reconoce poderes y posesiones superiores a las suyas, el poder y la posesión del mar.

Violeta Alicia Rodríguez



San Juan Bosco, fundador de la Orden Salesiana. Aquí aparece sentado a la derecha, en una de sus visitas a Barcelona, en 1886



Vista de uno de los talleres de mecánica del colegio de Madrid (Atocha)

TRABAJO, ORACION Y ESTUDIO EN LOS 103 CENTROS SALESIANOS DE ESPAÑA EN INDUSTRIAS, BANCOS Y OFICINAS TRABAJAN MILES DE JOVENES PREPARADOS EN SUS AULAS

HACE SETENTA Y CINCO AÑOS QUE SE INAUGURO EN CÁDIZ EL PRIMER COLEGIO

CERCANDO el patio se levantan unos inmensos pabellones de ladrillo encarnado. Abajo, en el primer piso, están los talleres.

—Este es el de carpintería.

Un enjambre de muchachos trabaja afanosamente bajo la dirección de los maestros: salesianos con votos sin carácter sacerdotal y con los monos puestos. Chicos de todas las edades, divididos en cinco cursos. Las máquinas despiden el serrín con fuerza. Hay un ambiente denso de cuerpos sólidos que llenan todos los huecos. Los muchachos siguen trabajando sin preocuparles la visita. Cada uno en su sitio, dedicado a su labor, con las cabezas manchadas de un polvo amarillento, manejando la madera junto a la cepilladora, la sierra de cinta o la circular. Otros, trabajando con la reguesadora, la prensa hidráulica, la barrenadora, el torno, la lijadora, la esculpadora de cadena o la sierra de marquetería. Máquinas y más máquinas, con los muchachos montando su guardia centinela, haciéndolas moverse a su capricho, taladrar y cortar como ellos quieren. Y por acá y allá confesonarios, ventanas y armarios ya hechos. Trabajos variados —el chico ha de conocer perfectamen-

te el empleo de cada máquina—, sin afán comercial, con fruto para uso del colegio o de otras casas religiosas que lo encarguen. Un pabellón inmenso dedicado al aprendizaje del arte de la madera: carpintería y ebanistería, talla, de donde salen todos los años docenas de muchachos con su porvenir resuelto, útiles para la vida.

—Este pabellón se dedica al hierro y el de arriba a la electricidad.

Muchachos, más muchachos, con sus monos azules, todos iguales, trabajando con ahínco, sin distraerse lo más mínimo. Otros maestros distintos vigilan su trabajo. Los chicos de primero realizando ajustes elementales con el hierro. Los de segundo, realizan-

do más complicados y forjan el hierro superando los obstáculos como a maravilla. Los chicos de tercero haciendo labores de carpintería y las de ebanistería en un encierro sobre la pared. Y los de cuarto realizando prodigios con las herramientas y modificaciones.

—Al acabar—nos dice un maestro de taller—tienen que presentar una máquina hecha por ellos.

Ocho, diez, muchas son las que me van diciendo quiénes las han construido: Luis, Antonio, Carlos. No nos importan los nombres y apellidos. Nos basta con saber que los nombres son muchos, que son de alumnos salesianos y que están allí trabajando para ganarse mañana limpiamente su pan y el de los suyos. Las máquinas son algo que maravilla. Ellos hacen los proyectos. La fundidora manda las máquinas en hierro bruto —el esqueleto—, y el muchacho, un día y otro día trabaja hasta ponerlas en funcionamiento.

De la pared —y en todos los talleres— cuelgan los cuadros con las puntuaciones de los alumnos de cada curso. Cuadro que miran ellos y que les espolean con ansias de sacar el mismo trabajo en menos horas, o de adelantar noblemente al compañero. Rayas horizontales cruzándose con verticales, y en los cuadros, en blanco, números de horas, de días, que indican cómo realizó cada uno la tarea. Un Campeonato, donde el que más trabaja, no se gana la Liga, pero sí el aplauso del director.

Unos en las linotipias. Los



En Cadiz se levanta, con el nombre de Salesiana



En uno de los más bellos parajes de la provincia de Tarragona se encuentra el noviciado de la Inspectoría tarraconense

otros imponiendo páginas, ejercitándose en composición seguida u ocupados en ejercicios variados. Más allá, los pequeños manejan las máquinas «minerva» y los ya mayorcitos, las automáticas. Unos cuantos muchachos van sacando con facilidad las letras de las cajas para componer. Huele a papel y plomo. Este es otro taller. Un poco más reducido en dimensiones y alumnos. También hay cuadros colgando de la pared. Más puntuaciones, otros maestros. E igual en los talleres de arriba: en la zapatería y en la sastrería.

—Aquí están estudiando.

Llevaba ya un buen rato paseando con unos cuantos padres que vinieron conmigo para enseñarme todo esto.

Ha terminado la faena en los talleres. Los mismos muchachos aprietan ahora los codos para completar su formación práctica con los mejores conocimientos teóricos. Hay seriedad y silencio, roto sólo a veces por el ruido que las páginas producen al volverse. Y arriba, no sé dónde, unas voces frescas cantan a la Virgen. Están de ejercicios espirituales: «Madre del amor y guía del alma que espera en Ti». Por los claustros, el eco escribe un nuevo pentagrama.

Corre por los pasillos la música, cada vez más lejos, escapando hacia fuera por los resquicios de las puertas y las ventanillas entreabiertas. Se escapa hasta la calle, que no sabe de tranquilidad con colores que ni se ven siquiera. Aquí dentro, la armonía se ha sentado en su trono. Detrás de ella, rodeándola por los cuatro costados del edificio grande, el asfalto y el hierro, la altura del cemento en cada casa, la cercan sin romperle el equilibrio. Trabajo, oración y estudio. Tres cosas que se hacen casi a un tiempo en este colegio salesiano. Y como en este colegio, en todos los demás, cada uno cumpliendo su misión especial en la enseñanza. En otros no habrá trabajo, y todo el tiempo será para el estudio.

¡Pero sí que hay en todos los ratos una oración!

Ruido de máquinas, chicos, muchos chicos. En Deusto, en «La Paloma», en los colegios de Málaga y de Cádiz. Estudio serio y provechoso en los de Salamanca, Barcelona, Pamplona y ¡tantos otros! En todos los que han ido sembrando los hijos de Don Bosco o los hijos de España han puesto bajo su dirección.

UN GRAN PATIO, UNA GRAN IGLESIA Y UN GRAN TEATRO

Los padres hablan sin cansarse. Lanzando en el espíritu por caminos de España fui viendo los colegios que ellos ya conocían. Nombres de alumnos, de maestros y de calles; cifras, años, recuerdos. Los escuchaba atentamente. Con ellos iba de Sevilla a Barcelona, volviéndome a Madrid desde los cuatro puntos cardinales para quedarnos al final con ganas de saber qué le ocurrió a aquel padre con Luisito, un alumno travieso, que después de treinta años, le conoció en el Metro.

—Ahí viene el padre inspector.

«¿Qué haría aquel travieso de Luisito», me sigo preguntando.

Estas tres cosas no faltan en ningún colegio salesiano: Un gran patio, una gran iglesia y un gran teatro...

El padre don Alejandro Vicente es el inspector de la provincia salesiana de Castilla. Un hombre abierto y campechano como buen zamorano, de Corrales, con los ojos hundidos detrás de unas gafas oscuras, entre unos párpados que se han ido cerrando con los años.

El patio del colegio tiene unas dimensiones extraordinarias. Al fondo se levantan unos pilares de cemento, sembrados de barras de hierro verticales.

—Allí se levantará la nueva iglesia. En la que teníamos, los chicos no cabían.

Por detrás de las verjas, a la izquierda de las construcciones, se

ven pasar los tranvías, los coches y los hombres.

—Uno de nuestros cuidados es dar al niño amplia libertad de correr, saltar y jugar. La diversión es una cosa necesaria para lograr la más completa formación humana. Don Bosco así lo entendía también. Aquí los chicos tienen todos los domingos sus funciones de teatro y sus sesiones de cine. Aquí y en todos los colegios salesianos del mundo, vamos.

Un ambiente igual para todos. Cientos, miles de niños y de jóvenes que unos ratos estudian y trabajan y otros rezan, comen, duermen o se divierten. «Amar mucho a los niños». Una consigna del fundador, que todos los salesianos cumplen a la perfección.

El provincial sonríe a unos chavales que le besan la mano.

—¿Cuántos colegios tienen en Madrid?

—Dirigidos por nosotros, once. Este de San Juan Bosco, que es la Casa central; el de San Miguel Arcángel en el paseo de Extremadura; el colegio de San Fernando, en Fuencarral; la Institución Sindical «Virgen de la Paloma», el Colegio de Huérfanos Ferroviarios, en la Dehesa de la Villa; la Escuela de Aprendices Automovilistas, en Carabanchel Alto; el Teólogo también por allí... ¿Cuántos van?

—Siete.

...el oratorio de Santo Domingo Savio, en Vicálvaro; el colegio de San Juan Bautista, en Cuatro Caminos y un centro de carácter publicitario (S. E. I.), que tenemos en Alcalá, 164. Debe faltar uno, ¿no?

Pero al padre Alejandro se le resiste el número once.

El colegio del paseo de Extremadura es de Segunda Enseñanza. Allí van a hacer el bachillerato los colegiales que dan pruebas de valer para el estudio. Hasta él llegan chicos de todos los otros colegios pensionados por organismos oficiales y particulares. Casi todos necesitan esta ayuda. Porque el ideal de Don Bosco, ayudar a los niños necesitados, sigue siendo el de la Congregación. El colegio de San Fernando es de la Diputación.

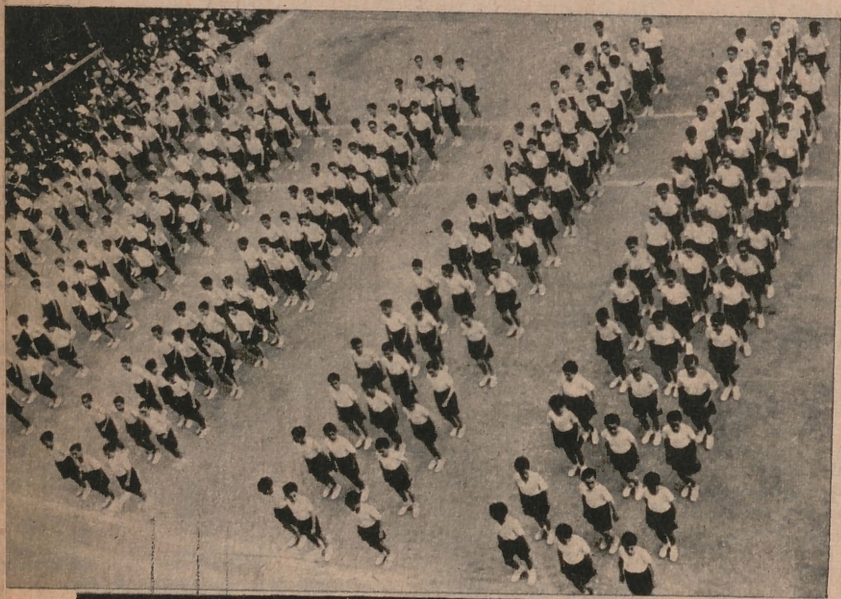
—Se dedica a la Enefianza Profesional. Es una maravilla. ¡Si usted lo viese! Tiene hasta su banda de música. Y fíjese que ha actuado en más de un país extranjero. Todos los niños que hay allí son huérfanos. El día de mañana, todos, sin excepción, saldrán como están saliendo otros cada año, hechos unos hombres de provecho.

La Escuela de Aprendices Automovilista depende del Ejército. Cerca de 800 muchachos se familiarizan allí con el volante y con la entraña de los motores.

—En este de Atocha pasan de mil los alumnos externos, y los internos son cerca de 300. En total no andarán muy lejos de los 100.000 los alumnos que tenemos los salesianos en Madrid.

De los colegios madrileños éste es el que desarrolla una actividad más compleja. La Enseñanza Profesional es la más importante de las tres que da el colegio. Las otras dos son la Comercial y la Primaria.

—¡Y el cariño con que recuer-



Festival gimnástico salesiano celebrado en el colegio «San Juan Bosco», de Horta-Barcelona



Se inicia el curso. Primera fotografía: el rector mayor del colegio salesiano de Arévalo (Avila) posa con los aspirantes. Este hecho se multiplicará por toda la geografía de la Orden educadora

dan siempre su colegio los que salen de aquí o de otro sitio cualquiera! Mire, en Puertollano, un grupo de antiguos alumnos, precisamente del San Miguel Arcángel, na levantado un colegio.

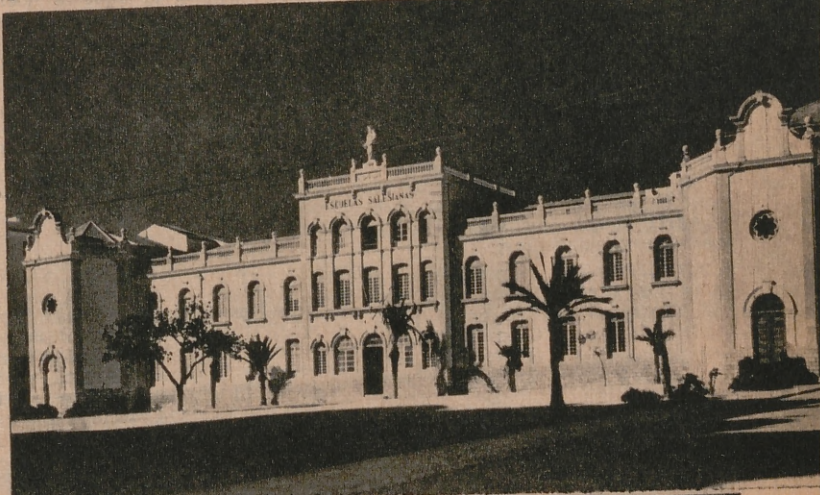
Hace mucho tiempo que venían pidiéndoselo al padre provincial. Querían que los salesianos fueran allí. Pero él les dijo que no podía ser; que construir un colegio cuesta muchísimo. Pero ellos no cedían. Preguntaron si habiendo un colegio se decidirían a ir. «Bueno, cuando lo hagáis, iremos», les dijo el provincial.

—¡Creuyendo que no lo iban a hacer! Pues, amiguito mío, no crea que anduvieron con bromas. Lo levantaron, y allí nos hicieron ir. ¡Si usted supiera qué gran obra! Ni más ni menos que la redención de un pueblo. Todos los chicos que salen de allí se los lleva la Empresa «Calvo Sotelo». Empresas, Bancos, emisoras, colegios, oficinas. En todos esos sitios y muchos más trabajan y viven hoy miles de hombres que llevan en la solapa la insignia salesiana nacional.

LOS SALESIANOS CELEBRAN ESTE AÑO SUS BODAS DE DIAMANTE CON ESPAÑA

«Y piensen que es la tierra de las Teresas de Jesús, de los Ignacio de Loyola, de los Domingos de Guzmán, de los Juanes de Avila, de los Alfonsos Rodríguez, de los Isidoros y de los Tomases de Villanueva.» Así escribía Don Bosco en una de sus cartas.

«Ahora vas a Utrera, a Andalucía, la tierra de María Santísima. Utrera será una cuna. En Utrera nos prepararemos para grandes obras en toda España. De aquí a no mucho, una señora, hoy casada en Barcelona (y mira que no estoy soñando), al quedar viuda nos invitará a fundar una



En estas dos fotografías recogemos las construcciones salesianas de sus colegios en Ronda y Alicante, de arriba abajo

ca a en esa ciudad, y tras esa fundaremos muchas...»

Era el día de Santa Teresa de 1880. Don Juan Branda, el futuro director del primer colegio salesiano de España, escuchaba a Don Bosco estas palabras mientras paseaba en Turín, bajo los pórticos del oratorio, mirando hacia la cúpula de María Auxiliadora. Viudez, invitación, fundación y fundaciones. Todo ello se cumplió a la letra.

Un grupo de cuatro sacerdotes, cuatro tejas y cuatro sotanas con cuatro corazones, precedidos por el que había de ser, andando el tiempo, el primer cardenal salesiano, ha llegado a Sevilla desde Italia. Utrera les espera, con sus casitas blancas, sus niños, que ya oyeron algo de lo que allí iba a hacerse, las mujeres y los hombres, en espera de que aquello llegara a ser verdad. Y por allí espera el marqués de Casa Ulloa, su hijo, su yerno, y el señor alcalde con sus familias, que se habían empeñado en ser los primeros cooperadores salesianos en España.

Un sol limpio encendió aquella mañana los colores y el campo. Jugaba por las calles de Utrera una emoción desconocida. La naturaleza andaluza prestó todo lo mejor para aquella fiesta de 1881. Un año capicúa, que les trajo su suerte a aquellos hombres de un partido judicial de Sevilla.

16 de febrero: Una fecha y un mes que pasaron a la historia salesiana. Aquel día, con aquel sol, con aquellos hombres, hoy muertos casi todos, se inauguró en España el colegio salesiano de Utrera.

Han pasado tres años. Corre en el tiempo el año 84. Hay que subir en diagonal de Sevilla a Barcelona. Como subieron entonces unos cuantos hombres con sus sábanas negras.

Ya no es Torre del Prats una finca como antes. Sus dueños la han vendido a una señora viuda recientemente de don Juan María de Serra, patricio acaudalado en dinero y virtudes. En ella ha levantado un colegio la generosidad de doña Dorotea Chopitea. Junto al ferrocarril que lleva de Sarriá hasta Barcelona, la nueva construcción enseña sus ladrillos recién puestos. Más allá se cruzan los caminos y se hacen reverencia unos árboles a otros.

El colegio allí está. Y lo pensaba aquella viuda desde lejos. Los niños pobres y abandonados de la populosa ciudad ya tenían su centro. En él podrían acogerse y aprender un oficio. Porque alguien, el nombre sonaba raro, vendría desde muy lejos para hacerles unos hombres.

Unos cuantos llegaron por el mar. Los otros que subieron desde Utrera esperaban en el puerto su llegada. Cuando llegaron los primeros ya empezaron a estar en Cataluña los padres salesianos.

Don Bosco, mientras tanto, seguía en Turín. Desde allí a Barcelona, la tirada era larga. Pero el fundador, como hijo bien nacido—tanto que llegó a Santo—, no se asustó al saber que el viaje era muy incómodo. ¡Una oportu-

nidad, un hueco de unos días entre tantos quehaceres! Y, por fin, llegó el día, en aquel mes de abril, cuando aún le quedaban al Santo dos años de vida y de trabajo.

—Muchas gracias, señora.

Doña Dorotea había leído muchas veces esta frase en cartas de Don Bosco. Pero jamás se la había escuchado de palabra. Se emocionó sin querer. Le fué pasando por la cara toda la procesión de los colores en la línea de rosa.

—Usted es la mamá de los salesianos en España.

Don Bosco hizo el milagro. Le llegó a las mejillas de la bienhechora insigne el grana más encendido. Le salió cabrilleando por los ojos, la primera lágrima. Y después, explotó el calor y el llanto, la emoción y la paz, la alegría de sentirse llamada de ese modo por un hombre que, en boca de todos, andaba por el camino que lleva a los altares.

Al año siguiente volvió Don Bosco. Un día, más exacto, una noche de un mes concreto. Pero después se supo que la noche de aquel día y de aquel mes, Don Bosco no se había movido de Turín.

—¿Usted aquí, Don Bosco? ¿Pero, cómo ha llegado son avisar? Voy a prepararle en seguida algo para comer.

Don Juan Branda, director del colegio de Sarriá, no sabía ni qué hacer. Don Bosco estaba allí. ¡Vaya una hora de llegar sin avisar!

—No te preocupes. He venido para que hagas esto.

Y le dió instrucciones concretas sobre un asunto delicado, de carácter interno, que el mismo director desconocía.

Don Branda se frotó los ojos. No soñaba, estaba bien despierto, tocaba y veía, sabía que sentía. Había oído hablar al fundador, le había visto. Pero Don Bosco ya no estaba allí. A pesar de todo, el director creía que había soñado. Y pasaron los días sin cumplir el encargo. Una mañana llegó carta de Turín. «Si no cumples lo que te dije antes de veinticuatro horas, tu misa de mañana será la última que dices antes de morir». Don Branda temblaba desde arriba hasta abajo. Don Bosco había estado junto a él aquella noche. No él no lo había soñado; Y cumplió lo que le ordenaba. Otra carta llegó para decirle. «Don Bosco está contento».

Aquella noche, un hombre—moría al año siguiente—estuvo al mismo tiempo en Turín y en Sarriá. Un caso extraordinario de bilocación. La segunda visita, esta vez milagrosa, de San Juan Bosco a España.

LA ESPAÑA SALESIANA

Don Bosco muere en 1888. Don Miguel Rúa inicia a continuación una etapa de rápido desenvolvimiento de la obra salesiana, quintuplicando durante su rectorado las casas de la Congregación en el mundo. De 54 Institutos existen a la muerte de Don Bosco, se pasó a 341 al morir Don Rúa. En España las dos casas creadas en vida del Santo se transformaron en 26. Esto obligó a dividir la España salesiana en tres provin-

cias: la Tarraconense, la Céltica y la Bética, nombres tomados de la clásica división de Augusto.

El incremento de la obra salesiana continúa bajo el rectorado de don Pablo Albera. A pesar de los trastornos y dificultades que ocasionó la primera guerra europea, sigue en aumento el número de nuevos establecimientos. En España, a la muerte del tercer rector, son 32 los colegios levantados. Don Felipe Rinaldi gobernó durante diez años la Congregación. Formado en España fué el gran propulsor de la obra de Don Bosco en nuestra Patria, formando falanges de salesianos españoles, impregnados en su mismo espíritu de caridad y sacrificio. Español de corazón, Don Rinaldi hablaba nuestra lengua correctísimamente y la escribía a perfección. Desde Turín tenía siempre puestos sus ojos y su corazón en España. No es de extrañar que durante su rectorado siguiera el incremento de la Congregación, que llegó a contar con 42 casas.

Don Pedro Ricaldoni es el nuevo rector a la muerte de Rinaldi. Y es también uno de los primeros salesianos que vinieron a España poco después de la fundación de Utrera. Aun no había cantado misa por entonces. Se ordenó de sacerdote en Sevilla el año 1893, de modo que en España se formó y en España dejó su huella el querido Don Pedro. De tal modo se aclimató al ambiente andaluz, que por su gracia y su habla castiza más parecía nacido en la tierra de María Santísima que en Italia. Treinta y tres Casas se fundaron durante su rectorado. Don Ricaldoni supo estar siempre a la altura de su misión y de los tiempos. Cuando los jesuitas salieron expulsados de España por la República, él los acogió en Turín con el mayor cariño y generosidad. Años más tarde, cuando estalló en nuestra Patria la guerra civil y la persecución religiosa el oratorio de Turín se convirtió en asilo, no sólo para los salesianos, sino también para multitud de sacerdotes y seglares que lograban escapar del infierno rojo. Cien víctimas, 97 asesinadas por el comunismo ateo. Una página de dolor es cierto, pero también la más gloriosa de la Congregación. Esas víctimas inmoladas en odio a Cristo y España, forman hoy el elemento de los mártires salesianos, cuya causa de beatificación se ha iniciado ya, encontrándose para su estudio en la Sagrada Congregación de Ritos.

Don Renato Figgjotti gobierna en la actualidad la Congregación. Hombre dotado de avasalladora simpatía, inmensa bondad y extraordinaria energía, la sigue conduciendo por la senda de sus antecesores. Ha dado la vuelta al mundo visitando las Casas salesianas, animando a todos sus hijos y resolviendo personalmente todos los problemas y todas las dificultades. España cuenta actualmente con 103 Casas salesianas. Este número extraordinario ha exigido la creación de dos nuevas provincias: la de Domingo Savio en Andalucía y la de San Juan Bosco en Castilla: 2.209 salesianos trabajan actualmente al frente de ellas. De ellos.

cerca de 600 son sacerdotes. Los clérigos son más de un millar y se acercan a 500 los hermanos coadjutores. El número de aspirantes asciende a dos mil.

LA OBRA DE LA SUPER-VIVENCIA

Los salesianos, que empezaron su obra en España hace setenta y cinco años, no han abandonado desde entonces a sus jóvenes. Vinieron para estar con ellos y con ellos siguen estando, con los que viven y juegan en los patios de sus colegios y los que ya se fueron a ganarse la vida en una parte u otra.

—Mire, este es el centro de los antiguos alumnos.

El padre Amadeo Burdeus, un salesiano del colegio de Sarriá, que ha venido a Madrid a preparar unos trabajos con motivo del 75 cumpleaños de la Congregación en España, empuja la puerta, invitándome a pasar.

Tres botellas saltan a la mesa desde detrás del mostrador en manos de un hombre regordete y ya viejo, que cobra su jornal por servir en el bar de este Centro.

Un plato de patatas fritas nos ayuda en la conversación.

—De poco serviría el trabajo si una vez terminados los estudios o aprendizaje en las Casas salesianas se perdiese para siempre el contacto con ellos. Por eso seguimos manteniendo con ellos cordiales relaciones. Los antiguos colegios siguen siendo el hogar de todos los muchachos que salen de sus aulas. Sus viejos profesores no dejan de ser nunca los amigos de siempre y los padres de entonces. En todos los colegios salesianos hay un Centro para antiguos alumnos.

—¿Cómo funcionan?

—Están organizados en sistema federativo. Tienen sus locales propios, con salones, bar, biblioteca, teatro, etc. Las asociaciones locales forman la Federación Regional, dirigida por el correspondiente Secretariado. Las cinco Federaciones Regionales forman la Nacional, con sede en la capital de España y unida a la Federación Mundial de Antiguos Alumnos Salesianos, que abarca más de 70 naciones.

—¿Llevan a cabo alguna otra actividad?

—Se ha fundado el Patronato



Enclavado en el madrileño barrio de Bellas Vistas, el colegio salesiano levanta su potente y característica cúpula como guía para las futuras generaciones. Una excelente escuela de formación de ayer y hoy para el mañana.

«Don Felipe Rinaldi» para erigir viviendas protegidas. No son sólo proyectos. Hay ya consoladoras realidades. Son más de dos mil las viviendas que al amparo de la legislación vigente han levantado las distintas Asociaciones. Son muchísimas más las que se proyectan construir. En casi todas las ciudades donde hay una casa salesiana se está trabajando con el legítimo deseo de que ésta venga a ser el centro material de un barrio habitado por antiguos alumnos o sus familiares.

—Me gusta; está muy bien el círculo.

—¡Huy, pues si viese el que tenemos en Barcelona!

Me cuenta que el «Don Bosco» es una magnífica realización salesiana. Consta de dos magníficos pisos con su restaurante, biblioteca, sala de juegos, salón de actos, bar, etc. Un verdadero hogar del antiguo alumno, en donde éste y sus familiares pueden encontrar un ancho campo para desarrollar sus aficiones deportivas, excursionistas, musicales, literarias y culturales.

DOCE PARTIDOS DE FUTBOL A LA VEZ

Hemos vuelto a salir al patio. Los chicos juegan diez o doce partidos de fútbol a la vez. La pelota, el baloncesto y la carrera. Voces y bullicio en los patios grandísimos. Cientos de muchachos jugando con los padres —salvando la distancia del respeto—, que se

dejar mirar como simples amigos. Aquí en Madrid y allá más lejos, a la derecha y a la izquierda del mapa salesino de España, que después de la siembra de Don Bosco, se ha ido llenando de puntos rojos y azules: salesianos e Hijas de María Auxiliadora.

Un chaval, chiquitín y avisado, dispara sobre la puerta. El padre Amadeo, en la línea de tiro, hace de poste anticipado. El niño se ríe con ganas cuando remató la jugada y sale el balón por encima del poste.

—De los salesianos han salido grandes futbolistas. En el «Barça», en el Español y en algún otro equipo, juegan hoy día antiguos alumnos míos.

Me cita unos cuantos nombres y la pequeña historia de su paso por el colegio.

—De vez en cuando me encuentro con un alumno. Me invita a comer a que visite su casa, su mujer y sus hijos. Siempre que puedo voy. Porque esto es una cosa que agrada. Pero son muchos los que encuentro, y a todos no los puedo atender. Tendría que pasarme para ello la vida fuera del colegio. Mire, hoy voy a estar con un muchacho que desde hace veinticinco años no le había vuelto a ver hasta hace un par de días.

No abandonarles nunca. Este es realmente el gran trabajo salesiano. El gran milagro de la supervivencia.

Carlos PRIETO HERNANDEZ



La Orden salesiana tiene en Valencia una de sus mejores instalaciones. La luz mediterránea juega aquí su gracia salina en aulas, talleres y campos deportivos. Cultura, técnica profesional y preparación del espíritu



HISTORIA DE UN FUTBOLISTA

NOVELA, por Juan OTERO

I

ZACARIAS Velilla, niño de doce años, acudía todos los días al colegio de San Mateo de la calle del mismo nombre. El chico era vivaracho, muy pequeñín y las piernas las tenía un poco encorvadas.

Se distinguía Zacarías en las clases por su inteligencia. Era, además, un buen futbolista infantil. Los condiscípulos le llamaban el «as» del equipo de San Mateo y del distrito del Hospicio. Los jueves desplazábase a la Chopera del Retiro. Tan bien jugaba Zacarías, que los numerosos chiquillos reunidos en la Chopera suspendían sus partidos para ver entusiasmados a Velilla y su equipo, que se batían con el Dos de Mayo.

En verdad, aquel niño bajito era una maravilla dando saltos inverosímiles, y su agilidad para regatear el balón deslizándose como si su cuerpo fuese de goma. Siempre y certeramente batía la puerta, simulada con dos pedruscos a cada lado del grupo contrincante.

Parecía como si Velilla hubiese nacido con la intuición del fútbol.

Había gran rivalidad entre Sancho Iriarte, niño de trece años, demasiado alto para su edad y desarrollado. Zacarías tenía el pelo rubio y el cuerpo ya descrito. Iriarte, muy moreno, de ojos negros y apagados. Contrastaban en estatura, inteligencia y sentimientos.

El primero, de carácter alegre y de suma sensibilidad, además de fortísimo. El segundo, fofo, perezoso y con envidia que le comía todo su ser.

Una tarde que Zacarías fué ovacionado por la chiquillería de la Chopera, Iriarte, que, como defensa, jugaba en el San Mateo, capitaneado por Velilla, el defensa nombrado, aparentando una caída, dejó pasar la pelota, que gracias a la pericia del portero, Sánchez, no pasó entre las piedras que servían de marco a la puerta. No pasó inadvertida para Zacarías la irregular conducta de Iriarte.

Después de la goleada de su equipo, al terminar el partido, Zacarías llamó a su compañero y le afeó la deslealtad en esta forma:

—Parece mentira que nos hayas traicionado, Sancho. Eso, aunque seamos pequeños, no es deportivo.

Iriarte le contesta:

—¿Es que no se puede caer uno? ¡Se te ha subido a la cabeza lo de ser capitán del equipo!

—¡Mira, mira, que no deseo refirir contigo!

El otro, descompuesto, le dice:

—Si te soplo vas a parar a tu casa, ¡es...ca...ra-bajo!

Sin oír siquiera la última sílaba, Zacarías dio un salto y le propinó un puñetazo en el ojo derecho a Iriarte, que cayó éste al suelo; acudieron en seguida los otros chicos y hasta un guarda que quiso llevar a la Comisaría a Zacarías. Pero la intervención oportuna de un señor que presencié el en-

cuentro y más tarde la pelea, evitó que acabase la cuestión en el centro policíaco.

II

Pedrito Ruiz, que jugaba de medio izquierda del San Mateo, tenía un hermano mayor que estaba empleado en la Delegación de Deportes. Tanto le hablaba Pedrito a su hermano de la maestría extraordinaria de Zacarías, que un jueves fué a la Chopera Juan Ruiz. Se quedó asombrado de las filigranas y jugadas de Zacarías. Habló en la Delegación y consiguió que un entrenador informara de la aptitud futbolística de Velilla. Se quedó, pues, entusiasmado el informante.

No pasaron muchos meses cuando recibió Zacarías una proposición en regla para firmar el contrato de pertenecer al equipo juvenil X. Le daban 5.000 pesetas porque figurase en el equipo y 250 mensualmente como jugador.

El padre de Zacarías, que era empleado del Banco de España, zozobró en autorizar el contrato, pues quería que estudiase Zacarías una carrera. Mas la madre al fin mujer y práctica—y otras amistades de don Zacarías, que así se llamaba como su hijo, influyeron en Velilla, padre, y éste, al fin, accedió a firmar el compromiso deportista a por su retoño.

Comenzó la temporada del fútbol, y Zacarías hubo de llamar la atención por sus éxitos. «Marca» y los críticos de los periódicos del país hablaron con encomio del adolescente Velilla señalándolo como el futuro campeón de todas las épocas en el deporte futbolista madrileño.

III

Había hecho el servicio militar Zacarías. Todos los equipos de la Nación se lo disputaban con ofertas de 500.000 pesetas, y hasta uno llegó a ofrecerle el millón de pesetas.

Deportista de verdad el famoso Zacarías, optó por quedarse en Madrid, desdiciendo el millón.

Deslumbraba realmente aquel juego de seguridad e inteligente manera de hacerse con el esférico, Zacarías.

Llegó la noticia del inusitado juego de Velilla al extranjero, haciéndose lenguas del estupendo desenvolvimiento en los campos del fútbol de España.

Pronto Velilla, mozo de estatura media, de gran simpatía y curada lo de la curvatura de sus piernas, hacía el furor de los aficionados a los deportes. Estaba de moda en el mundo. Las revistas ocupábanse de él; salía en los «No-Dos» del cine universal.

IV

Mary de las Conchas, peruana de nacionalidad, y española por libérrima adopción, se había enamorado de Zacarías con tal fuerza, que le seguía por cualquier parte donde jugase «su amor ideal».

Velilla, no obstante su buena educación y fina sensibilidad, procuraba esquivar todo entretenimiento, por inocente que pareciese.

Por ello agradecía con atentas frases y zalameñas los agasajos de la peruana, pero no seguía los caminos que insinuaban los ojos negros y brillantes de la limeña y española por voluntad y amor a la Madre Patria.

Varias «copas» poseía el Club Madrileño por la maestría del sin igual Zacarías.

V

Muchas historias corrían de boca en boca de los aficionados al juego del balompié. Exageraciones de las gentes, porque un misticismo del deportista le hacía poner entre paréntesis cualquiera idea que, naturalmente, por su edad y condiciones físicas y morales fuesen extrañas a todo vulgar hombre y artista del fútbol. En consecuencia, fallaban en Zacarías esas imaginativas invenciones.

Siguieron los triunfos resonantes de Velilla en el «ruedo ibérico» y lo mismo en extranjeras tierras. Sin embargo, ¿quién puede atar cabos con el porvenir?

He aquí el problema.

Pues... ocurrió que, huyendo Zacarías de complicaciones, algo increíble vino a trastornar la pacífica vida de Velilla.

VI

Vivía Zacarías con sus padres y hermanos en un precioso hotelito de la Ciudad Lineal. Tenía coche magnífico—un «Cáillac»—, pero una tarde que se dirigía al «Campo de Chamartín» tuvo la



mala suerte de que otro gran coche, por esquivar a una motocicleta que pasó entre los dos coches, le dió al primero, al «Cádillac», un encontronazo tremendo, del cual resultó Velilla con graves heridas en la cabeza. Llevado Zacarías a una clínica de urgencia y luego trasladado a un sanatorio, fué operado en este último y poco a poco mejorado. Al recobrar el conocimiento, solamente vió a su lado a una enfermera muy solícita y guapa por cierto. Al principio, Velilla no la reconoció; pero, fijándose después se dió cuenta que Mary de las Conchas era su enfermera. Cortésmente la preguntó a qué se debía la fortuna para él de verse tan bien atendido.

Mary se mostró discretísima, y le contestó:

—Zacarías, viendo que no conseguía que me comprendiera un hombre al que quiero he decidido volver a este oficio benefactor y he aquí el porqué de mi estancia en este sanatorio.

—Mí, destino, sin duda ha trabajado en favor y en contra nuestra—dice Velilla.

—Tengamos paciencia y... ¿quién sabe? ¿Le parece, Zacarías?

—Y fe también, Mary.

—A lo mejor ese desgraciado accidente de usted encierra un misterio que nos atañe a los dos.

Interrumpió este diálogo la llegada del doctor Reino, que halló perfectamente a Velilla, diciéndole:

—Pronto volverá usted a sus actividades futbolísticas.

Zacarías y Mary se miraron rápidamente con satisfacción.

VII

Curado ya completamente Zacarías y Mary renunciando a su cargo de enfermera provisional del sanatorio donde se hallaba «su amor», no pasó medio año cuando se celebró el pomposo enlace matrimonial de Zacarías Velilla y María de las Conchas. Ambos eran de la misma edad; veinticuatro años. Rico el futbolista y millonaria la peruana. Ha sido una boda que se celebró en los Jerónimos con asistencia de altas personalidades y, después, continuaron con gran almuerzo y baile en el Ritz.

VIII

No perdió facultades Velilla y siguió siendo el ídolo de los públicos del fútbol en todo el mundo.

Jugaba Velilla ahora con más ilusión, si cabe, que cuando estaba soltero. Además, Mary había dado a luz un hermoso pequeñín que hacía las de-

licias del joven matrimonio. El niño se llamaba Zacarías, como el padre. Tenía, en el momento a que nos referimos, tres meses y estaba encantador y rollizo.

Pero la fortuna es huidiza y, generalmente, no frecuente.

Sucedió pues, que un aciago día (Velilla se hallaba «entrenándose» con su equipo en El Escorial) a la hora correspondiente fué Mary a cumplir con su deber de madre para darle el pecho a su hijo. Pero al coger en sus brazos al «bebé» vió con asombro que estaba frío, como dormido y sin movimientos. Lo agitó y nada, la criatura no daba señales de vida a pesar de las bruscas sacudidas de la madre, que no consiguió volver en sí a su hijito. Loca entonces de angustia gritó desesperadamente:

—¡Dios mío, se ha muerto nuestro niño!

Al oír estas voces tan agudas acudieron asustadas del servicio de la casa, preguntando asustadas:

—Señorita, ¿qué le sucede al nene?

—¡Horrible desgracia! ¡El niño se ha muerto!

—Avisen urgentemente al doctor Erdon, al señorito y a la familia.

En el entretanto, Mary daba vueltas con su hijo en brazos, esperando con ansiedad al médico y Zacarías.

No tardó en llegar el primero y, desgraciadamente, confirmó inmediatamente la muerte del niño; prodigando a continuación palabras de consuelo a la madre descorazonada.

Nerviosísima, interrumpió Mary al doctor y le hizo acojonada esta pregunta:

—¿Cómo es posible, señor, que no teniendo ayer el niño ninguna novedad, cuando usted lo vistió ni tampoco esta tarde y, de repente, haya surgido la muerte de este hijito, que le adorábamos

—Lamentable y dolorosísimo es el caso; pero algunas veces, a los niños hasta los seis meses se les presenta «la muerte súbita del lactante».

—¡Dios nos valga. Es horrible lo que usted me dice, doctor! ¡Tan gordito y hermoso!

Estando en esta conversación macabra llegó Velilla. ¡Escena inefable!

Sin embargo, valerosamente reaccionó Zacarías y trató de sugerir a su esposa sentimientos de resignación para sobrellevar los dos este irreparable dolor que solamente con la ayuda del cielo el tiem-



po podía mitigar, desvaneciendo las imágenes de aquel recuerdo espantoso.

Finalmente, el duelo, la presencia de los funera- rios, el espectáculo triste de ver la cajita blanca y dentro el niño, aparentemente dormido; las flores que lo rodean y, como resumen, el adiós pos- trero al angelito.

No pasará mucho tiempo en que la primavera, en su periódica aparición, vuelva a florecer con la esperanza de renovación. ¡Es la vida!

IX

De acuerdo el matrimonio a los pocos días, eli- gieron una bella villa de la región vascofrancesa para reposar.

Ese ambiente y panorama encantadores alivió la pena que sufrían Zacarías y Mary. Breve tempo- rada que, al socaire de aquella campiña dulce y bonita, comenzó a gestarse la esperanza de un ser nuevo cuya preocupación paliase la desaparición del niño tan llorado. Con esta idea y realidad espe- ranzada regresó a Madrid el matrimonio Velilla.

Zacarías se reintegró a su equipo continuando el entrenamiento para luchar con el London en la capital británica, donde se celebraría el Campeo- nato mundial de fútbol.

X

Era el mes de mayo en flor y bello; Mary estaba en estado y Zacarías salía en avión para Londres con su equipo.

Un domingo de aquel mes tuvo lugar el partido en la capital británica.

Acontecimiento de apoteosis, Velilla batió siete veces la puerta del contrincante, goleada de nueve goles contra tres de los ingleses.

El público londinense sacó en hombros a Velilla. La Prensa universal elogió con asombro el triunfo del Madrileño. No se podían explicar los téc- nicos las habilidades, flexibilidad y maestría del infatigable Zacarías, llamándole «hombre-goma».

Los elogios y proposiciones llovieron. Pero Zacarías Velilla rechazaba todos los «golosos millones» alegando que jamás traicionaria su españolisima «divisa» por ninguna extraña a su Patria y castizo Madrid.

XI

El viento de la fortuna sopló varias y lamen- tables veces en contra de Zacarías, como hemos podi- do comprobar en diferentes ocasiones.

Cierto día, después de un partido, no se sabe cómo hubo una discusión acalorada entre Braulio Méndez—jugador también del Madrileño—y Zacarías. El primero, en el curso de la polémica insultó a Velilla. Este le contestó con energía. Braulio, que presumía de ser fuerte y boxeador, se puso en guar- dia, amenazando, y Zacarías dió un salto vertigi- noso golpeando sin cesar a Méndez, quedando este último fuera de combate y maltrecho, pues le salía sangre por las narices y boca y quedó desvanecido en el suelo.

Todos los presentes, aunque acudieron a curar al herido y serenar a Velilla, se alegraban de esta lección dada al envidioso Méndez.

En lo sucesivo no se le ocurriría a Braulio volver a ocuparse del valeroso e insigne «campeón». Los amigos innumerables de Velilla tildaban a Méndez de «matón de hormigas». Vulgares («eh!», no de las «termites») añadían con sorna.

XII

El matrimonio Velilla disfrutaba nuevamente —dentro de la constante aventura que es la vida— de otro período de relativa felicidad humana. Por- que continuaban los laureles alcanzados por Zaca- rías y reuniendo, además, los dos esposos importan- tísimo capital. De otra parte, por si fuese poca tanta suerte, Mary estaba embarazada con la espe- ranza de traer al mundo un sucesor o sucesora del hijo que súbitamente perdieran hacía unos meses.

Sucedió ahora que en uno de esos días en su- tadores de reposo, estando de paseo los Velilla deleitándose con aquel ambiente saludable, pasaron próximos a un arroyuelo cuyas breves márgenes adornábanse de silvestres y bonitas flores. Pero de improviso Mary se sintió indispueta, obligádoles a regresar a su residencia.

Al amparo del suave céfiro y la melosa' conversa- ción de Zacarías, Mary llegó curada de su pasajera indisposición a la insinuada casita bella que habi- taban en el pintoresco país vascofrancés.

La sirvienta, tan pronto como llegaron, entregó a Zacarías una carta, que abrió y releyó.

Mary observaba, pero no decía nada; por discre- ción quizá.



Zacarias dijo a Mary:

—Lee. Se trata de un anónimo.

Mary también relee y manifiesta:

—Es despreciable; sin embargo, hemos de vivir alerta.

—Tienes razón. Sospecho que sea Pepín, muy envidioso y presumido. Me parece que da en hueso.

—Sí, pero no te fíes.

XIII

A pesar de la frialdad con que recibieron los Velilla el canallesco escrito de referencia, no obstante se les veía un poco preocupados. Naturalmente, no pueden agradar esos arduos procedimientos que, sin remedio, hieren y quitan clavados en lo más íntimo del ser.

El anónimo decía: «Velilla: No te entusiasmes con tus triunfos, pues un mal día puedes quedar inutilizado, que moralmente ya lo estás. ¿Ignoras que tu encantadora Mary tiene unos antecedentes muy sospechosos? Recuérdale su vida en París —cuando salió del colegio—. Pregúntale por su madre, la espía rusa en Francia y el Perú... Un amigo.»

Malísima intención revelaba esta carta sin firma, que, como «inri», empleaba la hiriente frase: «Un amigo.»

No era exactamente cierto lo que se consignaba en el anónimo, puesto que nada extraño debía parecer que Mary, en su primera juventud, después de unos años de retiro del «mundanal ruido», saliera con ganas de conocerlo y divertirse, aunque de manera honesta. Tenía dinero y amistades con las que frecuentaba espectáculos parsinos, sobre todo con las personas de alta posición social. Esto lo sabía ya Zacarias por la propia Mary.

Y en cuanto a la señora Karensky, madre de María de las Conchas, era una mentira lo que decía el anónimo. Porque María Karensky de pequeña salió de Moscú con sus padres para residir en París. Allí creció y estuvo interna en el mismo colegio que más tarde residió su hija. El padre de la rusa negociaba en gran escala con la venta de pieles.

En la capital de Francia, Karensky padre fue amigo de un rico peruano que inició al ruso en los negocios de piedras preciosas.

Con este motivo se trasladó Karenski a Lima. Pasado el tiempo, María se casó con Manuel de las Conchas y Cabrero, peruano; pero de origen gallego.

XIV

A mediados de agosto volvió a Madrid Velilla y su mujer. Reanudó Zacarias el entrenamiento con su equipo en El Escorial.

Pepín jugaba en contra. Zacarias estaba pendiente de todos los movimientos de su al parecer amigo.

Pepín —sería injusto negarlo— jugaba bien; pero, claro, sumamente inferior al campeón del mundo (Zacarias Velilla). He aquí la envidia de Pepín.

En una jugaba soberbia de Zacarias le tocó tener que regatear a Pepín, y éste quiso hacerle una zancadilla para derribar a Velilla, que ha tenido fortuna en esta crítica ocasión, porque Pepín resbaló y se cayó al suelo. Entonces, rapidísimo como un rayo, Zacarias daba saltos inverosímiles y siempre en posesión del balón, dándole a éste con la cabeza, el pecho, la puntera y el tacón, hasta que, ya cerca de la puerta contraria, dió al esférico un puntapié con el izquierdo fortísimo, que ha sido un gol imparable.

Todos los presentes aplaudieron entusiasmados al invicto campeón universal, con la excepción de Pepín, que, muy desleal y torpe, no ha sabido soportar la pericia sin precedentes de Velilla.

No pasó, sin embargo, inadvertida la inexplicable actitud observada por Pepín. Y Zacarias pudo confirmar su anterior sospecha intuitivamente captada al recibir el asimismo censurable anónimo que conocemos.

Refirió Zacarias a su mujer lo sucedido en el partido de entrenamiento antes mencionado. Confirmaron sus adivinaciones y se recomendaron respetivamente paciencia, confiando que la justicia divina les ampararía en esta mala pasión del perverso Pepín.

Poquíssimas fechas después de aquel acto reprochable de Pepín todos los periódicos y revistas publicaban con grandes encabezamientos: «Pepín, el distinguido jugador del Madrileño ha sido contratado para jugar en el Uruguay.»

No se hacía ningún comentario. Los hubo de pues dispares entre los aficionados al fútbol.

Y excusado sería decir que Zacarias y Mary elevaban sus ojos al cielo dando gracias infinitas a Dios por haberles quitado esa pesadilla de angustia que, sin poderlo evitar, sufrían por la espantosa pasión de Pepín.

XVI

Renacida la paz en los espíritus del acongojado matrimonio Velilla, vuelven los buenos esposos a saborear los éxitos de Zacarias y acrecentado su capital, complementados con el feliz alumbramiento de Mary: ¡otro niño!

La vida debía ser maestra de los que transitoriamente la poseen; pero, ¡cuán pocos vivientes lo reconocen así!

No habrá de ser así en este caso excepcional de los Velilla. Zacarias notaba sin expresarlo, un cansancio interior, y Mary se había hecho muy recogida. Este reciente sustituto del niño tan tempranamente fallecido consiguió transformarla en recoleta madre. Zacarias procuraba no exhibirse para compartir con su esposa e hijito la vida casera.

A tal extremo llegó ese retraimiento que, cierto día, y movidos quizá Zacarias y Mary del justísimo amor a su nene, han tenido el siguiente diálogo:

—¿Qué te parece, Mary, si dejase de actuar en el fútbol?

—Muy bien. Eso quería decirte, pero no me atrevía por tu afición extraordinaria desde niño.

—Pues, manos a la obra. Hoy mismo haré saber esta decisión en el equipo para que transmita mi resolución a la Delegación Nacional de Deportes.

En efecto, cumplió Zacarias Velilla su decisión irrevocable.

La Prensa y el público se quedaron asombrados e idénticamente los futbolistas de todo el mundo.

Para que hubiese un recuerdo perenne de Zacarias Velilla en los anales del fútbol, se inició el proyecto de crear en la Ciudad Lineal un enorme campo de fútbol que llevase como título glorioso el nombre de «Zacarias Velilla».

El buen sentido y las enseñanzas que proporcionaron las incidencias de importancia en su vida, Zacarias las ha sabido valorar tan bien que hubo de soslayar el ingente problema del correr de los años.

Lo cual, por contrario modo, impele generalmente a los ingenuos hacia el ridículo. A su tiempo, pues, colgó con dolor, pero sensatamente, sus atavíos de futbolista cuando todavía le sonreía la fama.



No admita otro recambio...

que no sea precisamente el de punta BIC en su sobre individual de garantía



Haciéndolo siempre así podrá aprovechar las ventajas de la TINTA IMAC en sus variados colores. No mancha. Se seca instantáneamente. Es indecible, siendo admitida en oficinas públicas, bancos y escuelas.

HAY PUNTAS BIC DESDE 5 PTS.

LAFORST, S. A. - MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 68 - BARCELONA

TODOS OPINAN IGUAL:



Ahora está...

¡ como nunca!

DELEITE SU PALADAR CON
"FUNDADOR" Y EXIJA
CON CADA BOTELLA EL FAMOSO

Sobre sorpresa

**ESTE AÑO
MAS SENCILLO
Y GENEROSO
QUE NUNCA!**

CON SU NUEVO SISTEMA DE PUNTOS
**TODOS LOS SOBRES
LLEVAN ESTOS PUNTOS**
CON LOS CUALES PODRA VD. OBTENER:
"VESPAS", BICICLETAS "BH",
RECEPTORES Y PLANCHAS "PHILIPS",
LAVADORAS, COCINAS Y FRIGORIFICOS "EDESA",
RELOJES "CERTINA", MUÑECAS "MARICELA",
MOLINILLOS ELECTRICOS "EXIN",
DESPERTADORES, MEDIAS "VILMA",
BILLETOS, MONEDEROS DE PIEL,
BALONES REGLAMENTO, BOQUILLAS "FLOWER", ETC

EL COÑAC SECO
POR EXCELENCIA

millones de pts en premios

DE ENTREGA INMEDIATA



FUNDADOR

Domecq

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EXPERIENCIAS EN EL ORIENTE MEDIO

Por Sir Alec Seath **KIRKBRIDE**

CUANDO se han visto muchas cosas, se ha tratado a las más diversas gentes e incluso se ha participado en sucesos que han influido más o menos directamente en el curso del acontecer histórico, constituye una tentación casi irresistible el narrarlos públicamente y hacérselos conocer a todos cuantos lo deseen. Tal era el caso del diplomático británico sir Alec Seath Kirkbride, que tras veinticinco años de servicios diplomáticos a su país, no ha podido sustraerse al deseo de escribir, si no una autobiografía, por lo menos un relato en el que aparezcan sus reflexiones e impresiones sobre los hombres y los países que conoció. En realidad al obrar así Kirkbride se desahogaba en cierto modo, según declaración propia, pues este confesarse con la opinión le producía un gran alivio. «A crackle of thorns», el libro que hoy resumimos, no es más, por tanto, que una obra autobiográfica que aparte de los propósitos ya aludidos del autor, contribuye también a aumentar el conocimiento de una zona del mundo colocada hoy más que nunca en primer plano de la actualidad internacional.

KIRKBRIDE (Alec Seath).—«A crackle of thorns». Experiences in the Middle East John Murray, Londres, 1956.

NO tenía ningún plan preconcebido sobre mi futura carrera. Pero el destino quiso que fuese a parar entre las gentes del Oriente Medio. En compañía de mis padres me trasladé a Egipto en 1906 cuando tenía nueve años de edad, y a pesar de ser protestante se me mandó a colegios de la Compañía de Jesús en Alejandria y en El Cairo. El lenguaje que se empleaba en estos centros era el francés y la mayoría de los muchachos eran árabes y judíos. Esta educación poco corriente tuvo dos ventajas para mí; en primer lugar me habituó a utilizar normalmente tres lenguas: el francés y el árabe, además de la mía propia, y, por si esto fuera poco, me dió una especial aptitud para saber tratar a los orientales, cuya manera de pensar tanto difiere de las personas con las que yo hasta entonces había frecuentado el trato en Gran Bretaña.

UNA CARRERA DIPLOMATICA MUY MOVIDA

Me encontraba todavía en Egipto cuando estalló la primera guerra mundial, y fué allí donde me enrolé en el Cuerpo de Ingenieros el primero de enero de 1916. Mi destino vino en septiembre del mismo año, y se tuvo muy en cuenta mis conocimientos lingüísticos. Todo mi servicio militar lo pasé en diversos países árabes, y casi sin darme cuenta inicié directamente en ellos mi subsiguiente carrera como funcionario civil. A comienzos de 1918 se me envió al Ejército árabe que mandaba el Emir Faisal Ibn Hussein, que más tarde sería el primer Rey del Irak. Este nombramiento ejercería profunda influencia sobre mi futuro. En primer lugar me

pondría en contacto con una serie de eminentes personalidades, tales como el coronel sir Wyndham Deedes, el coronel T. E. Lawrence y el comandante Hogarth, que eran expertos en los asuntos del Oriente Medio y que iban a representar un importante papel en la decisión relativa al destino de los territorios que se desgajaron del Imperio otomano. En segundo lugar, todo esto significó el comienzo de mis largas y felices relaciones con la familia hachemita. El actual Rey Hussein de Jordania pertenece a la cuarta generación de esta familia con la que yo he estado tan íntimamente asociado; pero fué a su abuelo, el difunto Rey Abdullah, al que yo conocí mejor y con el que yo trabajé más íntimamente durante treinta años para forjar lo que es ahora un Reino independiente, surgido de algo mucho más modesto.

En la época en que yo dejé el Ejército, el primero de abril de 1921, se me destinó ya como funcionario administrativo a Jordania, a las órdenes directas del alto comisario de Palestina. Después de una serie de cambios a nuevos puestos, tanto en Palestina como en Jordania, llegué a residente británico en Amman en junio de 1939. Cuando Jordania se hizo independiente, en 1946, mi título cambió de nuevo, sin que esto ocasionase ninguna manifiesta modificación en mis actividades, convirtiéndome en primer ministro británico acreditado en el Reino Hachemita de Jordania y, como tal, responsable ante el Foreign Office. Luego se me mandó a Libia, primero como ministro y después como embajador, retirándoseme en 1954 del servicio activo.

UN RETRATO DE LAWRENCE ALGO DISTINTO DEL HABITUAL

En el capítulo 89 de su libro «Los siete pilares de la sabiduría» T. H. Lawrence hace una gráfica descripción de una tempestad de nieve que le cogió cuando él cabalgaba sobre un camello en el invierno de 1918, camino de la pequeña ciudad de Tafíleh, situada en las mesetas de la antigua Edom. Con una patrulla de seis caballeños beduinos tuve que soportar esta tormenta camino del mismo lugar, poco antes de que le cogiese a Lawrence. Entonces era yo teniente del Ejército británico y tenía que reunir materiales para un informe que se me había encomendado.

Después de pasar muchas penalidades logré alcanzar mi punto de destino. Algunas horas más tarde de mi feliz arribada se me despertaba haciéndoseme la siguiente pregunta:

—¿Es usted Kirkbride?

Lawrence, a quien yo no había visto antes, estaba arrodillado junto a mi lecho, cubierto con ropas árabes húmedas y destrozadas, y manifiestamente deshecho por el frío y la fatiga. Acababa de lograr vencer la tormenta y se encontraba en tan malas condiciones que le ofrecí que compartiese mi cama.

Pasamos varios días juntos en Tafíleh hasta que se calmó la tormenta, y luego marchamos en el mismo convoy durante dos días hasta que nuestros caminos se separaron. Cuando nos despedimos, Lawrence me preguntó si me gustaría que me incorporase al Ejército árabe, cosa que a mí me pareció excelente.

En aquella época era yo demasiado joven y faltó



de experiencia para darme cuenta de cuán femeninos eran sus odios y sus gustos. Si le agradaba alguien, resultaba encantador, pero si por el contrario no le hacía gracia, se mostraba malicioso e inaguantable. Algunos años más tarde ha afirmado un psicólogo, basando sus opiniones en el contenido de «Los siete pilares», que a Lawrence sólo le agradaban y elogiaba a los que no podían hacerle la competencia. Esto no es verdad, pues más correcto sería decir que a Lawrence le desagradaban los que eran más jóvenes que él en edad y además inferiores en categoría. Yo siempre he mantenido que Lawrence era un ejemplo del triunfo del espíritu sobre la materia. Su físico era casi mezquino, pero, sin embargo, era capaz de aguantar privaciones y sufrimientos que otros mucho más fuertes que él no los podrían haber soportado. Le encantaba tratarse despiadadamente y sospecho que amaba el sufrimiento.

Uno de los mitos más desarrollados sobre Lawrence es que podía pasar muy bien como un árabe. La verdad era muy distinta. Hablaba el árabe imperfectamente y su faz rojiza era enteramente europea. Además, si su apariencia no hubiese sido bastante para mostrar que no era árabe, hubiese traicionado su origen en cuanto hablase.

Su táctica de guerrillas, que tanto impresionaba a los soldados profesionales, y que ha hecho que se le considere como un genio militar, no era otra cosa que la utilización del medio normal bélico utilizado por los árabes en sus luchas intestinas. Su sentido del humor era cruel y hasta peligroso. Tanto se ha escrito sobre Lawrence que yo vacilo en dar mi opinión. Lawrence ha sido presentado por muchos como el héroe de una novela de aventuras y como un gran jefe guerrero. Posteriormente ha surgido la tendencia a atacar su memoria y a presentarle como un charlatán. Ahora bien, hay un punto en que sus admiradores y sus detractores parecen estar de acuerdo, y es que no se trataba de un hombre ordinario.

Mi propia opinión es que la verdad sobre Lawrence descansa entre los extremos del elogio y de la crítica. Se trataba de un hombre extraordinario, que logró mucho de lo que se propuso, pero que considerándose secretamente como un fracasado, adquirió el hábito de exagerar y adornar sus propios hechos. Le gustaba el elogio, la fama y la notoriedad, aunque afectaba desdeñarlo. Atribuyó sus fracasos a las potencias aliadas. Sus objetivos políticos, por los que trabajó durante la primera guerra mundial e inmediatamente después de la misma, eran los mismos que los del Rey Hussein, es decir, un Imperio árabe. Lawrence se había adjudicado para sí mismo el papel de eminencia gris



Abdullah, Rey de Jordania. Esta es una de las últimas fotografías obtenidas del Sobe-rano hachemita antes de su muerte

tras el Trono. El mundo árabe, sin embargo, no estaba preparado para esta unidad y todavía cuarenta años después tampoco parece estarlo. No existen, por lo tanto, motivos para que Lawrence se atribuya el fracaso del sueño del Rey Hussein o lo atribuya a la actitud de Francia e Inglaterra. La verdad es que él solamente podría haber sido feliz en las circunstancias anormales de una guerra mundial, cuando extraordinarias personalidades pueden realizar cosas fuera de lo normal, llegando así a ser famosas por estas mismas cosas.



Sir Alec Seath Kirkbride, autor de «Experiencias en el Oriente Medio», en 1942, vestido con el uniforme de oficial de la Legión Árabe

MI GRAN AMIGO: EL REY ABDULLAH

Abdullah Ibn Hussein, el segundo hijo del Rey Hussein, se convirtió en Emir de Transjordania en marzo de 1921 y en Rey de Jordania (el país cambió de nombre cuando se hizo Reino) en 1946, siendo asesinado en Jerusalén en junio de 1941. Yo estuve íntimamente relacionado con él durante un período de treinta años en su país de adopción, y es por ello por lo que tengo que consagrar un capítulo de este libro para hacer un retrato de su persona.

Tenía un centelleo permanente en sus ojos que era todo un símbolo de su carácter. Sabía vivir bien y en su búsqueda del propio bienestar procuraba extender éste a los demás. Son pocos los que habiendo vivido con él algún tiempo, por corta que fuera la estancia, no han coleccionado gran número de anécdotas suyas. Le gustaba la pompa y la ceremonia, pero era capaz de reirse de sí mismo. Creo que en este aspecto era el único árabe de hacer tal cosa. Siendo ya Rey, le llamó una vez la atención sobre el hecho de que se rodease de tantos guardias de honor y de un ceremonial tan complicado durante sus actividades diarias. Sonriendo me respondió: «No hay manera de ser Rey, si uno no se trata como tal».

Como podía esperarse de un hombre de su temperamento gastaba el dinero tan rápidamente como le llegaba y algunas veces incluso, más de prisa todavía. Era enormemente generoso y cuando, como ocurría frecuentemente, se le comunicaba que además de no disponer de fondos estaba también entrampado, su preocupación y su arrepentimiento duraba sólo algunos minutos.

Era un hombre de genio rápido, pero su enfado pasaba rápidamente. La verdad es que estaba dispuesto a perdonar todo, salvo la descortesía. Afirmaba, con grandes visos de verosimilitud, que nunca se había mostrado grosero con nadie y no comprendía por qué no había de recibir un tratamiento recíproco. En 1948, cuando la Legión Árabe fue forzada a evacuar las ciudades de Lydda y Ramleh en Palestina ante la fuerte presión de tropas israelíes muy superiores, los refugiados palestinos de Ammán creyeron que su causa había

sido traicionada y organizaron una violenta manifestación por la ciudad. Unas tres mil personas se congregaron ante el Palacio Real y se pusieron a pedir lo imposible. Ante esta actitud levantisca, la guardia palaciega formó a la defensiva y se dispuso a hacer uso de las armas si la situación se agravaba. Todo parecía indicar un choque sangriento con lamentables consecuencias políticas que éste originaría si llegaba a producirse. Fué entonces cuando el Rey Abdullah apareció en la puerta principal y descendió la escalera de la misma. Su pequeña figura apreciada dignificada en aquellos momentos. Pasó a través de las filas de los soldados y se dirigió directamente a los manifestantes. Acercándose a uno de los cabecillas que más chillaba le soltó una bofetada en pleno rostro. Tanto éste como los demás cesaron de gritar y se quedaron con la boca abierta.

Entonces el Rey con fuerte voz les dijo: insensatez es ésta? ¿Queréis ir a luchar contra los judíos? ¡No tenéis otra cosa que hacer que inscribiros en la oficina de reclutamiento de la Legión Árabe! Los que no hagan así que permanezcan tranquilos y no armen tanto ruido». La muchedumbre se retiró y entonces el único grito que se escuchó fué el de «¡Viva el Rey!»

El Rey Abdullah era un fervoroso musulmán que poseía una simple y profunda fe que yo envidiaba. Le desagradaba todo lo que indicase agnosticismo o ateísmo. No fumaba y mantenía con la máxima rigidez las prohibiciones relativas al alcohol. Prefería, que incluso, éste no se sirviese a nadie en su presencia.

Sus opiniones sobre las mujeres eran muy anticuadas. Le gustaban y las respetaba, pero tal como él estimaba que debían de ser. Una mujer en pantalones era algo que provocaba sus más furiosos anatemas y me costó mucho convencerle completamente de que el personal femenino de los servicios auxiliares, que veía durante la segunda guerra mundial, eran respetables muchachas, que realizaban una valiosa contribución al esfuerzo bélico. Su vida privada no tenía nada de una existencia oriental tal como se la imagina el mundo occidental. Tenía dos mujeres oficiales, la pri-

Especialícese en
COMERCIO
con nuestros cursos de:

- * CONTABILIDAD
- * CALCULO
- * TRIBUTACION
- * TAQUIGRAFIA
- * MECANOGRAFIA
- * CORRESPONSAL
- * ADMINISTRADOR

Por correspondencia

Métodos MODERNOS, FACILES
AMENOS Y ECONOMICOS.

Solicite información GRATIS a



**CENTRO DE CULTURA
POR CORRESPONDENCIA**

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL.
NUMEROS 35, 36 Y 37

APARTADO 108.156 - SAN SEBASTIAN

RECETARIO DE COCINA

PAÑOS DE PASTEL BOLLAS PUDINES AMIGOS PUDINES GAMBOS YERBES SALSA GAMBOS PASTEL

Siga mi ejemplo, adquiera otros productos

PUDINES Royal

RIERA MARSA S.A.

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a **PUBLICIDAD RIEMAR**, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**



De izquierda a derecha: General Paget, lord Alanbrooke, S. M. Abdullah, el general Glubb Pachá y el autor de este libro. La fotografía fué obtenida con motivo de la visita de lord Alanbrooke a Amman, durante la segunda guerra mundial

mera era una de sus primas y la segunda una muchacha turca.

Durante su existencia el Rey Abdullah vió muchas batallas, asesinatos y muertes repentinas, por lo que poseía un cierto valor físico, enmarcado todo por una concepción filosófica totalmente fatalista. Le gustaban mucho las actividades militares y le encantaba visitar unidades militares, poseyendo por otra parte, grandes conocimientos castrenses.

Le gustaba el mar y era una de esas afortunadas personas que nunca se mareaba. Una vez me decía, mientras navegábamos por el golfo de Akaba que si no hubiese sido Rey habría sido marino. Viajó mucho por aire, pero no le agradaba. En principio se negaba a ir en un avión pilotado por un árabe, afirmando: «conozco a mi gente demasiado bien».

También se negaba a dormir en el aire, pues creía que las cosas irían perfectamente en tanto que estuviese despierto. Después de nuestra estancia en Nápoles tuvimos que realizar un vuelo desde aquí a Ammán, sin que durante este largo trayecto mostrase la más mínima intención de tumbarse en uno de los lechos especialmente preparados. La noche la pasó sentado en el puesto del segundo piloto, observando las estrellas.

Era un buen amigo y tenía una naturaleza demasiado buena para ser un enemigo malo. Creía que la camaradería entre los hombres era el valor más precioso de las relaciones humanas. Consiguí su ambición, que fué la de que le reconocieran como Rey y abandonó esta vida antes de que comenzase su decadencia física y mental.

DIAS SOMBRIOS

La suerte de Gran Bretaña se hizo más sombría que nunca en la primera mitad de 1941 y los que estábamos en Jordania, con escasas fuerzas militares, sentimos adecuadamente esta difícil situación.

La situación militar era difícil. Francia había sido derrotada y el Ejército francés en Siria, compuesto por casi 100.000 hombres, se había pasado a nuestros enemigos, cooperando activamente con las instrucciones del Eje. La población civil de Jordania estaba convencida de que ^{GTH} había perdido la guerra y que era sólo cuestión de días el que apareciese el Ejército alemán y se hiciese dueño de la situación. El propio Rey Abdullah estaba en un estado al borde de la deses-

peración y fué dos veces a mi casa, sin hacerse anunciar, para decirme que estaba todo perdido.

A pesar de todos los desfavorables factores existentes, la atmósfera general en el sector oriental del río Jordán permanecía amistosa, aunque se tornó muy pesimista cuando Raschid Galiani y sus partidarios desencadenaron un golpe de estado en el Irak. El Regente de este país, sobrino del Rey Abdullah, escapó de su país en un navío británico, mientras que eran sitiadas las guarniciones británicas situadas en el exterior de Bagdad y Basora. Aquello pareció significar el fin.

Era necesario, si queríamos restablecer rápidamente nuestra situación, que actuásemos con la máxima urgencia y apelando a la fuerza. El Gobierno británico organizó una expedición militar y naval desde la India, que desembarcó en Basora el 18 de abril, encontrando una fuerte oposición por parte del Ejército irakí. Rápidos preparativos fueron hechos para organizar una columna de tropas que avanzase sobre Bagdad desde el Jordán. En estos días sólo había una media docena de oficiales británicos en la Legión Árabe y la mayor parte de los que, incluyendo a Glubb, tenían que mandar las fuerzas, no tenía previas experiencias bélicas. Luego me encontré mandando los restos de la Legión Árabe que permaneciendo en Ammán, aunque mi tarea específicamente no implicara estas actividades. En aquellos días la capital de Jordania era un enorme hervidero de confusión. El Regente del Irak y algunos otros políticos del país, infieles a Inglaterra, se habían trasladados a Ammán con el fin de estar prestos a volver a Bagdad. Por otra parte, la ciudad estaba llena de agentes del enemigo que iban y venían sin grandes dificultades a Siria. El mando del Eje estaba totalmente informado de nuestros movimientos de tropas y redoblaba sus esfuerzos por entorpecerlos. Como resultado de todo ello hubo sonados alborotos en las calles de la capital, tanto más peligrosos, cuanto que apenas si quedaban soldados para enfrentarse con los amotinados. Lo peor de todo era que había muchos oficiales árabes dispuestos a pasarse al enemigo.

La batalla de El Alamein ha sido presentada como el punto clave de la guerra, pero para los jordanos este momento fué cuando la Legión Árabe se apoderó de Bagdad. Desde aquel momento, a pesar de que hubo altas y bajas en nuestra lucha de tres años más, nuestro éxito final no fué puesto en duda por nadie.

LA PAZ TRAPENSE EN MEDIO DE LAS HOSTILIDADES

Durante el verano de 1943, mi médico me aconsejó que me tomase una semana de descanso y me apartase por completo de mi labor ordinaria. Era algo fácil de decir, pero difícil de hacer en el Oriente Medio durante la segunda guerra mundial. No obstante, resolví el problema retirándome cinco días al Monasterio trapense de la Latrum, en Palestina. Un amigo mío me dió una carta de presentación para el abad, que consintió amablemente en recibir a un hereje en su muy católico establecimiento, y de lo que estoy seguro es de que un devoto hijo de la Iglesia no habría sido tratado mejor que yo durante mi estancia.

El recorrido de Ammán a Latrum requiere casi todo un día, y llegué al Monasterio a la hora del té. El edificio fué planeado ambiciosamente, pero sólo se han completado los cimientos y el primer piso. La Institución se encuentra entre pinos, olivos, huertos y viñedos. Domina una hermosa vista, desde la cual se ve el mar durante el día y las luces de Tel Aviv y Jaffa durante la noche. Cuando mi automóvil se apartó de la carretera principal y comenzó a seguir la que llevaba al Monasterio, franqueada toda ella por enormes cipreses verdes, comencé prácticamente mi temporada de descanso. Finalmente llegamos a un lugar en donde había una simple cruz, colocada sobre un lecho de flores y que llevaba esta sola palabra: «Pax». Pensé que cinco días de paz serían una gran bendición.

Fuí recibido en la puerta por el fraile encargado de los huéspedes, un belga de barba roja, que era el que hacía de enlace entre la comunidad y el mundo exterior. Luego vino a verme, una vez instalado en mi cuarto, el abad. Era un francés, que mostraba gran orgullo por haber luchado en la Infantería francesa como «soldat du deuxième», durante la primera guerra mundial. Se me concedió gran libertad y se me permitió que utilizara libremente la biblioteca y los claustros.

Los trapenses llevan una dura vida, pero atraen a una clase excelente de hombres. Han logrado

crear una atmósfera de paz que inutiliza cualquier ambición mundana. Cuando dejé Latrum, me sentía rejuvenecido en cuerpo y alma, admirado a estos hombres que encuentran la felicidad en las largas oraciones y la dureza física, pero por otra parte, comprendía que personalmente no podría ser trapense más de una semana.

Los trapenses de Latrum no fueron molestados por la guerra mundial, pero cuando estallaron las hostilidades entre árabes y judíos en 1948 no fueron tan afortunados, Latrum tenía una gran importancia estratégica para ambas partes del conflicto y se celebraron prácticamente fuertes combates en las puertas del Monasterio. Cuando se concertó el armisticio, la Legión Árabe retuvo el Monasterio y sus huertos, pero la línea entre los dos ejércitos, que se ha convertido en la frontera entre Jordania e Israel, secciona en parte algunas de las tierras de labor de los trapenses. Por tanto, los padres vieron que una frontera temporal de dos Estados todavía técnicamente en guerra, fragmentaba sus posesiones. Debe resultar difícil mantener la paz en estas circunstancias, pero si alguien es capaz de esto, son ellos los únicos.

LA MUERTE DE UN GRAN AMIGO

El 20 de julio de 1951, cuando me encontraba con una tía mía en el norte de Inglaterra, me llegó la noticia terrible. La vi primero reflejada en el rostro de mi mujer y pensé que algo malo le había pasado a nuestros hijos. Luego, ya en nuestro dormitorio, comprendí la verdad cuando, por medio de un telegrama, supe que habían matado al Rey Abdullah. La noticia me la comunicaba el Foreign Office anunciándome que el Rey había muerto mientras rezaba en una mezquita de Jerusalén. Se me ordenaba que regresase a Londres inmediatamente y me dispusiese a incorporarme a Ammán como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Gran Bretaña. Mi primera reacción fué como si me hubiesen dado un auténtico mazazo; luego senti indignación y decidí hacer todo lo que se pudiese porque se castigase al responsable del asesinato.

Hice rápidamente mi equipaje y cogí un tren nocturno. Mientras marchaba a toda velocidad en la noche, no podía dormir y pensaba en todas las perturbaciones que se originarían como consecuencia de la muerte del Rey. Al mismo tiempo sentí una fuerte tristeza al ver cómo terminaba una íntima amistad que había durado más de treinta años.

Dos días después estaba en Ammán y allí se me contó cómo había ocurrido todo. Los amigos del antiguo Mufti de Jerusalén habían decidido matar al Rey porque le consideraban traidor a la causa árabe. Los encargados de la custodia del Rey, conscientes de este peligro, habían duplicado la vigilancia. El Rey entró por la puerta principal de la mezquita con su nieto, el actual Rey Hussein, parándose a conversar con el jeque del templo. Mientras hacía esto, el asesino, que estaba oculto tras una de las hojas de la puerta, se inclinó hacia adelante y colgando el revólver sobre la cabeza del Rey le disparó a quemarropa. Todo fué muy simple. El Monarca, que recibió el disparo tras de su oreja, cayó hacia delante y murió casi instantáneamente. Es muy probable que ni llegó a darse cuenta de que le dispararon. La guardia personal abrió fuego y mató al asesino tan activamente que su cadáver pudo ser solo identificado con dificultad. Llegaron incluso a alcanzarse con sus propias balas, aunque nunca gravemente, siendo no pequeña suerte que el joven Príncipe escapase de todas aquellas descargas realizadas en un tan reducido espacio. En Ammán, una de las damas reales, que estaba escuchando la emisión de la oración, transmitida desde la mezquita, oyó los disparos por el aparato de radio, y cuando el imán cortó rápidamente su preza para lanzar el «Allah hu Akbar», telefonó al primer ministro jordano presa de pánico, para decirle que algo le había ocurrido al Rey.

Tanto mi mujer como yo nos dimos cuenta de que Ammán nunca sería ya lo que había sido para nosotros sin la presencia del Rey, y por ello pedí al Foreign Office que se me trasladase a algún otro puesto, si esto fuera posible. Como consecuencia de mi gestión fui nombrado primer ministro británico en el Reino Unido de Libia, ocupando mi nuevo puesto en diciembre de 1951.

¿POR QUE ESTAR GORDA?

Los especialistas en Cosmética moderna han lanzado un tratamiento exclusivamente externo, que, sin tomar nada por la boca, sin régimen debilitante, sin gimnasia fatigosa, os permitirá recuperar vuestra silueta en menos de un mes!

¡SOLAMENTE EL EQUILIBRIO EN LAS PROPORCIONES DA LA GRACIA, EL ATRACTIVO Y LA JUVENTUD!

¡NO RENUNCIÉIS POR IGNORANCIA!

No os peñamos una fe ciega, pero os proponemos probar sobre vosotras mismas, sin pagar nada si no quedáis realmente satisfechas, el tratamiento SVELTOR, que ha demuelto la alegría de vivir a centenares de miles de mujeres de doce países de tres continentes, mujeres que se han visto libres de las acumulaciones de grasa que las envejecían y las deformaban. Para beneficiaros de esta oferta nuestra, enviadnos en seguida el vale adjunto o su copia

HACED UNA PRUEBA GRATIS A NUESTRAS EXPENSAS

Envíeme sin compromiso alguno por mi parte la información completa sobre el tratamiento SVELTOR y la oferta de prueba a sus expensas



SVELTOR

VALE NEE

Para enviar a su copia al:
LABORATORIO SVELTOR
Oslo, 27 - BARCELONA

PARIS · BRUSELAS
MILAN · LISBOA · LAUSANA · CARACAS · AMSTERDAM · MAINZ



MEDIODIA EN LA PLAZA MAYOR DE EL TOBOSO

ALCALDES, TURISTAS Y CAMPESINOS
EN UNA CHARLA DE GARCIA SANCHIZ

La ruta de Don Quijote desde
cuarenta y dos metros de altura

La neblina cae a la mañana sobre los olivos espaciados de la llanada manchega. A ocho kilómetros de Quintanar de la Orden, en la carretera general de Madrid a Alicante, hay un poste indicador que señala un nombre que se ha hecho inmortal gracias a la pluma de Miguel de Cervantes: El Toboso. Se llega a él por un camino largo, sin curvas, y se tropieza uno al poner la mirada a lo lejos con la mole gigante de la torre románica de la iglesia, que se destaca sobre el horizonte. En estos nueve kilómetros de recorrido, ya dejada, a un lado la carretera general, se ven hombres endomingados que van, un paso tras de otros, acercándose al pueblo. También alguna que otra galera, de madera dura, lleva a grupos de gente, dispares, pintorescos, pero unidos todos por el



Sonrisas. Alegría. ¿Cómo se imaginarán al nuevo Don Quijote? Se han puesto las viejas ropas que dormían en el arca y han lanzado su blanca dentadura al aire

mínimo común denominador de la alegría.

Charlamos con uno de ellos. Juan, caballero, hombre desdentado, negro de sol, maxilar macizo:

—¿A dónde van ustedes?

—A la charla.

Son las once y media de la mañana. Una brisa fuerte mueve caprichosamente los pañolones de las mujerucas.

—Van a llegar tarde. La charla comienza a las doce.

—No se preocupe usted, amigo —me dice Juan confanzudo—. Don Federico García Sanchiz nos esperará. Ya lo hizo la otra vez que vino aquí.

A la entrada de El Toboso se comienza a subir lentamente, en suave pendiente, y se desemboca en una calle de nombre evocador: Calle de Dulcinea. Surge así el primer dato cervantino y no sé qué de atravesar la calle despacio, con las casas blancas y de dos plantas, y los portales presentando desvencijadas entradas. Colgaduras de todas clases: una sábana blanca, un mantón de Manila, una bandera nacional, una alfombra de chillones colores, resaltan en las balconadas y traen al ambiente el regocijo de los días de fiesta.

Los habitantes de El Toboso miran con curiosidad a los forasteros y forman grupitos y tertulias. Delante del Ayuntamiento, ocupando toda una amplia plaza, están aparcados más de cincuenta coches. Un guardia municipal, con gestos enérgicos, va señalando lugares y pidiendo que no se

deje demasiado espacio entre los automóviles. A esta hora, todo el mundo está en la iglesia oyendo misa. Las calles aparecen casi vacías, y por entre la niebla que se levanta poco a poco, llegan reflejos de un sol oculto.

En la Plaza Mayor, enorme, irregular, Gregorio Torrero Pintado y Salvador Esquina Rodríguez, dos municipales, le dan chupaditas a cigarros de picadura. Al fondo de la plaza, la monumental iglesia, en la que, según cuentan, arrimado a uno de los muros, lloró Don Quijote de La Mancha, ya de vuelta a su pueblo, tras haber sido vencido en Barcelona por el Caballero de la Blanca Luna.

La torre, junto a la que planean insistentes bandadas de palomas, es un buen tema para comenzar el diálogo.

—¿Cuántos metros tiene esa torre?

—Cincuenta y cinco varas—contesta Gregorio—. Por aproximación unos 42 metros.

—¿Lo han medido?

—No se ha medido, no. Pero yo me lo sé de memoria, porque subo todos los días los 242 escalones.

—Y además—tercia Salvador Esquina, que es tuerto y tiene todos los síntomas de hombre satisfecho de su estómago—, eso se calculó cuando subimos nosotros mismos la campana. La altura se mide por el trabajo.

Quiero subir al campanario, pero la puerta de la torre está cerrada y la llave no aparece por ningún lado. Se ofrecen varios

emisarios que van por todo el pueblo en busca de un tal Ramón y al fin queda el paso franco.

LA MANCHA, VISTA A CUARENTA Y DOS METROS DE ALTURA

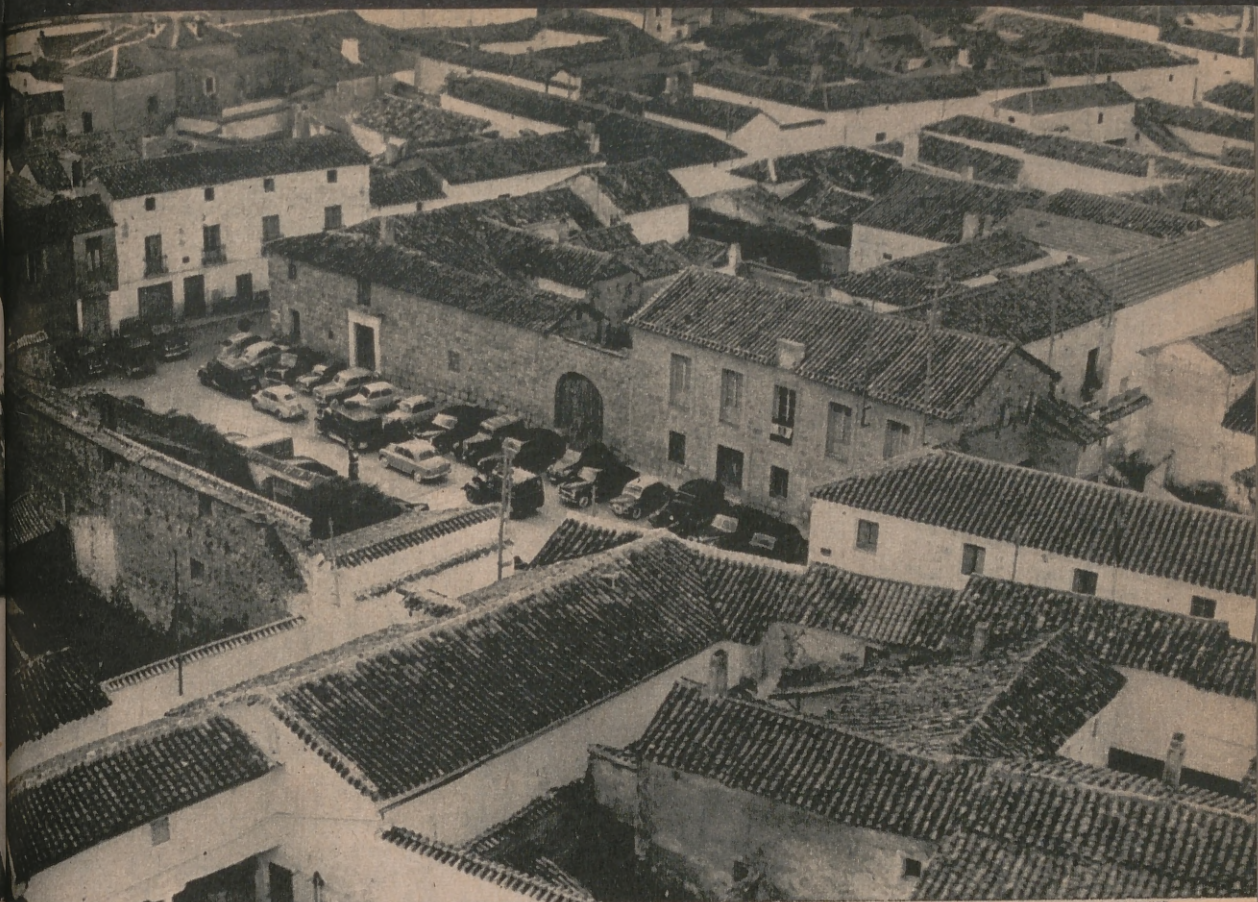
A la torre se llega por una escalera de caracol, que a pesar de los ventanos rectangulares que dejan paso a la luz en trechos, forman sombras totales. El paso es tan angosto, tan increíblemente estrecho, que muchas veces hay que ponerse de lado y realizar posturas difíciles para poder seguir ascendiendo.

Ya arriba, poniéndose junto a la campana enorme del reloj, se divisa un horizonte lejano, al que se va acercando la mancha opaca de monte pelado, de llanura rasgada tan sólo por algunos ocres y verdes. Hay tres lagos cercanos al pueblo, el mayor muy próximo al cementerio chiquito.

Nos acompaña el monago Jesús Rodríguez García, un chaval delgado, fibroso, que va explicándonos cosas.

—¿Ve aquel pueblo del fondo, aquel que tiene delante el pinar?... Pues es Quintanar de la Orden y está a quince kilómetros de aquí.

Quintanar de la Orden, quizá porque la carretera al desviarse a El Toboso forma un ángulo casi recto, se ve con absoluta perfección. Un poco más cerca, en la misma línea, se levanta el convento de las Trinitarias, edificio áspero, macizo. Pasamos a otro lado del cuadrado de la torre.



Era un caballo huesudo aquel «Rocinante» que descansaba en la plaza. Y desde lo alto, lo verían las cigüeñas. Hoy ha llegado lo nuevo al viejo Toboso

—Aquello es La Puebla, que está a trece kilómetros. Y aquella ermita que se ve sobre el otero del fondo, es la ermita de Santa Ana, donde iban antes los vecinos en peregrinación.

—Y ahora, ¿no van?

—No. Está abandonada.

En la misma dirección de la ermita, tirando un poco el mirar a la izquierda, se divisa el cementerio, al que se llega por una carretera de arenilla suave, bordeada de árboles un poco extraños.

—¿Qué clase de árboles son esos, Jesús?

—No sé, pero no valen gran cosa. Ni siquiera dan almendrucos.

Y luego, estirando el brazo y poniendo el dedo anular como si fuera un alambre, me señala la carretera de Campo Criptana, la Cooperativa de vino que surte a todo el pueblo, la carretera de Pedro Muñoz, las lejanas viñas que circundan al pueblo, la ermita del Santo Cristo de la Humildad, coronada por una cúpula azul. Y, por fin, echamos una larga mirada a lo que tenemos debajo, al pueblo de El Toboso. Desde aquí se ve con absoluta perfección, y puestos a asegurar diríamos que sería el mejor lugar para localizar a una persona. Casi todas las casas tienen grandes patios, soleados, rectangulares, en los que crece un árbol. En medio de los patios, sarmenteras enormes que aseguran la leña para los fuegos bajos de las casas durante el año, y a la vera, la gorrinera. Las gallinas invaden los patios y llega hasta arriba el cacareo



«A atrancar la calle».
Bajo el arco, las Dulcineas del siglo XX pasean por la vieja calzada tobosina

en los patios parras y arbarillos. Bueno, esto de arbarillos me lo dice Jesús y se lo creo.

—¿Sabes quién era Don Quijote, Jesús?

—No, señor.

—¿Y Dulcinea?

—Tampoco. Bueno, hay una calle a la entrada del pueblo.

De las chimeneas no sale humo. Las calles dan una tremenda impresión de soledad. La charla de don Federico García Sanchiz absorbe por completo el interés de la jornada y paraliza el diario vivir y trajinar.

El campanario está lleno de hierba que crece a su antojo, aquí y allá, y hay dos bolas enormes en un rincón. Las palomas rodean la torre con su vuelo horizontal y en picado y llega de abajo un olor a tierra, a horizonte, a libertad. El Toboso, en la llanura manchega, tiene un tipismo entrañable para los ojos tosteros.

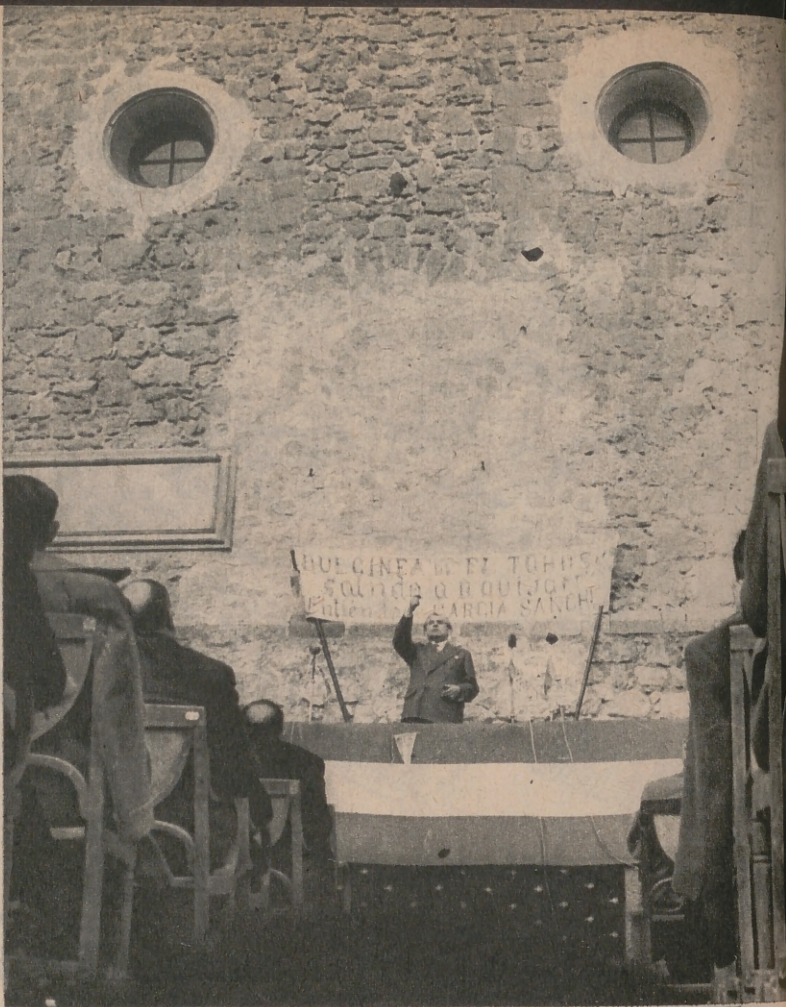
La banda municipal, orillada a la iglesia, comienza a tocar un pasodoble y bajamos a toda velocidad por la escalera y nos jugamos el tipo para llegar a tiempo de ver lo que pasa.

UN MONUMENTO QUE DUERME TREINTA Y NUEVE AÑOS

Al llegar abajo, la Plaza Mayor está ya rebosante de público. Federico García Sanchiz, acompañado de las autoridades, se abre paso dificultosamente ante la gente, que quiere verle de cerca y que le acosa. Lleva abrigo y sombrero. La banda de música interpreta precisamente el pasodoble que lleva por título «Federico García Sanchiz». Los veintitrés miembros de la banda de música soplan que se las pelan. Abordo al que toca el bombo, por aquello de tener la boca desocupada:

—¿Quién es el autor del pasodoble?

—El maestro Francisco Romero Valdés, bisnieto del célebre torero de Ronda.



Desde la tribuna, García Sanchiz enlaza el corazón de todos los manchegos en torno a Dulcinea

—¿Ya se ha estrenado en Madrid la pieza?

—No. Tengo barruntos, por lo oído, de que lo hará la Banda Municipal en el Retiro.

Y don Federico sigue acercándose al Ayuntamiento, seguido de un cartel que llevan unas bellas muchachas vestidas con el traje de Dulcinea, y en el cartel reza lo siguiente: «Dulcinea de El Toboso saluda a Don Quijote. Entiéndase Federico García Sanchiz.»

Comienzan a tomarse posiciones para escuchar la charla del «Ciudad de Toledo», exposición flotante española por los países hispanoamericanos. Los automóviles continúan llegando y espantando a las gallinas. Dos magnetófonos son meticulosamente repasados y preparados.

Entramos en el Ayuntamiento y a la izquierda vemos una sala totalmente cervantina, con una colección del famoso libro español editado en numerosos idiomas. Presidiendo la sala, un proyecto de monumento a Dulcinea, en que están Don Quijote y Sancho, el caballo y el rucio, figuras alegóricas, y en lo alto, la enamorada imposible del Caballero de la Triste Figura, que tiene mucho de alada.

—¿Cuándo se va a hacer este monumento?— pregunto a un hombre que le da vueltas a la gorra entre las manos.

—¿Quién sabe eso? Figúrese que está proyectado desde 1918, en tiempos del gran cervantista y Alcalde de El Toboso don Jaime Pantoja, y así estamos todavía, con esta escayola delante.



«España es así», parece decir don Federico con el gesto esencial de sus manos y la magia de su palabra exacta



En la conferencia, el público ha sido heterogéneo. He aquí un grupo en que aparece la esposa del conferenciante



Agradecimiento y alegría que va del orador a La Mancha y de La Mancha al gran encendedor de ideas



El Toboso. Cal y cantos rodados. Una puerta que se abre, y el corral con el carro de andar las llanuras manchegas

«ESTE HOMBRE ES UN QUIJOTE»

La Plaza Mayor se va llenando del todo alrededor de la tribuna engalanada con la bandera nacional. El párroco, don Tirso Cid González, enciende un mechero de los de cuatro duros y comenta:

—Dios nos protege. Ni siquiera hace sol, y así García Sanchiz tendrá menos molestias.

Intento sondearle buenamente, como luego intenté sondear a bastante gente del pueblo, y el párroco resumió la encuesta en su contestación.

—¿Qué le parece a usted García Sanchiz?

—¡Qué me va a parecer! Este hombre que viene a hablar aquí, completamente gratis... Este hombre, este hombre es un quijote.

Toman asiento el Gobernador Civil de Toledo, el embajador de Honduras. Los fotógrafos van de aquí para allá, sin dar descanso a las máquinas. Falta ya muy poco, pero aún hay tiempo de ir a tomar un vaso de vino para enterarse de cosas.

Aquí no hay tabernas. El vino se sirve en determinadas casas, a la entrada, en el que brilla el fuego bajo la chimenea antigua. Sobre el sarmiento, una o tres ollas donde se cuece sin prisas la comida. Doña Alfonso Lucendo, tras asegurar que no bautiza el

vino, se echa a andar por las cosechas de olivas y de viñas, y por el ganado de cerda, y por los conejos, que es de lo que principalmente vive El Toboso. Uno de sus nietos, de bajo mirar, luce un lazo que en seguida se ve que pertenece a su traje de primera comunión. El rapaz tiene ya sus catorce años de andaduras por la llanada y me parece raro aquel llo del lazo.

—No había otra corbata, ¿sabe usted? Y como esto está hoy lleno de personajes gordos... Hay que presentarlo bien, para que no digan.

Y el chaval salta rápido a la conversación:

—Abuela, he contado los coches. Son cincuenta y tres, y eso sin contar las «amotos».

—Oye..., tú, que vas a la escuela. ¿cuántos maestros hay aquí?

—Pues hay cuatro maestros y seis maestras.

—Y el vino, ¿qué grados tiene, abuela?

—Pues andará por los trece y los catorce.

UNA LLAVE PULSA EL AMBIENTE

La gente apiñada en la Plaza Mayor. Quiero hacer un cálculo de personas, pero soy un negado para eso y me pierdo en seguida. Suena otra vez el pasodoble, y, tras la presentación, Federico García Sanchiz sube a la tribu-

na. Aparte de la totalidad del pueblo de El Toboso asisten a la charla treinta Alcaldes de pueblos limítrofes, extranjeros, alemanes, norteamericanos y rusos, periodistas y una representación de pasajeros del «Ciudad de Toledo». Don Federico comienza su charla con aquel lamento desesperado de Don Quijote al ser vencido por el Caballero de la Blanca Luna, y afirma a poco que él viene a rendir cuentas a Dulcinea, entendiéndose España, del viaje del «Ciudad de Toledo». Se siguen sus palabras en emocionado silencio, en recogida solemnidad. Los hombres, aferrados a sus cigarrillos de picadura y sus mecheros antiguos, con mecha amarilla y sinuosa. Las mujeres con sus eternos pañolones cubriéndoles la cara y asemejándolas a moras. Es emocionante ver a muchas madres sosteniendo a sus hijos recién nacidos en los brazos, inmóviles, clavadas. Los hombres, ponen a los hijos retoños en las espaldas para que los pequeñajos puedan mirar a su sabor a García Sanchiz.

Es un espectáculo único pasear entre ellos y observar los rostros y las palabras:

—¡Qué bien habla!...

—Eso que dice de Inglaterra es una verdad mayor que un puño, sí, señor.

Y las mujeres, cuando el charlista afirma que Dulcinea de El Toboso era la mujer más bella



Una imagen de la Purísima franquea el clásico medio punto del arco de la iglesia



Desde el alto campanario de cuarenta y dos metros de altura se domina la ruta del Quijote. A la derecha, un bonito porche franquea la entrada limpia y blanca de un paisaje tobosino



de la tierra, se miran secretamente unas a otras, sonrien con deliciosa y primitiva coquetería y circula la frase que define un ambiente:

—¿Habéis oído? ¿Habéis oído esto que ha dicho?

García Sanchiz arranca aplau-

sos, risas, ovaciones y silencio exactamente cuando él lo desea. El gran reloj de torre deja caer la campanada de la una de la tarde como si fuera un cañonazo. Y entonces surge la anécdota más clara, más definitiva de lo que esta charla tuvo de alma y

de entraña. Uno de los fotógrafos quiere subir al campanario para tirar unas fotos, y se acerca al párroco. El párroco le manda al sacristán. Pero... ¿dónde vive el sacristán? Se pregunta la cosa, pero nadie quiere acompañarle a buscarlo; todo el mundo se niega firmemente a abandonar la plaza y perderse un trozo de charla. Yo fui testigo de tres cuartos de hora de angustia de aquel fotógrafo que iba desesperado de un lado a otro buscando y preguntando, y al fin de mala gana un hombre entrado en años le acompañó. Aquí está, repito, todo lo que verdaderamente importa para saber cómo fué seguida la enumeración por don Federico García Sanchiz de episodios de Río de Janeiro, Santos, Montevideo, Buenos Aires, Bahía, Cartagena de Indias, Puerto Limón, Veracruz, Tampico, Nueva Orleans, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico.

Cuando terminó rondaba la hora dos y el sol había salido mucho antes.

Y... LA VENTA DE DON QUIJOTE

—¡Oiga, yo quiero una entrada para el banquete!

—¿La ha solicitado?

—No, señor.

—Lo siento, pero ya están agotadas las cuatrocientas plazas.

Era la aventura de querer entrar al banquete homenaje, que no fué gratuito como se había dicho falsamente. En el menú figuraron los famosos palominos «a la Dulcinea» de los trinitarios y no faltó—¿cómo podía faltar?—el queso manchego. A los postres, vinieron los discursos, breves y jugosos, y en nombre de la Prensa habló Ignacio María Sanuñi con un ímpetu asombroso que levantó los ánimos.

Y luego el nostálgico, el temiendo volver a dejar el pueblo de El Toboso, al que se le ha tomado cariño en pocas horas. Y allá se quedaron las galerías y las sarmenteras, y las muchachas vestidas de Dulcinea, y los patios cuadrados del pueblo, y esa calle que nombré de la mujer más bella que nunca se pensó. Pero a cuatro kilómetros, pegada a la carretera de Madrid-Alicante, está la Venta de Don Quijote, en una de cuyas paredes destaca el aviso siguiente: «Camionante, quienquiera que seas y a dondequiera que vayas, te hallas a cuatro kilómetros de El Toboso, donde Cervantes hizo vivir a Dulcinea amor e ilusión de Don Quijote. No dejes de visitarlo.»

En la venta, el patio donde se dice que Don Quijote veló las armas, con sus tejados bajos, que se tocan con la mano; con sus soportales llenos de arcos de calbalgaduras, con su blancura inmensa, sensitiva, como un recuerdo a los días venturosos y llenos de gloria de aquel hombre que vaga todavía y seguirá vagando durante siglos y siglos por estas llanuras manchegas, con el único propósito de desfacer entuertos y defender doncellas enamoradas.

Pedro. MARIO HERRERO
(Fotografías de Isidro CORTINA)
(Enviados especiales)

PRODUCTOS QUIMICOS Y FARMACEUTICOS AL ORIENTE MEDIO

LA MENTA, DEL RIO ORBIGO AL NILO

ESPAÑA EXPORTA ANTIBIOTICOS, VITAMINAS Y SALES MINERALES

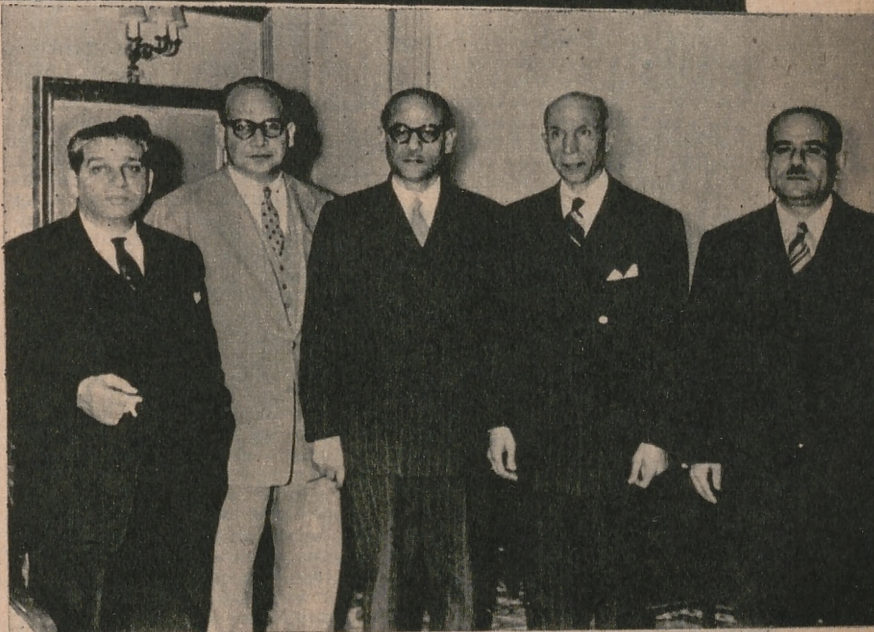
SE encuentra en Madrid una Comisión egipcia presidida por el subsecretario de Estado del país del Nilo, Omar Ali Taraf. Viene a España en busca de productos químicos y farmacéuticos. Recorrerán también Suiza, Austria, Alemania y Holanda, donde adquirirán aquellos productos que no encuentren en nuestra Patria.

Al romper con Inglaterra y Francia no tiene nada de extraño que los egipcios vayan en busca de medicinas a Alemania, donde existe la espléndida tradición de una Bayer una Merck o una Hoechst; a Suiza, donde los productos Roche, Sandoz o Ciba, salen para dar la vuelta al mundo, o a Holanda. El hecho de que vengan a España sólo indica una cosa, que en nuestra Patria ha progresado considerablemente la investigación química y la industria químicofarmacéutica, cuando el juicio de los expertos extranjeros sitúa a España en este campo a la misma altura científica que los países de más elevado prestigio químicofarmacéutico.

Los farmacéuticos españoles que con anterioridad al año 1936 se decidieron a emprender el arduo camino de la fabricación de productos farmacéuticos, se encontraron con dificultades de orden económico, en el más amplio concepto. No bastaba fabricar bien ni fabricar dentro del límite económico nacional. Era preciso, además, competir con una producción extranjera, cosa que resultaba en extremo difícil, pero que una industria tan incipiente entonces como era la química



Los laboratorios de productos químicos y farmacéuticos españoles están montados de acuerdo con las técnicas más modernas



Los miembros de la Comisión egipcia que viene a España con objeto de adquirir productos químicos, a su llegada a Barcelona

de España, carente de productos intermedios por la escasez de plantas industriales básicas exigía imperiosamente el concurso de la importación, y resultaba muchas veces más barato traer el producto acabado que los intermediarios indispensables para el desarrollo de los procesos de fabricación.

Al cabo de quince años de una sana positiva política las cosas han cambiado radicalmente. La industria quimicofarmacéutica española ha logrado en estos tres últimos lustros emanciparse totalmente del extranjero, situándose al lado de los países exportadores de estos productos. La renta de Aduanas indica el montante de millones de pesetas oro que se economizan por el destacado progreso de esta rama de la actividad nacional.

Un fármaco no es como un corte de tela, un pedazo de mineral o una tonelada de carbón. Al comprador le interesa mucho el precio, pero sobre todo, la absoluta garantía de su calidad. Va en ello la salud e incluso la vida de centenares de miles de personas. Por eso la Medicina no es una profesión cualquiera, sino que tiene muchísimo de sacerdocio. Lo mismo sucede con las drogas que aunque mercancías sujetas a unos precios y unos mercados, nunca han perdido su aureola mágica y sagrada. Y en el momento actual, si unos organismos oficiales responden de su eficacia, indudablemente se debe a que han sido controlados con gran rigor sus componentes y además se han comprobado sus propiedades farmacológicas y terapéuticas.

Esto es lo que ocurre con los productos salidos de los laboratorios y fábricas españolas quimicofarmacéuticas. Que la eficacia de nuestros fármacos, constantemente comprobada, se ha ido abriendo paso entre los gobernantes, sanitarios y médicos de múltiples países. España exporta cada vez más productos químicos y quimicofarmacéuticos, porque los vende con plena garantía, pero también menos caros. Hay un caso que lo prueba sin lugar a dudas.

Entre la larga lista que trae Omar Ali Taraf figuran los alcaloides del opio: morfina, codeína, dionina y papaverina. Cualquiera que sepa que los países productores de opio más importantes son China, Persia, la India y Turquía se preguntará por qué la misión

egipcia pretende comprar tales drogas a España. Es cierto que en nuestro país hay dos industrias farmacéuticas que han logrado coronar con éxito la fabricación de estos alcaloides y tratan de conquistar su absoluta independencia intensificando los cultivos de adormidera en nuestro país. A la elaboración de morfina y otros alcaloides naturales hay que añadir los obtenidos por síntesis, como la etilmorfina, independientemente de la holgada producción de codeína base y sus sales. Pero el hecho de que Egipto y otros países árabes vengyan a comprar a los fabricantes españoles estas drogas se debe a que existiendo un control internacional que regula el tráfico lícito de tales sustancias y unos precios mundiales de las materias primas, los productos elaborados son considerablemente más baratos en España, gracias a nuestra peculiar economía.

Habiendo vencido las dificultades principales creadas por la carencia de plantas industriales y materias primas, España puede producir y vender productos quimicofarmacéuticos en mejores condiciones que otros países que tienen tras sí una potente industria y una vieja tradición quimicofarmacéutica. La prueba está en que potencias como Egipto que acuden en busca de los fabricantes españoles apenas se ven librados de sus antiguos compromisos comerciales.

La potencia de la industria española quimicofarmacéutica es tan importante, que se encuentra en perfectas condiciones para exportar antibióticos. Existe una Empresa—P. R. O. N. A.—que produce todo el cloranfenicol que se utiliza en España y, además, exporta considerables cantidades a varios países. Por lo que respecta a la penicilina y estreptomina, su exportación no encuentra el obstáculo de una incapacidad productora. Está más bien vinculada a un reajuste de precios de acuerdo con los que rigen en el mercado internacional. Realizado éste, las fábricas españolas de antibióticos podrían satisfacer los pedidos egipcios de penicilina y estreptomina.

TRES LABORATORIOS PRODUCEN EN ESPAÑA HIDRAZIDAS

En la larga lista de Omar también se encuentra la hidrazida del ácido isonicotínico. Esta sustancia, sintetizada en el año 1912 sin que se reconociera entonces su valor terapéutico, desde que los químicos Offe y Sirkfenn descubren sus extraordinarias virtudes antituberculosas, se consagra rápidamente en el tratamiento de esta plaga. En conjunto, las hidrazidas constituyen un agente terapéutico bacteriológico que actúa en el organismo a través de un nivel eficaz. Las indicaciones óptimas son los casos en que, dadas las condiciones de la lesión, permiten la llegada al territorio de la misma de sangre y de líquido intersticial con la concentración suficiente de hidrazida. En esas condiciones se encuentran las lesiones recientes, sobre todo las exudativas. Por eso se emplea en las tuberculosis mínimas de adolescentes y de adulto, en el infiltrado inicial y precoz, el brote evolutivo, las siebras y la ravena incipiente.

Inmediatamente que se puso de manifiesto la eficacia de esta droga, tres Empresas quimicofarmacéuticas se dedicaron a producirla en cantidad suficiente para abastecer la demanda de nuestra lucha antituberculosa y las peticiones de otras naciones. De la hidrazida, como materia prima base elaborada por Prona, Pire y Abelló, se preparan en nuestra Patria cerca de 100 específicos, que tienen una indicación precisa en diversas formas y manifestaciones de la tuberculosis. Las hidrazidas españolas están a la misma altura que la alcanzada por otras marcas internacionales de fama mundial. Esto lo saben los gobernantes y sanitarios de los países árabes e hispanoamericanos, que se aprovisionan de esta droga en los laboratorios españoles.

EL SABOR DE ESPAÑA EN LOS REFRESCOS QUE SE BEBEN EN LOS DESIERTOS

Entre los productos químicos que los egipcios piensan comprar en España destaca con carácter preferente el ácido tartárico. Este ácido figura en primera línea en la lista de exportaciones de los tratados comerciales con los países del Islam, tales como Paquistán, que adquiere todos los años unas 500.000 pesetas de este producto, y como Turquía. De los cuatro ácidos tartáricos, el dextrógiro es el usual en el comercio. Existen en los jugos de algunos vegetales. En forma de tartrato ácido de potasio se halla en el zumo de la uva, precipitando durante la fermentación alcohólica por su insalubridad en el alcohol que se produce. Se deposita así en el fondo de las paredes de las cubas, constituyendo las heces del vino o tártaro. Del tártaro bruto puede obtenerse el ácido tartárico, disolviéndolo en agua y neutralizándolo con cal. Las sales del ácido tartárico son los tartratos. Los tartratos alcalinos pertenecen al grupo de los purgantes salinos, de difícil absorción. Se usa en Medicina el tartrato potásico asociado generalmente al sen o al ruibarbo. No dudo que los musulmanes se purguen con esta sustancia, pero el mayor consumo lo hacen en forma de refrescos. La inmensa mayoría de los refrescos que se venden en los bares y fondas que bordean los desiertos del Próximo y Medio Oriente tal vez posean un nombre anglosajón; pero su contenido y su sabor es muy probable que tengan algo de nuestra tierra, tan vinculada a los países árabes. El ácido tartárico de nuestras uvas, el zumo de nuestras naranjas y la tradición de los horticultores moriscos se conjuntan en ese líquido acidulado y burbujeante que el buen creyente del Paquistán o el fellah del Nilo se llevan a la boca para aplacar la sed que origina el sol del desierto.

LAS HIERBAS DE ESPAÑA

España es el país de las hierbas. Desde la época romana es conocida la bebida de las cien hierbas ibéricas, que era una panacea de la antigüedad. Pero quien comprendió el inmenso tesoro medicinal que encierra la savia de las hierbas hispánicas es el herborista hispanoárabe. Desde



La máquina nunca podrá suplantar el minucioso trabajo de las manos femeninas en la preparación de productos farmacéuticos

el actual importador egipcio, turco o paquistaní, hasta la casa Bordas Chinchurreta de Sevilla, la principal firma exportadora de nuestra flora y esencias medicinales, existe una línea recta, que pasa por Ibn-Beithar, el malagueño, el más grande botánico de la Edad Media.

La riqueza española en plantas medicinales es muy difícil de valorar en pesetas, debido a la gran extensión que abarca su cultivo en la vasta geografía patria. Pero lo que actualmente se explota podría tener un volumen de 150 a 165 millones de pesetas. El comercio de exportación de plantas medicinales muestra determinadas preferencias en cuanto a países y plantas. Los Estados Unidos ocupan el primer lugar. Las exportaciones de plantas medicinales españolas a Norteamérica se reflejan en las 300 toneladas de extracto de regaliz y en las 450 toneladas de herboristería. España exporta con preferencia anís, tomillo, salvia, eucaliptus, gayuba, espliego, romero, genciana, acónito, amapola y uva ursi. Todos los países de Oriente son los mejores consumidores de azafrán, y no por motivos medicinales o de condimento, sino por motivos religiosos. Persia adquiere 218 toneladas, y el Indostán, 230. En resumen, veintiocho países se interesan por nuestras plantas medicinales que se crían espontáneamente en los campos españoles. En esta clase de exportaciones va recuperándose el terreno perdido durante los años de las dos últimas guerras que hemos sufrido económicamente. En los últimos años, gracias al considerable empuje de nuestra industria quimicofarmacéutica, muchas plantas medicinales en vez de ser exportadas en bruto se elaboran en nuestras fábricas, proporcionando empleo y jornales a muchos españoles y nueva y mayor fuente de divisas a nuestra economía nacional.

LAS DROGAS QUE ESTIMULAN EL SIMPÁTICO Y EL CORAZÓN SALEN DE LOS CAMPOS ESPAÑOLES

Entre las plantas medicinales elaboradas por nuestra pujante industria quimicofarmacéutica destacan, por su extraordinaria importancia, la efedra, la digital y el micelio de un hongo parásito del centeno. La efedra es una planta dioica usada por los chinos desde tiempos muy remotos, que crece espontáneamente en las regiones central y oriental de la Península, en las que se dan variedades con gran riqueza de efedrina, que es el alcaloide que los laboratorios españoles Ibys, Juste, Zeltia y Uquifa producen en cantidad suficiente para cubrir todas las necesidades nacionales y realizar exportaciones a cuantos países lo solicitan. Como estimulante del sistema simpático sus aplicaciones son múltiples utilizándose en los síndromes de hipotonía del aparato circulatorio, en los accesos de asma, en las enfermedades alérgicas, etc.

La digital es una hierba perenne, que alcanza hasta un metro de altura cuando florece de mayo a agosto en las montañas del norte, centro y sur de España. Las hojas contienen un glucósido (digitalina), que tiene la virtud de tonificar el corazón aumentando



El personal especializado de nuestros laboratorios trabaja de acuerdo con las últimas exigencias de la técnica

su rendimiento y regularizando su ritmo. Esta planta, que se cria corrientemente en nuestros jardines, apenas se cultivaba en nuestra Patria antes de la guerra. En la actualidad su glucósido digitoxina es extraído por la Casa Productos de Extracción y Síntesis, S. A., que abastece a todo el mercado nacional y permite su exportación al extranjero. La calidad de este producto es tan excepcional, que una firma francesa (Nativelle) afamada por sus productos digitálicos adquiere a la firma española citada el 50 por 100 de la materia prima.

Aún hay otro fármaco, el cornezuelo del centeno, que es el micelio de un órgano parásito de esta planta, cuya producción ha sido emprendida por los laboratorios Zeltia. Los principios activos del cornezuelo del centeno representan otro importantísimo capítulo que ha permitido enriquecer nuestro balance de exportación del cornezuelo, transformándolo en alcaloide, como la ergotina y

ergometrina, que vienen en la lista de productos que desean comprar en España los egipcios.

DEL ORBIGO AL NILO

Si los egipcios hubieran llegado a España antes de 1952, le hubiese sido imposible a la industria quimicofarmacéutica española complimentar su demanda de mentol. La menta piperita se plantó por primera vez en la cuenca del río Orbigo, entre Hospital de Orbigo, lugar del «passo» honroso de don Suero de Quiñones, y Ríoseco de Tapia, en ese año, tras unos breves ensayos que dieron un magnífico resultado. En la campaña industrial sólo se plantaron 15 hectáreas, que produjeron alrededor de 450.000 kilos de planta verde, que en su totalidad fué destilada en la factoría levantada al efecto en Carrizo de la Ribera. Las excelentes perspectivas del cultivo de la menta elevó la primera superficie de 15 hectáreas a más de 100. En la actualidad, se recolectan más de dos

millones de kilos de planta verde. De la menta piperita se extrae el mentol, que es un cuerpo aromático, que elabora la Casa Bordas Chinchurreta y B. M. G., de Barcelona, y tienen grandes aplicaciones en la industria y en la Medicina. Todo el mundo sabe que se emplea en la fabricación de ciertos cigarrillos para corregir malos sabores del tabaco y disimular sus asperezas. Estos cigarrillos son peligrosos para ciertas personas, pues se han citado algunos casos de alergia y sensibilización al mentol entre este tipo de fumadores que han contraído una enfermedad llamada púrpura trombopénica.

PRODUCTOS MINERALES AL EXTRANJERO

España también puede vender a Egipto sales de mercurio, que aun fabricándose en nuestra patria en el año 1935 pesaban lamentablemente en nuestra deuda mientras exportábamos la materia prima: mercurio metal. La fabricación de sales de mercurio se ha duplicado en la actualidad. Cuote todo nuestro mercado de calomelanos, cloruro de mercurio oxicianuro, óxido amarillo, óxido rojo, sublimado corrosivo, bixoduro de mercurio, y exportamos estas mismas sales, que por ambos conceptos nos proporcionan un buen ingreso de divisas.

Nuestras grandes factorías salineras que desde tiempo inmemorial vienen explotando extensivamente la sal conan, permitiéndonos figurar a la cabeza de los países productores y exportadores, también hoy nos aportan estimables concursos, no sólo elaborando un tipo de sal técnicamente apropiado para hacer rentable la obtención de cloruro sódico puro en los laboratorios nuestros, sino también, y principalmente, explotando la riqueza de las aguas madres, que permite a Aprovechamientos Salineros cubrir las necesidades de bromo, bromuro potásico y sódico, que estamos en condiciones de exportar a Egipto.

España es el tercer país del mundo en producción de mineral de bismuto. No sin grandes esfuerzos y sacrificios económicos ha logrado lograr explotar racionalmente los yacimientos de este mineral, cual lo prueba el que el 80 por 100 de la producción es absorbida por dicha Empresa, que podría también exportar este fármaco al país del Nilo.

ESPAÑA FUENTE DE VITAMINAS

De las vitaminas que demanda Egipto la Compañía Nacional Almacenera, subproductos de la pesca, y J. Cruz de Palencia podrían proporcionar la vitamina A, Alter la D, e Ibyes la K. Las glándulas de animales marítimos, sobre todo el hígado de atún, exportado antes, han sido el móvil de potentes instalaciones que lograron, con singular acierto de transformación, extraer el aceite vitamínico y su fracción taponificable, rica en vitamina A, cuya producción ya excedió en 1943 los dos billones de unidades internacionales. Cubiertas todas las necesidades de nuestro mercado interior de esta vitamina, que, como es sabido, actúa protegiendo los epitelios, el excedente de consumo ha sido objeto de intensas

exportaciones durante estos últimos diez años. Anualmente se mandan al extranjero más de mil millones de unidades. Por último, nuestro mercado dispone ya de diacetato de 2-metil-1,4 hidroxiquinona (vitamina K), de tanto consumo, que también es exportada.

EL FOSFORO DEL ARROZ

El considerable consumo de compuestos orgánicos de fósforo pesaba mucho en el capítulo de divisas. Pero ahora cuatro fábricas españolas aprovechan el cilindro de arroz y lo transforman con rendimiento que se aproxima a 6 por 100, obteniendo el ionosito-xafosfato de cal y de magnesio en volumen tan considerable, que ya figura en nuestras últimas listas de exportaciones.

EL CACAO TRANSFORMADO EN CAFÉ

También nos piden los egipcios cafeína, y nosotros, que somos grandes productores de café, podemos proporcionársela. Esto se debe a que los Laboratorios Natta de Valencia transforman la teobromina, extraída de la cascarrilla del cacao procedente de nuestra Guinea, en cafeína. La teofilina, una dimetilxantina que se encuentra en el té, y la teobromina, otra dimetilxantina que se encuentra en el cacao, son menos usadas en Medicina que la cafeína, que posee una mayor acción nerviosa y cardíaca. Se obtiene la cafeína metilando la teobromina.

Las sulfamidas son unas drogas quimioterápicas que poseen una marcada acción contra las bacterias. Aunque el descubrimiento de los antibióticos las ha oscurecido un tanto, siguen estando muy indicadas en ciertas dolencias, sobre todo cuando se presenta una resistencia a los antibióticos usuales. En España, el laboratorio del doctor Andréu las produce en cantidades suficientes para abastecer el mercado nacional y cubrir las demandas de numerosos países hispanoamericanos y árabes. En la actualidad existe una gran variedad de sulfamidas, en las que se busca una máxima eficacia terapéutica con una mínima toxicidad.

LOS SUEROS ESPAÑOLES COMBATEN LAS PLAGAS DEL MUNDO

En España existen dos laboratorios, Ibyes y Llorente, que se han especializado en la fabricación de sueros y vacunas. Ellos son los que está en condiciones de facilitar a la comisión egipcia sus peticiones de suero antidiftérico y antitetánico. Estos laboratorios surgieron a consecuencia de la primera guerra mundial dispuestos a cubrir las necesidades españolas de estas sustancias. Hoy día, merced al impulso desarrollado en los últimos años, producen considerables cantidades en igualdad de condiciones con los productos elaborados por otras firmas extranjeras. Ibyes ha preparado por primera vez en España el suero contra la peste porcina, y ambos laboratorios, a los que se han sumado otros nuevos, han colaborado en la lucha contra diversas epizootias, tanto en España como en los países hispanoamericanos.

LAS ALGAS, LA PLANTA DEL FUTURO

Productos que en España carecieron de interés comercial, como las algas, han permitido montar instalaciones para la obtención del ácido alginico y alginatos, anulando el capítulo de importación del agar-agar y realizando las exportaciones a los mercados europeos. Se espera que, en día próximo, pueda ser viable un proyecto totalmente terminado de aprovechamiento integral de algas que permitirá agotar toda su riqueza, obteniendo no sólo la alginina y agar-agar mencionados, sino también el yodo que, como subproducto y no como un primordial y exclusivo de este programa, podrá constituir una industrialización rentable obteniendo de paso sales de bromo, aprovechando la celulosa y utilizando, en fin, productos residuales que permitirían prestar ayuda a industrias de alimentación, de aprestos, de lana artificial, de goma, emulsiones y facilitar incluso materia prima abundante para la industria de plásticos.

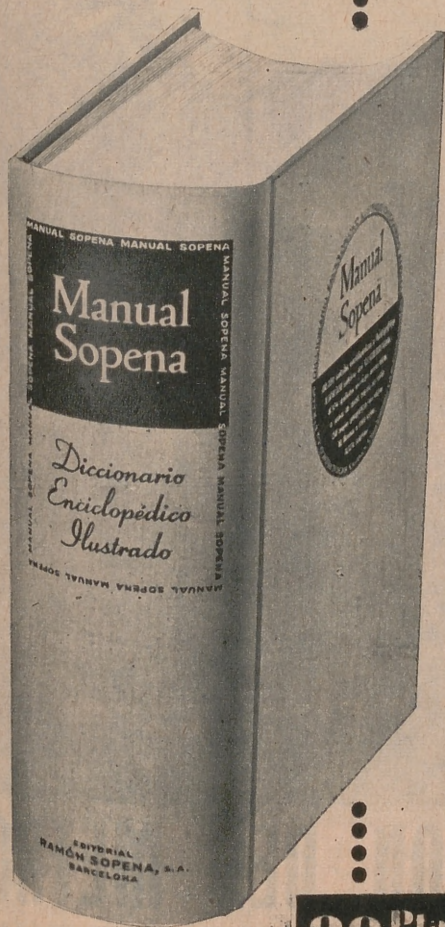
IMPORTANCIA DE LA INDUSTRIA QUIMICOFARMACEUTICA ESPAÑOLA

La industria quimicofarmacéutica española es netamente científica. En torno suyo vive todo un sector universitario: los farmacéuticos, los químicos y los biólogos. También colaboran gran número de médicos como asesores técnicos y bastantes veterinarios. Económicamente representa un volumen de renta que gira alrededor de la cifra de dos mil millones de pesetas.

En nuestra Patria existen ya una centena de laboratorios de gran pujanza económica y científica. En total, habrá cerca de 1.500 laboratorios quimicofarmacéuticos. Al amparo de este floreciente sector, a cuyo desarrollo ha contribuido no poco la moderna estructura médica creada por el Seguro Obligatorio de Enfermedad, viven otras industrias modestas, de tipo familiar, que fabrican cajas, ampollas, pequeña metalurgia, etc. Por otra parte, se ha creado una industria nueva: la de la fabricación de aparatos y máquinas para laboratorios industriales. Crecen pujantes otras de primeras materias, aparatos de cristal, frasería, etc. que apenas existían antes del año 1939. Durante estos tres últimos lustros la industria quimicofarmacéutica española ha fabricado con éxito más de 6.000 especialidades farmacéuticas que antes se importaban, nutriendo y normalizando el abastecimiento de nuestro interior y conquistando mercados extranjeros que, por cierto, cada día acentúan la demanda de nuestros medicamentos. No sólo Egipto viene a comprar en España los productos químicos y las especialidades farmacéuticas que necesitan para tratar las enfermedades del país. También Turquía, Pakistán, Grecia, Colombia, El Salvador, Brasil y otros muchos países árabes e hispanoamericanos, e incluso europeos, adquieren en nuestra Patria drogas y específicos para el tratamiento o la prevención de sus dolencias. Y todo esto se ha conseguido a partir de 1939.

Dr. Octavio APARICIO
(Fotografías de Isidro CORTINA)

**Lo que Vd.
buscaba...**



E.-3-3-1957

**20 Ptas.
mes**

*El más completo y extenso
diccionario en un solo tomo*

EDITORIAL AMALTEA, S. A. - Provenza, 95
BARCELONA

Sírvanse remitirme lo que señalo con una X:

- 1 Diccionario MANUAL SOPENA, al contado contra reembolso de 300 Ptas.
- Carta-pedido y folleto para su compra a plazos.

Nombre.....
Profesión..... Domicilio.....
Localidad..... Provincia.....

...Una Enciclopedia ECONOMICA, que en un SOLO TOMO recogiese TODAS las voces y acepciones del idioma y una EXTENSA información de carácter enciclopédico, SUBSTITUYENDO a otros diccionarios de más de un volumen sin menoscabo de su valor informativo.

La Editorial Ramón Sopena, S. A., ha resuelto esta necesidad con la publicación del MANUAL SOPENA, el cual encierra todo lo substancial del idioma en su aspecto lexicográfico y todo cuanto pueda ofrecer interés desde el punto de vista enciclopédico, respondiendo de este modo al propósito de ofrecer una ENCICLOPEDIA COMPLETISIMA Y ASEQUIBLE AL GRAN PUBLICO.

diccionario Manual Sopena

(Enciclopédico e ilustrado)



Para el padre... para el hijo... para todos.

- 2.236 páginas, 21,5x15,5 cms.
- 100.000 artículos enciclopédicos y lexicográficos.
- 2.800.000 palabras con 15.500.000 letras.
- 6.334 grabados en negro entre texto.
- 6 mapas en color de España y de los Cinco Continentes.
- 150 mapas en negro.
- 16 láminas en color.

Precio: { CONTADO 300 ptas.
{ PLAZOS 330 ptas. (1 plazo de 30 ptas. y 15 de 20 ptas.).

EDITORIAL AMALTEA, S. A.
Concesionaria venta a plazos de Editorial R. Sopena
Provenza, 95 BARCELONA



El profesor Terrien, un sabio
y un artista

UNA NUEVA DEFINICION DEL METRO

LA LONGITUD DE ONDA SUSTITUYE AL MERIDIANO TERRESTRE

"EN UNA PROXIMA CONFERENCIA INTERNACIONAL SE DETERMINARA EL ATOMO TIPO", dice el profesor Terrien

ELLA: Muy rubia, y se llama Gisèle Brelet.

La madre: Su pelo tiene ligeras canas, y se llama Marie.

El: Hace algunos años que ha comenzado a calvear, y se llama Jean Terrien.

Marie es la madre de Gisèle. Jean se ha casado con Gisèle.

—No nos podemos separar—dijeron un día.

Y entonces acordaron casarse.

Hoy se hallan los tres en la residencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La

tarde ha comenzado a subir, con las sombras, y el cielo de Madrid está limpio y azul.

Gisèle, ante la puerta de la residencia, charla animadamente con Román Perpiñá, gran degustador del francés, que hará viable el diálogo con este trio familiar.

APARECE GISELE

Gisèle Brelet siempre es muy rubia. Su piel es blanca, muy blanca. Sus ojos son azules, muy

azules. Su palabra es muy viva, saltarina, plateada y reborbollante. Cuando habla guiña los ojos para aumentar la extraordinaria expresividad. Su figura es muy fina. Su vestido, alegre, Gisèle, es «très charmante». Extraordinaria.

Y Fontenay-le-Comte es la pequeña población de la Vendée en un día—hace de esto pocos años—nació Gisèle. El pueblo está en la orilla de un río que va a desembocar frente a la isla de Ré, algo al norte de La Rochela. El



Y Marie, la madre, dice: «Nosotros vivimos muy felices; siempre estamos de acuerdo en todo»

mar no queda muy lejos, y a la espalda hay unas montañas.

Gisèle se ha consagrado a la música desde siempre. A los cuatro años era pianista de excepcional calidad. Tenía diez cuando obtuvo un primer premio de piano en el Conservatorio de Nantes. Su total dedicación estética la condujo a la filosofía. En 1941 se doctora en la Sorbona, licenciándose, al mismo tiempo, en Biología General. Su tesis, «La temps musical», es uno de los libros más interesantes de la moderna musicología. Ha escrito dos importantes obras: «La interpretación creadora» y «Estética y creación musical», de la que existe edición en castellano. En la radiotelevisión francesa lleva una emisión musical periódica. Son infinitos los artículos publicados en diarios y revistas.

Es la primera vez que Gisèle, Marie y Jean visitan España. Mientras el fotógrafo va disparando unas placas, damos un breve paseo con Gisèle y Román Perpiñá por los jardines del Consejo.

—Magnífica. España es magní-

fica. Estoy encantada de haber venido—dice Gisèle en un francés juguetón y con alegría, sin ilación, como un niño con zapatos nuevos o que paladea apuradamente un dulce que sabe se ha de terminar en algún momento. El viaje me ha parecido extraordinario. El paisaje, maravilloso. Y el «Talgo» es como un suave vuelo en avión a ras de tierra.

Vamos de un sitio para otro, un poco tras su charla y su sonrisa de guiño. Pero el tiempo se va. Hay que abordar muchos temas y ver si el marido—trabajando en su habitación—baja, y conversamos todos juntos.

EN FRANCIA ME ROGARON QUE LLEVASE MÚSICA DE LOS MODERNOS COMPOSITORES ESPAÑOLES

Del jardín, a un pequeño salón. Un tresillo de rojos butacones. El fotógrafo se sitúa un poco retirado. Gisèle se sienta a un lado, Perpiñá, a otro, y el periodista, en el centro.

GISELE.—(Dirigiéndose un po-

co a Perpiñá y otro poco al periodista.) El arte es de naturaleza humana, espiritual, psicológica, no física ni matemática. Por eso, refiriéndome a la pregunta, creo que, en música, el factor primordial es el psicológico. En los intervalos y gamas, lo que cuenta no es ningún aspecto físico, sino los hechos psicológicos de la asonancia y de la fusión.

—¿Y su marido, piensa igual?

GISELE.— El está completamente de acuerdo conmigo. Cree que la ciencia no se basta a sí misma. El físico no es sólo físico, es también hombre y necesita del arte para hacer física. La ciencia no se dirige más que al hombre abstracto, en tanto que la música va al hombre considerado como ser humano completo.

A veces se para unos momentos para aclarar conceptos. Y entre Perpiñá y el periodista tratan de hallar el matiz exacto de la pregunta y la respuesta.

GISELE.—(Ha cogido de nuevo el hilo de las ideas y continúa.) La necesidad de la investigación científica está muy cerca de la necesidad de la investigación artística. Y es cierto que en materia musical la física impone muchas condiciones, pero no interviene en el fundamental resultado psicológico. El intérprete juega con ellas, obteniendo las máximas posibilidades, sin dejar de subordinar en ningún momento lo físico a lo humano.

Gisèle Brelet es la creadora de una nueva filosofía de la música, alejada del positivismo formalista de Hanslick y de las fantasías magorías especulativas de Schopenhauer. En «El tiempo musical» resuelve los principales problemas de la estética: melodía, armonía, ritmo, «tempo», creación musical y expresión, pensamiento y sentimientos musicales. Y no con meras divagaciones teóricas, sino que su pensamiento aparece reforzado con el análisis de los casos concretos, patentizado en la música de los grandes maestros de todas las épocas.

—¿Qué le parece la música española?

GISELE.— Los españoles me gustan mucho: todos son artistas. Aquí, el paisaje es una obra de arte, y este medio ideal les da la cualidad artística. A los franceses nos agrada indiscreptiblemente venir a España. Mis amigos me felicitaron cuando les dije que Jean había sido invitado y nos traía con él. Hicieron grandes elogios de los musicólogos españoles, y me rogaron que llevase música de los modernos compositores de esta tierra—los que todavía sean inéditos en Francia—, para que yo los presente en mis emisiones de radio.

Gisèle se deshace en elogios de España. Sus sensaciones de nuestro país son recién estrenadas y se le escapan por los ojos y los gestos. Hay momentos en que se recoge profundamente, apoyando un codo en la palma de la mano. Pero encontrado el camino de la expresión, las ideas y los conceptos manan con fluidez.

GISELE.—(Ella, en tanto que meditaba, ha mirado a un lado y a otro. A una cara y a otra cara.) Allí conocemos mucho a Manuel de Falla, el gran Falla. Y a Albe-

niz, a Halffter y ahora vuelve de nuevo Turina. Entre la música española y la francesa existen muchas afinidades. Los intercambios entre ambas siempre han sido muy fecundos. Recuerdo que una vez Debussy presentó a Falla como el más grande compositor español. Pero Falla, levantándose, le contradujo: «El más grande de todos los compositores de España es Debussy». Y es que tanto Debussy como otros franceses utilizan el folklore español como si fuese propio.

APARECEN MARIE Y EL PROFESOR

La puerta se ha abierto. Nos hemos puesto de pie. Han entrado una señora vestida de negro, con el pelo algo salpicado de gris, y un hombre de rostro afilado con unas pinceladas de cabello por la cabeza, que viste traje gris azulado.

Es Jean Terrien. Ha estrechado mi mano. Se ha sentado, hundido en un butacón, ha cruzado las manos ante la boca. Ha mirado hacia la ventana. Ha sonreído: un bostezo de sonrisa, de hombre que vive entre abstracciones y realidades. Ha hinchado el pecho con fatiga y se ha hundido más en el sillón.

Su tarjeta dice:

*Jean Terrien
Agrégé de l'Université, Docteur
es-Sciences
Sous Directeur du Bureau Inter-
national des Poids et Mesures*

El 17 de marzo de 1907 nació Jean Terrien. Y fué en Gasny, pequeño «village» del departamento del Eure. Un pueblecito situado en el enclave de la Normandía, el Orleanesado y la Isla de Francia. Es un lugar donde todos los habitantes se sienten atraídos por el fuerte magnetismo de París, que siempre se adivina, más o menos, de pasada y como meta.

El profesor Terrien, desde los primeros años, se vió envuelto en dos torbellinos irresistibles: la ciencia y la música. En Burdeos, donde estudió Bachillerato, fué un alumno excepcional. Estudió violín en Tours, y fué primer premio del Conservatorio de París. Cuando se trasladó a la capital de Francia, con objeto de seguir estudios en la Escuela Normal Superior, conoció a la familia de Gisèle. Al concluir los estudios físicos superiores, trabajó en laboratorios de París y Amsterdam, colaborando con el Premio Nobel profesor Pieter Zeman. En 1937 se doctoró en París, con una tesis sobre fotoquímica. Poco más tarde, y ya merced a la trascendencia que habían tenido sus trabajos, ingresó en la Oficina Internacional de Pesos y Medidas, encargándose de la dirección de una sección, recién creada, de fotometría.

La madre de Gisèle se llama Marie, ya lo hemos dicho. También la hemos visto entrar, como una sombra, queriendo pasar inadvertida. Se ha sentado en una silla y atiende a todos los rostros y a todas las palabras. De ella no sabemos nada. Es «mamá», como dice Gisèle. Pero ella sabe todo, conoce el pensamiento

de Jean y de Gisèle como si fuese propio. Sabe lo que quiere decir Gisèle cuando la mira con cara de interrogación. Y sabe lo que opina Jean sobre la importancia de Galileo y de Newton o Einstein.

NUEVA DEFINICION DEL METRO Y OTRAS COSAS

Todos nos hemos sentado. El profesor Terrien se difumina recogido en el butacón. Ha sido invitado por José María Otero Navascués para que exponga ante los miembros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas los hallazgos que la investigación fotométrica aportará a una nueva definición del metro. A ello ha entregado el profesor Terrien gran parte de las horas más felices de su vida.

—¿Qué importancia tienen los estudios que ha efectuado?

PROFESOR.—(Habla muy quedo, con algún pequeño carraspeo y con lentitud, pasando la mano por la frente, sobre las arrugas que la cruzan.) Por algunos años, nada cambiará en la práctica. Lo más interesante es que la nueva definición será imperecedera, universal, por hallarse basada en constantes naturales idénticas para todos los lugares y tiempos. ¿Una ley física?—dice mirando sonriente a Gisèle.

GISELE.—«Oui».

La madre, Marie, ha acariciado paternalmente la cabeza de Jean, que la mira agradecido. Luego reanuda su comentario con calma mucha calma.

PROFESOR.— Hace más de ochenta años que la clásica definición del metro no sirve y ha sido abandonada. La longitud del meridiano terrestre era muy difícil de determinar y se recurrió a fijar esa diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano en la regla de platino que se conserva en París.

—¿Cuál será, entonces, la nueva definición del metro?

PROFESOR.—De momento no puede ser establecida de forma definitiva y oficial, en tanto no se reúna la Conferencia General de Pesos y Medidas el año 1930. La propuesta que ha de hacerse, si no existe alguna novedad que cambie las ideas, será la de que el metro es un cierto múltiplo de la longitud de onda, en el vacío, de una radiación proveniente de cierta transición electrónica entre dos estados de un cierto átomo. En la Conferencia se determinará el átomo tipo y la transición energética en que se fundamenta la definición.

Gisèle se ha levantado y charla con Marie en voz baja.

ROMAN PERPIÑA (Con su vieja pipa, que no se separa un momento de la boca. Con fisonomía de paladeador de borgoñas, ha caído en la tentación de la pregunta. Sus grandes conocimientos de sociólogo y economista se ven inquietados por algunos de los temas de la conversación y por la fuerte personalidad y sencillez del profesor Terrien).—¿Usted cree que con este cambio, Inglaterra entrará en el campo del sistema métrico decimal?

PROFESOR.— Hoy, la yarda inglesa está definida por una

vieja regla de bronce a la que el tiempo ha hecho padecer sensibles variaciones. Yo supongo que el Gobierno británico también se decidirá a definir la yarda por otro múltiplo de esa longitud de onda. Con ello no se daría ningún perjuicio práctico para la unificación del sistema mundial de medidas, ya que habrá una relación más precisa, y exacta entre ambos sistemas.

El profesor tiene una pequeña tosecilla, y Marie y Gisèle se han levantado para cerrar la ventana. Luego continúan su charla, sonrientes, de pie, y Gisèle se acerca a su marido, que la mira, alegre, desde el fondo de la butaca.

—¿No cree que la definición quedará un poco alejada del alcance de los escolares? ¿Podría dar un concepto vulgar?

PROFESOR (Sonriendo).— Efectivamente, yo creo que ellos no la podrán comprender.

Y se queda pensando y mascullando sonrisas.

ROMAN PERPIÑA (Dirigiéndose al profesor).—¿No se podría definir como una cierta distancia entre las ondas que se forman en el agua al arrojar una piedra?

El profesor asiente, pero con un ligero gesto de escepticismo. Y Marie y Gisèle también sonríen.

MARIE.— En París dicen que formamos una verdadera trinidad santa. Siempre estamos de acuerdo, y en nuestra pequeña casa vivimos felices, entregados al trabajo. Yo soy algo así como el pequeño discípulo de los dos. Claro que mis ocupaciones son más vulgares. Como no tenemos mucha, he de hacer la comida, dar brillo a los suelos, fregar la loza... Y los tres se rien. El profesor, desde allá, embutido en el butacón, queriendo desaparecer tras su humildad autenticidad.

—¿Cómo ha sido el dedicarse al problema de hallar una definición permanente y universal del metro?

PROFESOR (Mira a Gisèle).— El vector de mi vida, lo que me ha impulsado siempre al trabajo, es Gisèle. Siempre se tiene una frivolidad, sin la cual no se bajaría. (Gisèle y Marie sonríen con el profesor y miran al periodista como tratando de averiguar si ha comprendido la sutileza.) Uno trabaja siempre (ya ha tornado al susurro de su voz y a la cadencia lenta), y los objetivos se van precisando a medida que se labora.

—¿Y la música?

PROFESOR.— Ha sido una de mis grandes inclinaciones. Ahora ya no tengo tiempo y casi nunca toco el violín. Mi música la llevo dentro; por eso no necesito tocar. Siento perfectamente el ritmo y la armonía sin necesidad de hacer sonar mi querido violín.

MARIE.— Es exacto; ahora nunca interpreta música. Pero su afición continúa viva. Siempre acompaña a Gisèle a la radio, y cuando hay que registrar alguna composición, él toma un gran interés en todos los problemas técnicos que puedan surgir.

HUMANIDAD Y SENCILLEZ

—¿Cómo son en su vida de París?

MARIE.—Jean es muy madrugador. Marcha temprano a trabajar y siempre viene a almorzar a casa. Su musiquilla es que está enamorado del parque de Saint Cloud; me dice que cruzar entre aquellos árboles es uno de los mejores momentos de la jornada. Y en casa está afanoso cuidando las plantas de nuestro pequeño jardín. Porque vivimos algo apartados de París; así estamos como en pleno campo.

Jean calla; pero Gisèle interviene rápida, con su viveza femenina.

GISELE.—Cosas de la «mamá». Nosotros decimos que ella no es nada, porque realmente lo es todo en nuestra vida.

MARIE (Riendo alborozada).—Bueno, ya ve. Son como niños. El siempre revisa los trabajos de Gisèle, porque el sabio necesita del arte, y algo también el arte del sabio. Ella, en su emisión de la radio, realiza una importante labor social: da a conocer a los compositores jóvenes. Explica lo que son y el valor de su música.

Se ha hecho de noche. Casi no se ven los contornos de las personas. Las palabras se atenúan y se estiran. Luego, cuando se enciende la luz, surge nuevamente la viveza.

GISELE.—No ayudo a divulgar la música clásica, porque el público ya la tiene por buena. Me lancé a los compositores modernos primero por deber, y ahora estoy identificada con su música, profundamente interesante, dirigida al hombre de hoy. La mayor dificultad para la comprensión de sus composiciones es el que vayan a su mundo interior. Pero estoy plenamente segura de que más adelante serán comprendidas y recibirán el apoyo del público. Sobre todo, cuando abandonen ciertas sutilezas técnicas y se hagan más humanas.

El profesor le tiende la mirada.

PROFESOR.—La música se acerca mucho a la ciencia.

GISELE.—Yo trato de fundar una estética que estudia las condiciones espirituales y humanas del arte. Creo que la crisis actual se ha producido por el prevalecimiento que se da a los problemas técnicos, que no hay que resolver desde tal campo, sino remontándose a las fuentes vivientes de la técnica, o sea, al hombre integral.

—Gisèle, ¿con qué compositores le hubiese gustado conversar, paladeando las palabras?

GISELE.—Con Bach.

MARIE.—Es su gran amor de la infancia.

GISELE.—Schumann y Bela Bartok.

MARIE.—Ella fué quien dió a conocer en Francia al gran compositor húngaro. Cuando interpretó por primera vez una suite de Bartok en la sala había público de toda Europa. En aquellos días escribió un artículo en la revista del Instituto Húngaro de París, que inmediatamente fué traducido a la lengua magiar. Todos los comentarios coincidieron en que nadie había comprendido la música de Bartok como Gisèle. Y es que, por su especial preparación, penetra con absoluta claridad la música antes de interpretarla. A Schumann le tiene un gran cariño, porque se dió a conocer en público tocando su música, y hoy



Gisèle ha recorrido todas las dependencias del Consejo de Investigaciones Científicas «España es magnífica», ha dicho la gran pianista y musicóloga

es la que podríamos llamar intérprete oficial de Schumann.

—¿Le gustaría una excursión por España dando conferencias-conciertos?

GISELE.—Me satisfaría extraordinariamente. Pero con esa condición de la conferencia, porque en los conciertos suele hacerse muy poca música y generalmente de escaso interés.

La respuesta tiene gran valor. Gisèle, además de ser excepcional pianista, es una de las mayores autoridades en musicología. Desde 1951 dirige la primera colección francesa de estética musical que tiene una importancia de primer orden en la vida artística francesa.

El profesor Jean Terrier medita siempre. Y sus manos continúan cruzadas ante la barbilla.

—Y a usted, profesor, ¿con qué hombres de ciencia le agradaría conversar despacio, con calma?

PROFESOR.—Soy fundamentalmente un investigador. Me gustaría charlar con físicos teóricos. Yo he sufrido una gran crisis —mira hacia la sombra que penetra por la ventana. Gisèle se ha sentado en el brazo del butacón donde descansa el profesor—. Me planteé el dilema de si dejar o no mis trabajos: encontraba ciertas

dificultades en la moderna física matemática. Siempre he creído que no soy un gran matemático. Pero en aquella ocasión un profesor de técnica física arrancó las dudas. «La técnica nada puede sin la experiencia—me dijo—; los investigadores se hacen cada día más necesarios.» Aquello me confortó extraordinariamente...

El tiempo es inexistente para el profesor Terrier. El sigue su ritmo de hombre dedicado al trabajo. Sólo interesa el tiempo absoluto. Lo demás tal vez no tenga valor o su valor sea excesivo. Todo es tiempo, pero cada momento requiere el suyo propio. Descansa y continúa, siguiendo siempre el «tempo» vital que le marca su ritmo.

PROFESOR.—Casi no la puedo concebir, pero me gustaría una conversación con Einstein, Schrödinger, Newton, Galileo. Me agradaría escucharles con mucha calma.

Ellos siguen en familia. El profesor respirando profundamente en la butaca; Gisèle, mirándole y sonriéndole. Y Marie allí, en su papel de extraordinaria eminencia gris. Sencillez y vida auténtica.

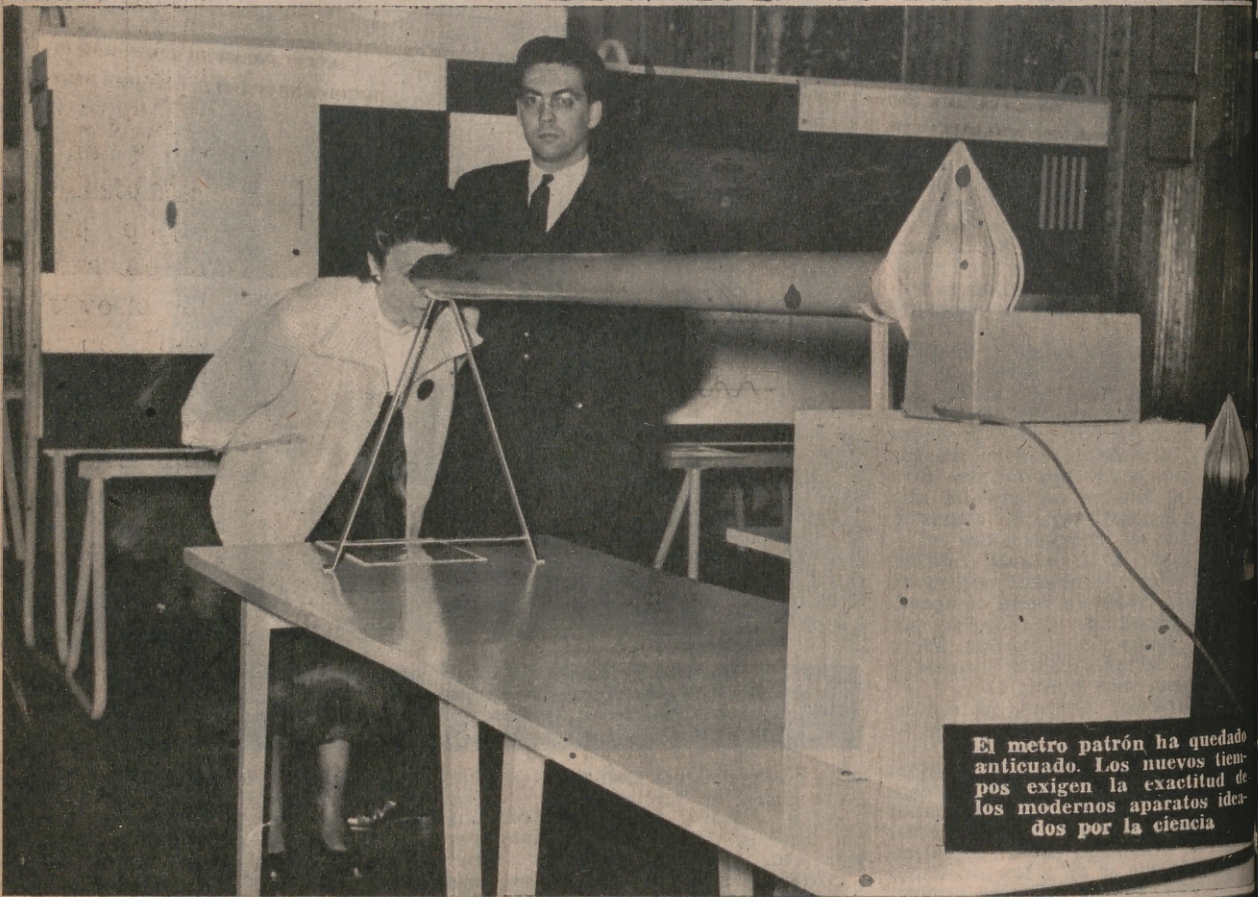
Y la noche ha envuelto el cielo azul y limpio de Madrid.

Luis LOSADA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

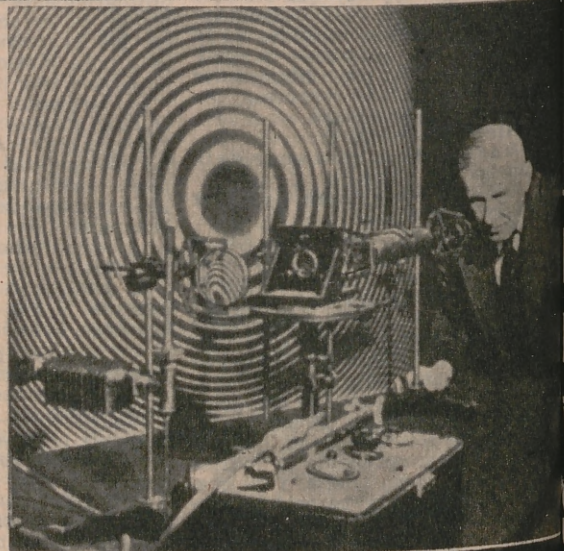
Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



El metro patrón ha quedado anticuado. Los nuevos tiempos exigen la exactitud de los modernos aparatos ideados por la ciencia

UNA NUEVA DEFINICION DEL METRO

“EN UNA PROXIMA CONFERENCIA INTERNACIONAL SE DETERMINARA EL ATOMO TIPO”. DICE EL PROFESOR TERRIEN



LA LONGITUD DE ONDA SUSTITUYE AL MERIDIANO TERRESTRE